QUIÉN FUE...

FRANZ ANTON MESMER



STEFAN ZWEIG

Colección QUIEN FUE...

La Historia de la Humanidad a través de sus personajes representativos

TITULOS PUBLICADOS

1. BERNARDITA DE LOURDES, por José María Tavera.
2. AMERICO VESPUCIO, por Stefan Zweig.
3. MARIA WALEWSKA, por el Conde de Ornano.
4. DICKENS, por André Maurois.
5. MARIA ESTUARDO, por Maurice Baring.
6. STENDHAL, por Stefan Zweig.
7. MATA-HARI, por César González-Ruano.
8. NIETZSCHE, por Stefan Zweig.
9. EUGENIA DE MONTIJO, por Abel Hermant.
10. PRIMO DE RIVERA, por César González-Ruano.
11. ISABEL II, por José María Tavera.
12. FRANZ ANTON MESMER, por Stefan Zweig.

EN PREPARACION

13. LA BELLA OTERO, por Manuel de la Fuente.
14. ALFONSO XII, por J. E. Reguero y Sanfeliu.
15. SISSI, EMPERATRIZ DE AUSTRIA, por J. Faulí.
16. BRAILLE, por Emilia Verdiguier.
17. MARY BAKER-EDDY, por Stefan Zweig.
18. MIGUEL DE UNAMUNO, por César González-Ruano.



Colección **QUIEN FUE...** La Historia de la Humanidad a través de sus personajes representativos. Biografías más apasionantes que cualquier relato novelesco. — Volúmenes que usted leerá con verdadero placer y, además, para aumentar sus conocimientos. Una colección que merece ser conservada.

STEFAN ZWEIG

Franz Anton Mesmer

EDICIONES G. P. — BARCELONA

Traducción de Francisco Payarols

Portada de J. Coll.

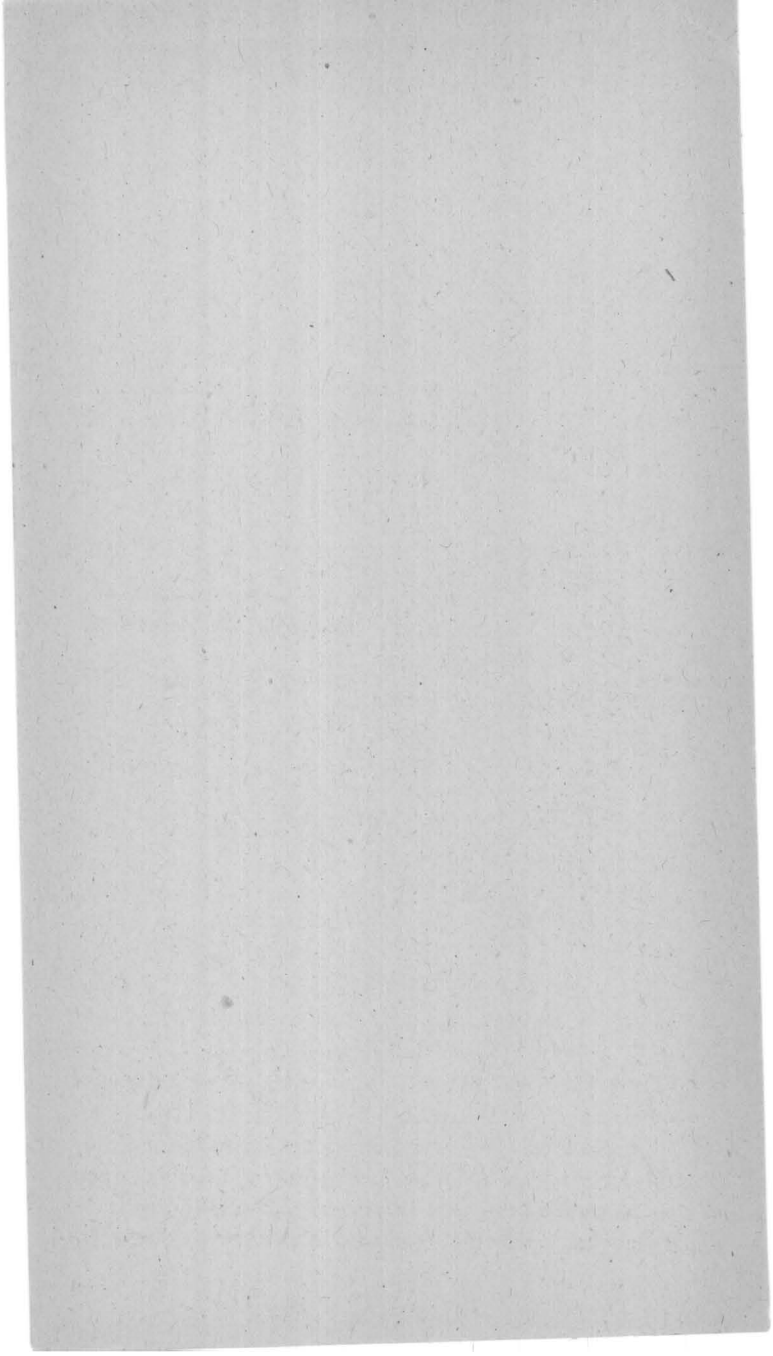
Copyright Ediciones G. P., 1959

Depósito Legal: B. 58—14257

Los libros de la Colección QUIEN FUE... son editados por **Ediciones G. P.**, Apartado 519, Barcelona, e impresos por **«Gráficas Guada, S.R.C.»**, Rosellón, 24, Barcelona **(España)**.

Debéis saber que la acción de la voluntad es en Medicina un importante factor.

PARACELSO.



INTRODUCCION

Cada obstáculo en la Naturaleza es una reminiscencia de una más elevada patria.

NOVALIS.



LA salud es natural en el hombre; la enfermedad, por tanto, es antinatural. ¡La salud! Ella es acogida por el cuerpo como cosa normal, como los pulmones reciben el aire, como los ojos la luz, y, muda, vive y crece al compás de las generales manifestaciones de la vida. La enfermedad, en cambio, irrumpe bruscamente cual un intruso y, arremetiendo contra el alma aterrorizada, despierta en ella toda una serie de preguntas. Porque, ¿de dónde viene ese malvado enemigo? ¿Quién le ha traído? ¿Va a establecerse? ¿Va a retirarse? ¿Se le puede conjurar, ablandar o dominar? Con fuerte garra la dolencia arranca al corazón las más opuestas emociones: terror, fe, esperanza, desaliento, anatema, humildad y desespera-

ción. Ella le enseña a fijar en el espacio su despavorida mirada y a descubrir un ser en quien consolar su angustia. Ha sido, ante todo, el sufrimiento el que ha inspirado al hombre el sentido de la religión y la idea de Dios.

Siendo la salud algo inherente al hombre, es natural que la dolencia no se explique, ni quiera ser explicada. Y, sin embargo, el enfermo no cesa de buscarle un sentido, una justificación. La Humanidad no pudo nunca habituarse por completo a la idea de que los achaques se precipiten caprichosamente sobre ella; que su cuerpo, inocente, haya de verse, sin causa ni razón, abrasado por la fiebre, herida su entraña por doloroso puñal, que se revuelve en la llaga, idea monstruosa, del más completo absurdo, capaz, por sí sola, de destruir el orden moral del Universo. Siempre se le aparece la enfermedad como enviada por alguien, y este alguien, imponderable, es preciso que tenga alguna razón para transmitirla al pobre cuerpo terrenal.

Alguien debe de estar enojado contra la criatura humana, debe de guardarle rencor, odiarla. Alguien habrá que pretende castigarla por alguna culpa, por algún delito, por la infracción de alguna ley. Y este alguien será, únicamente, Aquel que todo lo puede; el mismo que lanza el rayo del cielo, que distribuye sobre los campos heladas y ardores, que enciende y apaga las estrellas; El, que posee todo poder; El, el Omnipotente: Dios. Y así, desde el primer instante, el origen de la enfermedad va indisolublemente ligado al sentimiento religioso.

Los dioses la envían, y sólo los dioses pueden alejarla. He aquí el pensamiento que hallaréis, inconmovible, en el umbral de toda medicina. solo y débil, consúmese el hombre primitivo en la hoguera de sus achaques, sin conocer otro alivio que el de elevar el grito de su alma al Dios misterioso, para que El le salve. El único remedio del hombre primitivo es la invocación, la súplica, el

sacrificio. Es empresa imposible resistir al Todopoderoso, al Invulnerable, que permanece entre las sombras; por eso es preciso humillarse, obtener su perdón, implorarle, enternecerle, para que aleje de su carne aquel ardiente e implacable sufrimiento. Pero... ¿cómo llegar hasta El, hasta el Invisible? ¿Cómo hablarle, cuando se desconoce su morada? ¿Cómo expresarle el propio arrepentimiento, la sumisión; cómo alabarle y mostrarle el ansia de sacrificio; cómo hacer llegar hasta El signos que pueda comprender? He aquí lo que ignora este pobre corazón de la humanidad primitiva, este corazón tosco y rudo. Dios no se descubre, no se manifiesta al ignorante, no se digna descender hasta él, en su humilde y cotidiana tarea, no le honra con su respuesta, no presta oído a sus súplicas. Y así, el pobre hombre desvalido, perplejo, debe acudir, en su miseria, a otro hombre que pueda constituirse en mediador entre él y Dios, a un hombre sabio y experimentado, conocedor de ritos y de fórmulas capaces de desenojar a las tenebrosas potencias, y aplacar su cólera. Y este mediador, en las épocas de las civilizaciones primitivas, no es otro que el sacerdote.

La lucha por la salud, por lo tanto, significa en los albores de la Humanidad, no la lucha contra la enfermedad concreta, aislada, sino la pugna con Dios. Toda la medicina en la tierra empieza como teología, como culto, como rito y magia; como una reacción del hombre contra la prueba enviada por Dios. Y a la dolencia se opone, no un tratamiento técnico, sino un acto religioso. No se estudia la enfermedad, sino que se busca a Dios; no se tratan sus manifestaciones dolorosas, sino que se intenta acallarlas a fuerza de plegarias, de expiaciones, rescatarlas, aplacar a Dios a costa de alabanzas, sacrificios y ceremonias, ya que sólo por medios supra-sensibles han de ceder, al igual que vinieron. Así una plena unidad del sentimiento sale al paso a la unidad de la aparición. Existen, solamente, una salud y una enfermedad, y, para ésta, una sola causa y un único remedio:

Dios. Y entre Dios y el sufrimiento, un solo y constante mediador: el sacerdote, que es a la par guardián del cuerpo y del alma. El mundo no ha estallado todavía, no se ha dividido; fe y ciencia constituyen aún, en el sagrado recinto del templo, un solo ente, y el alivio de los males no puede realizarse sin la simultánea contribución de las potencias espirituales, sin los ritos, los conjuros y las oraciones. Por eso los sacerdotes, conocedores de las misteriosas órbitas siderales, intérpretes y escudriñadores de los sueños; dominadores de los demonios, ejercen el arte medicinal, no como una práctica científica, sino como un secreto indescifrable. Secreto que, no pudiendo ser comunicado sino al escogido, se transmite de generación en generación. Aunque el sacerdote, aleccionado por la experiencia, posea conocimientos positivos, nunca se aventurará a dar un consejo concreto; siempre atribuirá las curaciones a causas milagrosas, relacionadas con lugares consagrados, con la sublimación de corazones y con la presencia de los dioses. Solamente limpio y puro de cuerpo y alma puede recibir el enfermo la reparadora sentencia. Los peregrinos que se dirigen al templo de Epidauro a través de espinosos caminos, deben dedicar la víspera a la oración, bañar el cuerpo, sacrificar cada cual una víctima propiciatoria, dormir en el atrio sobre el pellejo del carnero degollado y comunicar al sacerdote los sueños de aquella noche, para que por él sean interpretados. Sólo entonces podrán participar de la espiritual sanción, a la par que del mitigador remedio. Pero siempre, como prenda primordial e indispensable de todo lenitivo, precisa la aproximación del alma a Dios; quien pretenda el milagro del restablecimiento, debe disponerse antes a los milagros. La ciencia curativa, en su origen, está indisolublemente ligada a la ciencia divina; medicina y teología forman, en sus comienzos, unidas, un cuerpo y un alma.

Pronto se quiebra esta unidad inicial, ya que, para emanciparse y ponerse en condiciones de actuar de me-

diador práctico y útil entre la enfermedad y el enfermo, debía la ciencia curativa despojarse de todo religioso aparato, tales como el sacrificio, el culto y la plegaria, considerando semejantes prácticas como totalmente superfluas. El médico se coloca al lado del sacerdote y, a no tardar, frente a él — la tragedia de Empédocles —, y mientras transporta la dolencia de la esfera sobrenatural a la escuetamente natural, pugna por corregir los desórdenes internos mediante los elementos curativos naturales: hierbas, jugos y sustancias minerales. Limítase el sacerdote al servicio divino, renunciando a terapéuticas intromisiones; abandona el médico toda intervención espiritual, todo culto y magia, y a partir de este momento las dos actividades siguen caminos opuestos, tomando cada cual el que le es propio. Y rota así la primitiva unidad, adquieren todos los elementos del arte curativo un sentido completamente nuevo e inconfundible. Por de pronto, aquel fenómeno global de carácter psíquico que es la «enfermedad», se divide en innumerables «enfermedades», perfectamente clasificadas y definidas. Con lo cual su naturaleza queda desligada, hasta cierto punto, de la personalidad espiritual del hombre. La enfermedad no significará, en lo sucesivo, algo que afecta a la persona, sino a alguno de sus órganos. (Virchow, en el Congreso de Roma: «No existe la enfermedad en general, sino solamente enfermedades de los órganos y de las células».) Y así va transformándose paulatinamente la misión inicial del médico, forzado a reducir el estudio de la dolencia como un todo, a la cuestión más limitada de localizar cada una de sus manifestaciones y catalogarla en un grupo sistemática y armónicamente descrito de antemano. En cuanto al médico, formulado el justo diagnóstico y aplicado a la enfermedad su verdadero nombre, queda su misión virtualmente realizada, puesto que el tratamiento se reduce a la aplicación de las medidas que la terapéutica ha dictado para aquel «caso» concreto. Inhibida completamente de la re-

ligión y de la magia, y en posesión de una base científica, la medicina moderna, en lugar de partir de prejuicios individuales, se basa en realidades objetivas, y, todavía hoy, se la distingue con el poético calificativo de «arte medicinal», aunque no se debe conferir a este lisonjero título otra acepción que la artística. Tiempo ha que la medicina dejó de extraer de su seno a los elegidos de Dios, las misteriosas fuerzas visionarias, las enigmáticas concordancias con las potencias universales de la naturaleza: la predestinación se ha convertido en profesión, la magia en sistema y el misterio curativo en terapéutica y organología. La curación ha dejado de ser un acto espiritual, un acontecimiento maravilloso, para transformarse en un proceso racional por parte del médico; la experiencia suple a la espontaneidad y el libro de texto al «logos», el misterioso exorcismo sacerdotal. Allí donde la magia exigía una extrema tensión de espíritu, la nueva terapéutica, el método de diagnosis clínica, reclaman lo contrario, esto es, el equilibrio nervioso, la serenidad psíquica, la más absoluta pasividad espiritual.

Esta inevitable objetivación y especialización del proceso curativo debía alcanzar, en el siglo XIX, un exagerado apogeo, puesto que, entre el individuo sujeto a tratamiento y el facultativo, viene a interponerse un ente absolutamente inanimado: el aparato. La mirada penetrante del médico idóneo, que descubre todos los síntomas y le inspira un acertado diagnóstico, se hace superflua; el microscopio descubre por él el germen bacteriológico; el instrumento registrador le da la medida de las pulsaciones y del ritmo de la sangre y la radiografía le ahorra la imagen intuitiva. Cada día el laboratorio arrebata más y más su diagnóstico al galeno, y con él aquello que, en su profesión, ofrecía aún un sello de personales conocimientos. Y en cuanto al tratamiento, ahí está la fábrica de productos químicos, dispuesta a dosificar y preparar el remedio, aquel remedio que el

doctor medieval mezclaba, preparaba y dosificaba con sus propias manos para cada caso concreto. La omnipotencia de la técnica, que en medicina se ha manifestado más tarde que en todas las demás ramas de la ciencia, pero que ha sentado ya en ella triunfalmente sus reales, limita el proceso curativo a un esquema admirablemente caracterizado y preciso. Gradualmente, la enfermedad, intromisión un día del mundo sobrenatural en el mundo de las personalidades, se convierte precisamente en lo contrario de aquello que fué en los albores de la especie humana, esto es, en un «caso» habitual, típico, de precalculada duración y curso mecanizado, en un ejemplo racionalmente ponderable. A esta racionalización de dentro a afuera contribuye, como poderoso complemento, la organización exterior. En las clínicas — esos almacenes formidables de miserias humanas, como si allí se ejercieran tráficos mercantiles — son agrupadas las enfermedades por especialidades, exactamente como los médicos — textos ambulantes —, que, zumbando de hecho en lecho, en busca de «casos» particulares, limítanse a estudiar el órgano enfermo, sin tiempo, las más de las veces, para echar una mirada al rostro del paciente, espejo del sufrimiento. Las enormes organizaciones de montepíos y dispensarios cooperan en grado considerable a la desespiritualización y despersonalización, originando esa fogosa actividad en la cual no se puede producir la más mínima chispa por contacto de médico y enfermo, y en la que es imposible, aun con la mejor voluntad, avivar aquella misteriosa fuerza magnética que se transmite de alma a alma. Como un ser fósil, anacrónico, va muriendo el doctor doméstico, el único que conocía todavía al hombre en el enfermo, y no sólo su estado corporal, su constitución y sus evoluciones, sino también su familia y, con ella, muchas de sus características biológicas; este médico es el último que reunía aún algo de la dualidad sacerdotal y facultativa. Pero los tiempos le arrojaron de su plataforma giratoria, porque era una contradic-

ción de la ley especializadora, sistemática, como el coche de caballos respecto al automóvil. Ser demasiado humano es incompatible con el avance técnico de la medicina.

Contra esta «despersonalización», contra esta completa materialización de la medicina, ha venido siempre resistiéndose la masa del pueblo verdadero, ese pueblo amorfo, ignorante y, sin embargo, tan rico de intuición. Hoy, lo mismo que milenios atrás, el hombre sencillo, el que todavía carece de «cultura», considera la enfermedad como algo sobrenatural, que mira con una especie de supersticioso respeto y al médico que opone aún aquel acto espiritual, mezcla de esperanza, de temor, de invocación y de alabanza, como algo, en fin, ante lo cual su primera idea no es la de infección o de arteriosclerosis, sino la de Dios. Ningún tratado, ningún profesor le persuadirá nunca de que la dolencia sobreviene por caminos «naturales», es decir, de una manera absolutamente fortuita e inocente; y por esto, desde el primer momento, desconfía de toda práctica que tienda a localizar la enfermedad usando procedimientos sobrios, técnicos, fríos, es decir: sin vida. La resistencia invencible que encuentra el docto profesor en el pueblo nace del ansia que éste siente — ansia que es un instinto hereditario de la masa — por el «médico natural», el médico que debe su autoridad y su título, no a un examen universitario, sino al hecho de haber sabido hermanar naturalmente el universo todo: los animales y las plantas. El pueblo prefiere todavía, en lugar del técnico poseedor de la ciencia de las enfermedades, al «hombre que cura», al que tiene «poder» sobre la enfermedad. No importa que, años atrás, la brujería y el endemoniamiento se hayan volatilizado y resuelto en la luz eléctrica; la fe en estos hombres maravillosos y hechiceros han permanecido mucho más viva de lo que pudiera creerse y de lo que nos atrevemos a confesar públicamente. Y esa veneración que nosotros sentimos por el genio, por el incom-

prensiblemente creador que hay en un Beethoven, en un Balzac o en un Van Gogh, el pueblo la concentra hoy todavía en aquel en quien cree descubrir una fuerza curativa superior a la normal, el pueblo sigue prefiriendo al «frío instrumento» el hombre vivo, de sangre ardiente, del que «emana el poder». El herbolario, el curandero, el exorcista y el hipnotizador, precisamente por no ejercer sus prácticas curativas como una ciencia, sino como un arte, y más aún, como un arte de nigromancia, despiertan en las aldeas mayor confianza que el médico municipal pensionado y con título facultativo. En idéntica medida en que la medicina se va haciendo más y más técnica racional, y localizadora, va exacerbándose contra ella el instinto popular: sombría y subterránea corre por las capas profundas del pueblo, desde hace siglos y siglos, esa corriente contra la medicina académica, pese a todos los esfuerzos encaminados a elevar el nivel cultural de las masas.

De antiguo la ciencia se ha dado ya perfecta cuenta de esta resistencia, y en vano intenta contrarrestarla. De nada le ha valido asegurarse la protección del Estado y conseguir leyes contra las prácticas del charlatanismo y el curanderismo. Los movimientos que obedecen a un fondo de misticismo nunca son totalmente destruídos por los textos legales. A la sombra de la ley pululan hoy, como en las épocas medievales, innumerables curanderos, médicos no graduados, ilegales, en el aspecto jurídico, e incesantes se suceden las guerras de guerrillas entre éstos, con sus curaciones milagrosas, y la moderna terapéutica con su ciencia. Sin embargo, los más peligrosos adversarios de la ciencia académica no proceden de las clases incultas ni de las capas bohemias, sino de sus propias filas. Así como los caudillos de la Revolución francesa no salieron precisamente del pueblo, sino de los mismos nobles conjurados contra la nobleza para acabar con su supremacía, de igual modo en la gran rebelión contra la predominante tendencia especializadora de la medicina

científica han sido siempre médicos aislados, de espíritu independiente, quienes se han puesto a la cabeza del movimiento. El primero en combatir la materialización de la medicina y la supresión del milagro curativo fué Paracelso. Con el mazo de su rudeza campesina acomete a los «doctores», culpando a su pedante erudición de pretender demostrar este microcosmos humano como un vulgar reloj artificial para volver a montar sus piezas. Ataca la soberbia, el dogmatismo autoritario con la sublime magia de la *natura naturans;* que desconoce y desprecia las fuerzas de los elementos, y que no sospecha la corriente que existe entre el alma individual y la universal. Y, a pesar del valor muy relativo que se concede hoy a su recetario, la influencia espiritual de ese hombre va creciendo, por decirlo así, bajo la epidermis del tiempo, hasta cristalizar, a principios del siglo XIX, en la llamada «medicina romántica» que, a la par que una rama del movimiento filosófico-poético, es una tendencia hacia una más perfecta unión entre cuerpo y alma. En su absoluta fe en el alma universal de la naturaleza, basa su convicción en que ella es la más sabia doctora y no necesita del hombre sino como auxiliar suyo. Del mismo modo que la sangre, sin haber escuchado las lecciones de ningún químico, se fabrica a sí misma antitoxinas, así también el organismo, sostenedor y organizador de él mismo, sabe, las más de las veces, dar al traste con la enfermedad que le aqueja, valiéndose únicamente de sus propios recursos. La idea fundamental de toda medicina debería ser la de no interponerse voluntariamente en el camino de la naturaleza, sino la de alentar y fortificar el ansia de salud, sentimiento latente en todos los casos de dolencia. Este impulso puede ser producido generalmente por medios espirituales, psíquicos o religiosos, mejor que por el brutal instrumento o por el reactivo químico; la verdadera reacción se produce siempre en el interior, nunca en el exterior. La misma naturaleza es el «médico interior» que existe en

cada criatura desde su nacimiento y por eso sabe más de enfermedades que cualquier especialista, el cual ha de limitarse a examinar los síntomas externos. Por primera vez la medicina romántica considera la enfermedad, el organismo y el problema curativo como una unidad, como un complejo global, y de esta concepción parten, en el siglo XIX, toda una serie de sistemas cuyo punto de partida es la autoresistencia del organismo contra la enfermedad. Mesmer funda su teoría magnética en el «ansia de salud» del hombre; Mary Baker-Eddy basa su sistema en la fuerza positiva de la fe en el conocimiento de sí mismo; y así como estos dos maestros utilizan las energías interiores, otros se valen de las fuerzas naturales externas; los homeópatas, de los materiales puros; Kneip y los demás psiquiatras naturalistas, de los elementos regeneradores, agua, sol, luz, y todos ellos renuncian unánimemente a toda medicación química, al uso de todo aparato, y, con ello, a las más decisivas conquistas de la ciencia moderna. La común oposición de todas estas terapéuticas naturalistas, restablecimientos maravillosos y «curaciones por el espíritu» contra la dogmática patología local, se puede resumir en una fórmula escueta. La medicina científica considera al enfermo y su enfermedad como «un objeto», y le asigna un papel casi despectivo, de «pasividad» absoluta; nada tiene que preguntar ni que manifestar, nada tiene que hacer, fuera de la puntual observancia de las instrucciones facultativas de una manera completamente mecánica e irreflexiva, situándose lo más apartado posible de toda cooperación al tratamiento. Esta palabra «tratamiento» encierra la clave, puesto que, mientras en la medicina científica el enfermo es «tratado» como objeto, la psiquiatría exige de él, al contrario, la «acción», como sujeto, como agente y depositario del remedio; exige de él la máxima «actividad» posible contra la dolencia. En este llamamiento al enfermo, en este impulso de reacción espiritual, de concentración de toda su energía volitiva

para oponer toda la unidad del ser a esta otra unidad que es la dolencia, consiste el genuino y único medicamento de la cura psíquica, y es muy corriente que la actuación del maestro se limite a una palabra sugestiva, oportunamente pronunciada. Pero para quien conoce las maravillas de que es capaz el «logos», la palabra creadora, esta mágica vibración de los labios en el espacio, que ha erigido y derrumbado mundos innumerables, no será ninguna sorpresa el hecho de que en la medicina, al igual que en todas las demás esferas, la sola palabra sea capaz de realizar verdaderos milagros; que una sencilla sentencia, una sola mirada, emisarios mediadores entre una personalidad y otra, lleve a menudo la salud a órganos completamente atrofiados, acción imputable sólo a resortes espirituales. Y, aunque sorprendentes, no pueden semejantes curaciones ser calificadas de milagrosas ni de excepcionales; más bien, son el vago reflejo de una ley misteriosa que rige la suprema interdependencia de cuerpo y alma, ley que quizá los tiempos venideros definirán y establecerán con precisión. Baste ya a nuestra generación haber afirmado la posibilidad de la curación por medios estrictamente psíquicos y mostrado el debido respecto a unas manifestaciones que corresponden, en realidad, a los dominios extracientíficos.

Estas defecciones espontáneas de algunos profesores de la medicina académica constituyen, a mi entender, uno de los más interesantes episodios de la historia de la civilización, pues nada hay en la historia, ni en la de las hazañas del espíritu, que pueda igualarse en fuerza dramática a la del hombre débil, aislado, que se alza, solo, contra una gigantesca organización que abarca todo el mundo. Ya sea Espartaco, el esclavo ofendido, sublevándose contra las legiones y cohortes del Imperio romano; ya Pugastschev, el pobre cosaco, contra la Rusia inmensa; ya Lutero, el fraile agustino de ancha frente, contra la todopoderosa *fides catholica,* siempre que un hombre que no cuenta con más elemento de ata-

que que la firmeza de su fe, se lanza a un combate temerario, condenado aparentemente al más ruidoso fracaso, contra todos los poderes del mundo confabulados, su creadora potencia espiritual se desdobla y divide, sacando de la nada fuerzas inconmensurables. Cada uno de nuestros grandes fanáticos de «la curación por el espíritu» ha reunido a su alrededor centenares de miles de adictos; cada uno de ellos, con sus hechos y sus curaciones, ha despertado la conciencia del tiempo y ha irradiado poderosas corrientes que han afluído al campo de la ciencia. Uno se asombra al considerar la situación. En una época en que la medicina, gracias a un fabuloso perfeccionamiento de su técnica, lleva a cabo verdaderos milagros; en que ha aprendido a desmenuzar los microscopios átomos y moléculas de la sustancia viviente, a observarlos, fotografiarlos, medirlos y transformarlos; en que todas las demás ciencias naturales le aportan su valioso concurso, y que la materia orgánica ya ha dejado de parecer un secreto, en este preciso momento aparece una serie de investigadores independientes, sosteniendo la perfecta superfluidad de tanto aparato, en un buen número de casos. Ellos demuestran, abierta e irrecusablemente, que también hoy, como en otros tiempos, pueden llevarse a cabo curaciones por vía espiritual, con las manos vacías, y precisamente en casos donde la grandiosa maquinaria de precisión de la medicina académica ha fracasado deplorablemente. Visto por fuera, su sistema es incomprensible, casi ridículo, por lo simple; médico y enfermo, sentados amigablemente frente a frente, se limitan, en apariencia, a una agradable charla. Nada de rayos X, nada de instrumentos registradores, ni de corrientes eléctricas, ni de lámparas; nada que recuerde el complicado arsenal técnico que constituye el legítimo orgullo de nuestra técnica. Y, sin embargo, sus métodos arcaicos resultan a menudo más eficaces que toda nuestra avanzada terapéutica. Los viajes de ferrocarril no han modificado lo más mínimo la cons-

titución psíquica de la humanidad. ¿No transporta él anualmente, a la gruta de Lourdes, cientos de millares de peregrinos que aspiran a ser curados por el solo milagro? Y el descubrimiento de las corrientes de alta frecuencia altera en tan poco grado la espiritual idiosincrasia, la propensión al misterio, que hemos visto, en 1930, en Gallspach, bajo la influencia de la varita mágica de la personalidad de un psicólogo, surgir de la nada una ciudad entera, con hoteles, sanatorios y centros de diversiones, en torno a un solo hombre. Ningún hecho ha demostrado tan palpablemente como el éxito de las «curas de sugestión», las «curas maravillosas», las inmensas reservas de fe viva y latente que existe en nuestro siglo XX, y cuantas posibilidades salvadoras ha despreciado a sabiendas la medicina, orientada hacia la baceriología y la citología, al empeñarse en negar todo valor positivo a lo irracional y en excluir obstinadamente de sus cálculos matemáticos todo elemento de aportación psíquica.

Claro es que este sistema curativo neoarciaco no ha logrado hacer vacilar, ni por un solo instante, la magna organización de la medicina moderna, inconmovible por su profundidad y universalidad. El triunfo de unos sistemas aislados de intervención psíquica no ha demostrado en modo alguno que la medicina científica anduviera equivocada; no hace más que condenar aquel dogmatismo hermético que sólo da por buenos y aceptables los procedimientos de última hora, rechazando todos los demás como anacrónicos equivocados e imposibles. Es sólo esta presunción doctrinaria la que ha recibido un rudo golpe. Los innegables éxitos aislados, imputables sólo a los métodos de tratamiento psíquico, han despertado, y no a deshora, un ansia de serena reflexión entre las principales autoridades de la medicina. Una duda, leve ciertamente, pero perceptible para nosotros, los no iniciados, ha entrado ya en sus filas acerca de si (como admite públicamente un hombre de la talla de Sauerbruch)

«la concepción de una medicina puramente bacteriológica y seroterapéutica no nos ha conducido a un callejón sin salida». Si la especialización, por una parte, y el predominio de las evaluaciones cuantitativas, por otra, no van transformando lentamente este arte de la diagnosis personal, provechoso a la humanidad, en algo exclusivo y extraño al hombre; si, para usar una fórmula gráfica, «el médico no se ha convertido demasiado en estudiante», lo que hoy se ha dado en llamar «crisis de conciencia de la medicina» no significa en modo alguno un tópico exclusivo de ella; no es sino que ha entrado a participar de este fenómeno general de inseguridad europea, dentro del común Relativismo, que fuerza a los hombres de espíritu exclusivista, tras décadas enteras de afirmaciones dictatoriales y de recusaciones en todas las categorías de la ciencia, a retroceder y a dudar. Una especie de magnánima tolerancia, extraña hasta hoy, desgraciadamente, a las academias, empieza a dibujarse. Así vemos en la notable obra de Aschner sobre la «Crisis de la medicina» una gran cantidad de ejemplos sorprendentes, de curaciones que ayer y anteayer eran desechadas y despreciadas como prácticas medievales (tales como las sangrías y las cauterizaciones) y que hoy vuelven a adquirir estado de ultraactualidad y de novedad. La medicina juzga hoy, imparcial y equitativamente, la lógica de los fenómenos de la «curación por el espíritu», que todavía en el siglo XIX se veían despectivamente calificados de patrañas, embustes y embelecos por los doctores, y se llevan a cabo serios esfuerzos para definirlos y adaptarlos a las conquistas de la técnica clínica. Inconfundiblemente descubre uno, en los más sabios y humanos de los médicos, aquella especie de nostalgia por el viejo universalismo, un anhelo por transferir la exclusivista patología local a una terapéutica constitucional, un ansia de conocer, no ya sólo las enfermedades aisladas que afectan al hombre, sino la personalidad que este hombre constituye. Después que la creadora apetencia

de saber ha llevado a investigar hasta en la más recóndita molécula de los cuerpos y en la célula de la sustancia orgánica, vuelve la mirada hacia la unidad que supone la esencia morbosa, buscando, tras las particularidades locales, otras más elevadas. Surgen nuevas ciencias — fisiognomonía, herencia, psicoanálisis, psicología individual — que pugnan por llevar nuevamente a primer término aquellas propiedades incatalogables, típicas del individuo; aquello que constituye la personalidad castiza, y los descubrimientos de la psiquiatría extraacadémica, los fenómenos de sugestión, autosugestión, los hallazgos de Freud y de Adler, ocupan cada día más la atención de todo médico consciente.

Divergentes durante siglos y siglos, empiezan las corrientes de la medicina orgánica y psíquica a aproximarse de nuevo, pues es fuerza (¡la imagen de la espiral de Goethe!) que todo desenvolvimiento, al elevarse a regiones superiores, vuelva siempre a su punto de partida. Toda mecánica reconoce, al fin, la ley primordial del movimiento; toda división tiende de nuevo a la unidad; todo lo racional va a desembocar otra vez en lo irracional, y cuando, durante siglos, una fuerte tendencia unilateral de la ciencia ha escrutado hasta sus fundamentos la materia y la forma del cuerpo humano, surge de nuevo la cuestión del «espíritu que engendra el cuerpo».

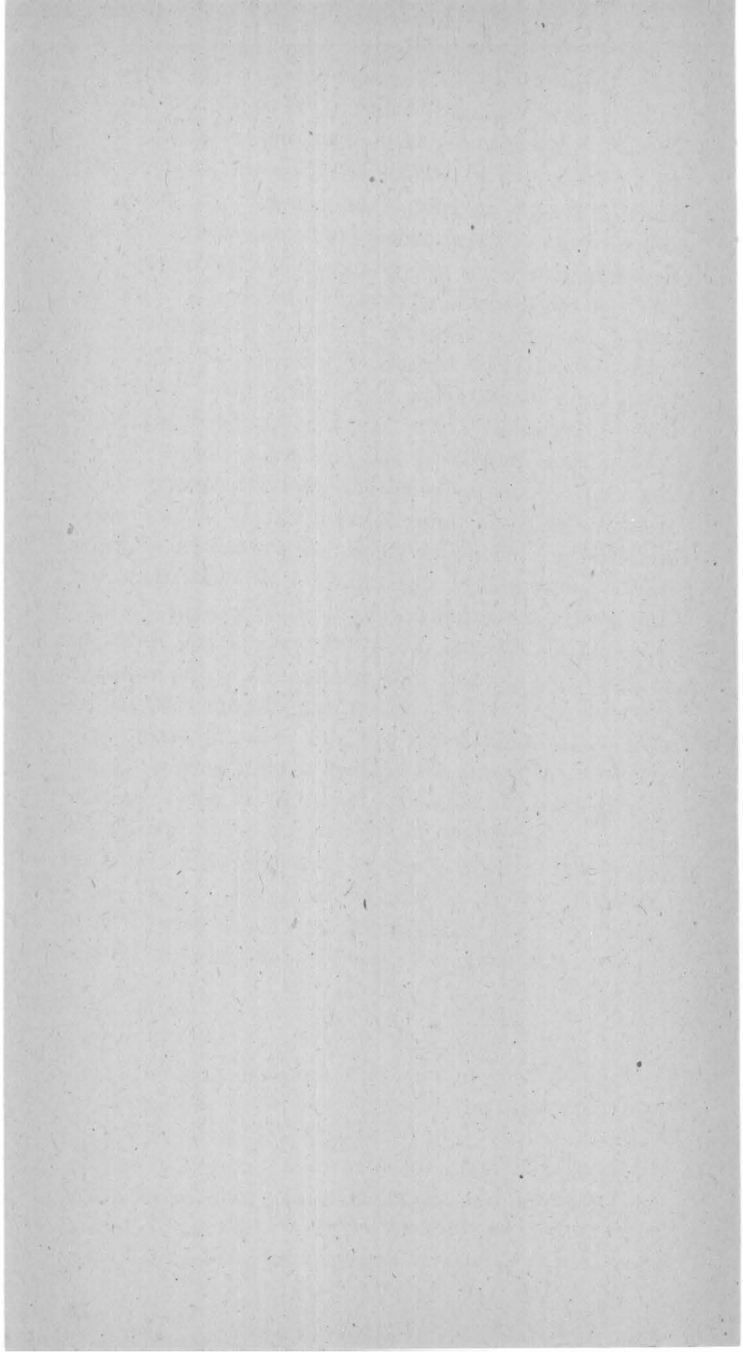
Este libro no pretende, en modo alguno, constituir una historia sistemática de los métodos adoptados en psiquiatría. Unicamente me ha sido posible personalizar unas ideas. De qué modo un pensamiento va creciendo y creciendo en un hombre, y cómo, a través de este hombre, se esparce por el mundo, he aquí el fenómeno psíquico-espiritual que juzgo más a propósito para ilustrar una idea que cualquier referencia crítico-histórica. Por eso me he limitado a escoger tres nombres que, cada cual por distintos y hasta antagónicos caminos, ha hecho

centenares de miles de prosélitos del principio de la curación por el espíritu: Mesmer, mediante el fortalecimiento, por sugestión, de la voluntad de sanar; Mary Baker-Eddy, por el éxtasis anestésico de la fe; Freud, por el principio del propio conocimiento y el tenaz alejamiento de los deprimentes conflictos espirituales (1). Personalmente no he tenido ocasión de experimentar ninguno de estos métodos, ni como médico, ni como paciente; a ninguno de ellos me liga el fanatismo de la convicción ni razón alguna de particular gratitud. Así espero que, limitándome a presentar unos esquemas o figuras, cediendo a mis aficiones de psicólogo, habré permanecido imparcial e independiente, y no se me podrá tachar ni de mesmerista al pintar a Mesmer, ni de cristiano-científico ante Baker-Eddy, ni de entusiasta psicoanalítico en mi evocación de Freud. Estoy plenamente persuadido de que cada una de estas teorías podría ser eficaz únicamente por la superación de sus principios; que cada una de ellas representa una forma hiperagudizada de otra subreagudización, y, sin embargo, parodiando a Hans Sachs, «no digo yo que esto sea una falta». Así como la ola pretende avanzar pasando por encima de sí misma, así también es propio de la tendencia expansiva de toda idea el buscar su forma más acabada. Lo que entraña el valor de una idea no es la manera como se realiza, sino el grado de realidad que encierra. No lo que es, sino lo que produce. «Sólo por lo extremo — dice admirablemente Paul Valéry — tiene el mundo su valor, sólo por lo mediano tiene su estabilidad.»

Salzburgo, 1930.

---

(1) Tanto Mary Baker-Eddy como Freud son estudiados por el mismo autor en otros volúmenes de esta colección. (N. del E.)



LOS PRECURSORES Y SU TIEMPO

Sobre nada se juzga con tanta ligereza como sobre el carácter del hombre; y, sin embargo, nada hay que debiera exigir tanta circunspección. Nunca se considera menos el conjunto, no obstante estar reflejado en el carácter, como en este caso. Siempre he observado que las gentes llamadas malas son las que ganan, y las buenas las que pierdan.

LICHTENBERG

POR espacio de un siglo entero Franz Anton Mesmer, esta piedra angular de la moderna psiquiatría, ha tenido que verse en la picota junto a los embaucadores y charlatanes, al lado de Cagliostro, el conde de Saint-Germain, John Law y otros aventureros de su época. En vano protesta ya el íntegro Einsam, entre los pensadores alemanes, contra este veredicto infamante de las universidades; en vano Schopenhauer proclama al mes-

merismo «el más preñado de todos los descubrimientos desde el punto de vista filosófico, aunque, de momento, ofrezca más enigmas que soluciones». Pero, ¿qué juicio hay que sea más difícilmente rectificable que un prejuicio? La maledicencia va cundiendo irreflexivamente y da por resultado el que uno de los más probos investigadores germanos que, guiado misteriosamente por la luz y por los fuegos fatuos, ha mostrado las huellas de una nueva ciencia, se transforme en un extraviado soñador, en un iluso farsante; y todo ello sin que nadie se haya tomado la molestia de comprobar cuántas transcendentales sugestiones se han originado de sus errores y de sus agotadoras luchas iniciales.

La tragedia de Mesmer consistió en haber llegado demasiado temprano y demasiado tarde. La época en que aparece es aquella «superinteligente» época del progreso — según la expresión de Schopenhauer —, en la cual, precisamente porque la ciega la orgullosa vanidad de la razón, pretende rechazar todo aquello que tiene una base intuitiva. A la tenebrosa mentalidad de la Edad Media, aquella respetuosa y complicada edad de los presentimientos, acababa de suceder el positivismo de los Enciclopedistas y de los omniscientes, dando a la palabra su sentido más estricto, aquella ruda dictadura materialista de los Holbach, La Mettrie, Condillac, para quienes el universo era un mecanismo interesante aunque mejorable y el hombre no otra cosa que un curioso autómata razonador. Henchidos de orgullo porque habían dejado de quemar hechiceros, convertida la buena vieja Biblia en una colección de ingenuos cuentos para niños, y arrebatado de manos de Dios el rayo con el invento de Franklin, estos doctores declaraban — y hacíanles coro sus escuálidos adeptos alemanes — que todo aquello que no podía ser sujetado con unas pinzas o medido con una regla, no pasaba de ser una ilusión absurda, y así barrían sin piedad de su diáfano y transparente (a la par que frágil) diccionario filosófico universal,

ntamente con la superstición, todo germen de sabor místico. Todo lo que no era matemáticamente demostrable como función se veía tachado, por su clarividente soberbia, de fantástico; todo aquello que no podía ser percibido por los sentidos era declarado, no ya rotundamente incomprensible, sino insensato.

Y he aquí que, en unos tiempos tan petulantes e impíos, en unos tiempos que no saben adorar sino la *Ratio,* que ellos mismos entronizaran, aparece de improviso un hombre afirmando que nuestro universo no es, en manera alguna, un espacio vacío e inanimado, la nada inerte, muerta, impasible en torno del hombre, sino una inmensidad cruzada y traspasada a todas horas por ondas invisibles, intangibles que sólo el alma es capaz de percibir; por misteriosas corrientes e influencias que producen mutuas y constantes reacciones y contactos, de alma a alma, de sentido a sentido. Incomprensible y misteriosa todavía es tal vez esa misma fuerza que irradia de estrella a estrella y presta su languidez a la luz de la luna, ese flúido incógnito, esa materia primordial, transmitida de hombre a hombre, lo que podría producir transformaciones en sus enfermedades psíquicas y fisiológicas y restablecer nuevamente aquella armonía suprema que llamamos salud.

Dónde radique la base de esa fuerza fundamental, cuál sea su nombre verdadero, su íntima esencia, son cuestiones que Franz Anton Mesmer no puede, es cierto, resolver satisfactoriamente; de momento llamará a esa materia activa, por analogía, magnetismo. Lo que pide a los profesores, lo que encarece a los académicos, es que se presten a experimentar por sí mismo los efectos sorprendentes de este tratamiento, por la sencilla aplicación de las puntas de los dedos; que examinen, siquiera por una vez, con mirada imparcial, la crisis morbosas, las situaciones enigmáticas, las maravillosas curaciones que consigue en los desórdenes nerviosos, por el solo efecto del magnetismo que hoy llamamos suges-

tión. Todo es en vano: la dogmática erudición de los académicos rehusa tenazmente dirigir una sola mirada benévola a todos estos fenómenos definidos y cien veces probados por Mesmer. Aquel flúido, aquella simpática fuerza transmisora, cuya esencia no puede explicarse satisfactoriamente (¡cuidado!, ¡eso es ya bastante sospechoso!), no está definida en ese compendio de todos los oráculos—el diccionario filosófico—, y, por consiguiente, no debe obtener carta de naturaleza. Los fenómenos que Mesmer señala no son explicables por la razón escueta y desnuda: por lo tanto, no existen.

Franz Anton Mesmer llega con un siglo de anticipación o bien con dos de retraso. La medicina antigua habría seguido con cuidadoso interés sus ensayos particulares, porque el alma vasta de la Edad Media daba ancha cabida a todo lo imponderable y era aun capaz, en su ingenua y pueril curiosidad, de creer en las propias conmociones internas antes que en la evidencia misma. Aquella época, por su misma candidez, era en alto grado propensa a la fe, y sus pensadores, tanto teológicos como profanos, no hubieran nunca conceptuado absurdo el dogma de Mesmer que sostenía que entre el macroscosmos y el microscosmos, entre el alma universal y el alma individual, entre el astro y la Humanidad, pudiera reinar una trascedental relación, esto es, una interacción real, material, ni hubieran hallado disparatada su hipótesis de que un hombre pueda actuar sobre otro por hipnosis, por la magia de su voluntad y por su sabio proceder. Y aquella universal omniscencia de Fausto habría considerado las experiencias de Mesmer sin recelos, con el corazón abierto, interesado e intrigado, y la ciencia moderna no hubiera juzgado embuste ni maravilla la mayoría de los afortunados experimentos psicotécnicos de este primer hipnotizador. Precisamente por el hecho de que nosotros, día tras días y casi hora tras hora, nos vemos sorprendidos por nuevos hallazgos increíbles y maravillosos en los dominios de la física y la

biología, nos resistimos con firmeza y prudencia a rechazar como absurdo aquello que, aun ayer, reputábamos inverosímil; por eso hoy incorporamos sin reparo multitud de descubrimientos y experiencia de Mesmer a nuestro acervo científico.

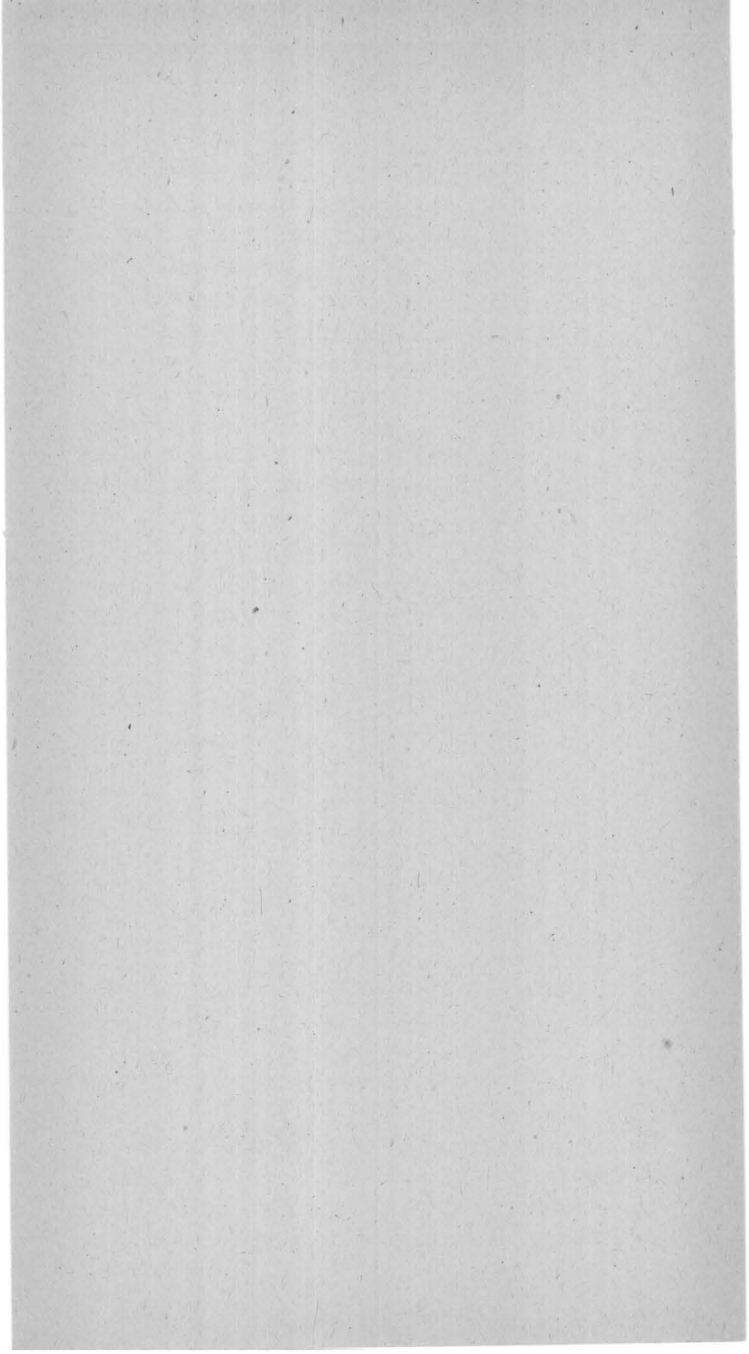
¿Quién impugnará hoy el hecho de que nuestros nervios y sentidos están sujetos a misteriosas influencias; que «somos un juego de presión del aire»; que nos hallamos sujetos a mil y mil impulsos internos y externos? Cuando oímos una palabra, acabada de pronunciar, repercute en un instante a través de los océanos, ¿no nos persuadimos de que nuestro éter está animado por infinitas e incomprensibles vibraciones y ondas vitales? No, ya no nos asustan las tan combatidas ideas de Mesmer, sosteniendo que nuestro ser individual exhala una determinada energía propia que, rebasando los límites de los cordones nerviosos, va a proyectarse, de una manera casi mágica, sobre la voluntad de otro ser distinto y tiene la propiedad de obrar sobre él.

Pero ¡caprichos del destino! Mesmer ha llegado demasiado temprano o demasiado tarde. Precisamente la época en que ha tenido la fatalidad de ver la luz es aquella que carece de todo órgano capaz de percibir la verdadera intuición. Nada de claroscuro en las cosas del alma: ante todo, orden y luz meridiana. Allí inicia su juego de transición la enigmática pregunta de lo conocido, de lo ignoto, es donde la fría pupila racionalista se muestra completamente ciega. Y no reconociendo en el alma una auténtica potencia individual, tampoco la medicina descubre, en esta rudimentaria máquina que es el *homo sapiens*, otra cosa que lesiones de los órganos, un cuerpo enfermo; nunca, una conmoción del espíritu. Nada tiene, pues, de extraño que, ante los desórdenes corporales, no halle otro recurso que el de la bárbara ciencia del cirujano: purgas, sangrías y agua fría. Al desequilibrado se le amarra a la rueda y se le hace girar mientras la espuma brote de su

boca, o bien se le azota hasta la extenuación. A los epilépticos se les llena el estómago con fórmulas de charlatanería, y todos los desórdenes nerviosos son, sencillamente, declarados inexistentes, por la magnífica razón de que no se les puede aprehender. Y ahora, cuando este evidente importuno de Mesmer, con sus prácticas magnéticas — que por serlo tienen ya resabios de magia —, viene a mitigar por vez primera este género de achaques, la Facultad, indignada, desvía la mirada y sostiene no haber visto en ellas otra cosa que supercheria y engaño.

En este desesperado poste de vanguardia, en su lucha por una nueva psicoterapia, se halla Mesmer completamente solo. Sus discípulos, sus colaboradores, están todavía medio siglo, un siglo lejos de él. Y una trágica agravante de esta soledad es el hecho de que el combatiente no sienta protegida su espalda por la fe en sí mismo. Porque Mesmer ha presentido únicamente la dirección, pero ignora todavía el camino. Siente que ha dado con las huellas verdaderas, percibe a su lado el calor de un misterio, de un grande y fecundo misterio, y, sin embargo, sabe que él solo, aislado, nunca podrá descifrarlo del todo. Por eso apena ver a este hombre, acusado de charlatán durante un siglo entero por la frívola maledicencia, acudir a los médicos — sus colegas y compañeros — en súplica de apoyo y ayuda. Cual nuevo Colón antes de su partida, errando de corte en corte con su plan de ruta de las Indias, se arrastra Mesmer de academia en academia, mendigando interés y protección para su idea. También él, como su preclaro hermano en descubrimientos, lleva un error en la base de su hipótesis, pues enmarañado aún en las sutilezas medievales del arcano, cree haber hallado, con su teoría magnética, la panacea, aquella sempiterna «India» de la vieja medicina. Es verdad que, sin saberlo él mismo, ha descubierto algo infinitamente mejor que un inédito camino; Colón ha dado un nuevo continente a la ciencia, con infinitos

archipiélagos y tierras vírgenes que han de tardar largo tiempo en ser explorados: la psicoterapia. Porque todos estos dominios abiertos hoy a la psiquiatría — la hipnosis, la sugestión y el psicoanálisis, así como el espiritismo y la telepatía — han fertilizado en la tierra nueva que descubrió aquel trágico solitario, que ignoraba haber penetrado en una región de la ciencia mucho más vasta que la medicina. Otros han labrado sus campos y recogido los frutos de las simientes que él sembrara un día, otros han cosechado la gloria, mientras su nombre era enterrado con desprecio por la ciencia en el muladar donde se entierra a los herejes y los charlatanes. Aquella sociedad hizo su proceso y le condenó. Sólo ahora empiezan a estar maduros los tiempos para recusar a sus jueces.



RETRATO

En 1773 comunicaba Leopoldo Mozart a su esposa, desde Salzburgo: «No te escribí por el correo anterior porque celebramos una gran velada musical en casa de nuestro amigo Mesmer, en su jardín de la carretera. Mesmer toca magníficamente el armonio; es el único en Viena que ha aprendido este instrumento y posee uno mucho más hermoso que el de miss Dewis. Wolfgang también lo ha tocado.» Por donde se ve que son buenos amigos el médico vienés, el músico de Salzburgo y su famoso hijo. Ya unos cuantos años antes, cuando el director de la Opera Real, de desdichada memoria, Afligio — que terminó su vida en las galeras — se negó, a pesar de las órdenes imperiales, a representar la primera obra de Wolfgang Amadeo, que sólo contaba entonces catorce años, «La finta semplice», Franz Anton Mesmer, mecenas musical, más audaz que el emperador y la corte, se apresuró a ofrecer su pequeño teatro de jardín para el estreno de la ópera alemana «Bastien y Bastienne», sumando así a sus otros títulos de gloria el imperecedero de haber apadrinado la primera gran producción escénica de Mozart. Este acto de

amistad no lo olvidará nunca el joven Wolfgang; en todas sus cartas habla de él y siempre se siente a gusto al lado de su «querido Mesmer». Y cuando, en el año 1781, se establece definitivamente en Viena, no deja de trasladarse, en diligencia, de Schlagbaum a la hospitalaria casa. «Escribo esto en el jardín de la carretera, de Mesmer», empieza la primera carta a su padre, el 17 de marzo de 1781. Y en «Cosi fan tutte» erigió más tarde al sabio amigo el conocido monumento humorístico. Todavía hoy, y por siglos venideros, acompañan al alegre recitativo los versos sobre Franz Anton Mesmer:

Aquí la piedra-imán
Debe probároslo.
El que su origen debió
A un cantón alemán
Y tanta fama cobró
En Francia.

Pero no es solamente un señor erudito, un devoto del arte, un amigo de la sociedad, este singular doctor Franz Anton Mesmer; es también un hombre acaudalado. Pocos vieneses del estamento burgués poseían entonces una casa tan maravillosa, alegre y sociable como la suya, situada en la carretera, número 261, y que era un verdadero Versalles en miniatura a orillas del Danubio. En su vasto y espacioso jardín digno de príncipes, los huéspedes se sentían seducidos por un espectáculo tan bello como diverso, en el que dominaba el gusto barroco: umbrosas avenidas pobladas de estatuas clásicas, una pajarera, un palomar, aquel coquetón teatro al aire libre — desgraciadamente olvidado hace tiempo — en que tuvo lugar la «première» de «Bastien y Bastienne»; una piscina circular de mármol, que, andando el tiempo, fué testigo, con ocasión de los tratamientos magnéticos, de tan memorables escenas y, en la cumbre de un montículo, un mirador desde el cual la vista abarcaba, más

allá del Danubio, hasta el Prater. Nada tiene de sorprendente que esta sociedad vienesa, amiga de la charla y de la distracción, se encuentre a sus anchas en esta magnífica mansión; el doctor F. A. Mesmer figura entre los más conspicuos burgueses, desde que casó con la viuda del consejero de corte Van Bosch, señora con más de treinta mil florines. Su mesa está diariamente dispuesta para amigos y conocidos (según cuenta Mozart); allí se bebe y se come espléndidamente, al lado de este hombre tan culto como jovial, y en ella no faltan nunca tampoco los goces del espíritu. Aquí se escuchan, mucho antes de ser entregados a la imprenta, ejecutados generalmente sobre la partitura autógrafa, los más recientes cuartetos, arias y sonatas de Haydn, Mozart y Glück, íntimos todos ellos de la casa, así como las últimas producciones de Piccini y Highini. Quien prefiera los temas espirituales, encuentra igualmente, en cualquier aspecto que sea, un émulo de talento universal en el magnífico anfitrión. Porque este presunto farsante de F. A. Mesmer posee una cultura de primer orden, pues ya cuando fué enviado a Viena para ampliar sus estudios — él, hijo de un cazador episcopal, nacido el 23 de mayo de 1734 en Iznang de Bodensee —, alcanzó, en Ingolstadt, el dictado de *emerito studiosus* en Teología, y fué investido del grado de doctor en Filosofía. Pero esto no le basta a su espíritu inquieto. Cual otro doctor Fausto, pretende abarcar todos los dominios de la ciencia, y así estudia, en Viena, primeramente Derecho, para ingresar, al fin, en la cuarta facultad, la de Medicina. En 27 de mayo de 1766, Franz Anton Mesmer, aunque ya dos veces autor *autoritate et consensu illustrissimorum, perillustrium, magnificorum, spectabilium, clarissimorum* Professorum, se ve asimismo proclamado solemnemente *Doctor Medicinae;* de su propio puño y letra firma el diploma el Lume del Colegio teresiano, el renombrado profesor y médico de corte Van Swieten. Mesmer, sin embargo, enriquecido por su ma-

trimonio, renuncia a sacar ducados de su título; no siente prisa ninguna por su práctica facultativa y prefiere seguir, como erudito *diletante*, los más recientes descubrimientos de la geología, física, química y matemáticas; los progresos de la filosofía abstracta y, sobre todo, las creaciones de la música. Toca el piano con igual talento que el violoncelo, y pulsa como el primero el armonio, para cuyo instrumento Mozart compondrá un quinteto. Las veladas musicales de Mesmer no tardan en contarse entre las predilectas de la Viena espiritual, y, junto con la pequeña *camera* de Van Swieten en Tiefen Graben — adonde, cada domingo, Haydn, Mozart y, más tarde, Beethoven, concurren —, la casa número 261 de la carretera es considerada como el más selecto refugio del arte y de la ciencia.

No, este hombre tan indignamente calumniado, al que se tratará, andando el tiempo, de secesionista de la medicina y de iluso curandero, este F. A. Mesmer no es una persona cualquiera. Este hombre de ancha frente y bien formado, ya exteriormente impresiona y llama la atención por su elevada estatura y su porte imponente. Cuando en París, entra en un salón, acompañado de su amigo Cristóbal Willibald Glück, todas las miradas se dirigen, curiosas, hacia estos dos germanos, hijos de Enak, que sobrepasan la talla común de los hombres en toda la longitud de la cabeza. Es de lamentar que los pocos retratos que de él han quedado expresen tan defectuosamente los rasgos de su fisonomía; de todos modos, no dejan de reflejar un rostro armonioso y bien dibujado, labios jugosos, barba llena y carnosa, y frente magníficamente abombada sobre unos claros ojos de un gris de acero. Hay un aplomo, una seguridad bienhechora en este hombre poderoso, que alcanzará una ancianidad patriarcal con salud de hierro. Nada más erróneo que buscar, en este hipnotizador, un hechicero, una endemoniada aparición de ojos llameantes y de diabólicas centellas, un Svengali o un doctor Spalanzini; al contra-

rio, lo que todos sus contemporáneos reconocen unánimes en él es su paciencia incansable, infinita. De temperamento más melancólico que impetuoso, más tenaz que impulsivo, el animoso sabio observa cuidadosamente los fenómenos, y, de la misma manera que cruza por sus habitaciones a grandes pasos, firmes y rudos, así camina con pausa y decisión en sus investigaciones, pasando de una observación a otra, lenta, pero inflexiblemente. No procede por arranques fulminantes y deslumbradores, sino por conclusiones prudentes y, por lo mismo, irrecusables, y no hay impugnación ni encarnizamiento capaces de alterar su profunda calma. Esta tranquilidad, este tesón, esta grandiosa y perseverante paciencia, refleja el verdadero genio de Mesmer. Y sólo a su cometido retraimiento, a su trato modesto y afable, debe la historia el hecho, bastante curioso, de que un hombre conspicuo y acaudalado cuente en Viena únicamente con amigos y no tenga ni un solo enemigo. Sus conocimientos son elogiados en todas partes, como lo son asimismo la simpatía de su honesta persona, su mano siempre abierta y su aguda percepción: *Son âme est, comme sa découverte, simple, bienfaisante et sublime.* Sus colegas, los doctores vieneses, aprecian en Franz Anton Mesmer al médico excelente, claro que sólo hasta el momento en que éste tiene la osadía de avanzar por senderos propios y de realizar, sin la anuencia de la Facultad, un descubrimiento que ha de impresionar al mundo. Al llegar a este punto, se da al traste con la amabilidad y empieza una guerra sin cuartel por el «ser o no ser».



LA CHISPA QUE BROTA

DURANTE el verano de 1774, un noble extranjero, de paso por Viena, en compañía de su esposa, recaba, a petición de ésta, atacada de un súbito calambre de estómago, del conocido astrónomo Maximiliano Hell, padre jesuíta, que le confeccione un imán en forma manejable, de manera que pueda ser fácilmente aplicable al órgano doliente. La idea de que la piedra magnética posee intrínsecamente propiedades curativas especiales, hipótesis que consideramos hoy con cierto escepticismo, era para la medicina de antaño, basada en la magia y en la telepatía, incontrovertible. La condición activa del imán — Paracelso le llamará un día «monarca de los misterios» — ha preocupado siempre a la antigüedad, por la circunstancia de poseer este elemento mineral propiedades ajenas a todos los demás, pues mientras el plomo, el cobre, la plata, el oro y el estaño, sin olvidar el vulgarísimo hierro, carecen de toda propiedad vital y no siguen otra ley que la de la gravedad, este único y excepcional elemento pone de manifiesto una especie de energía psíquica, una innegable actividad. El imán atrae hacia sí el hierro muerto, inerte; es capaz, como subjetividad única, de expresar una especie de personal volición

con respecto a aquello que es puramente una objetividad, y su manera característica de conducirse induce a pensar, aun involuntariamente, que obedece a leyes distintas de las que rigen el mundo terrenal y, tal vez, el sidéreo. Cortado en forma de aguja, mantiene tenazmente su férreo índice en dirección al polo norte, constituyéndose así en guía del navegante y del extraviado viajero y parece conservar una reminiscencia de su origen meteórico en el seno de la tierra. Tan peregrinas particularidades en un solo metal no podían menos de fascinar, desde el primer instante, a la clásica filosofía naturalista. Y como el espíritu humano tiende constantemente a buscar analogías, no es de extrañar que los médicos mediavelaes pretendieran asignar al imán un poder telepático. No se cansarán de investigar, durante siglos enteros, si, del mismo modo que atrae residuos de hierro, es capaz de atraer también ciertas enfermedades, desalojándolas del cuerpo humano. Allí donde surgen regiones sombrías, comparece en seguida el espíritu investigador de Paracelso con su penetrante mirada, saturada de curiosidad. Su voluble fantasía, ya frívola, ya genial, pero siempre inquieta, transforma irrefleximanete esta confusa hipótesis de sus predecesores en una patética afirmación. Su cerebro, fácilmente inflamable, establece, sin asomo de duda, que, paralelamente a la fuerza del ámbar — y ahí tenemos la electricidad en cierne —, la del imán es la expresión de una naturaleza sidérea en función geológica, incorporada al cuerpo «adamítico», y no vacila en clasificar el imán entre los remedios infalibles. «Sostengo clara y categóricamente, fundándome en lo que la experiencia me ha mostrado, que el imán entraña un altísimo secreto que, mientras permanezca desconocido, nos imposibilitará toda acción sobre muchas enfermedades.» Y en otro lugar, escribe: «El imán ha permanecido largo tiempo expuesto ante los ojos de todos, sin que a nadie se le haya ocurrido pensar si podría encontrársele alguna nueva aplicación, ni si, aparte de atraer el hierro,

pudiera hallarse dotado de algunas otras fuerzas. Nuestros piojosos doctores suelen echarme en cara que no quiero seguir a mis mayores; pero, ¿en qué les seguiría? Todo lo que han dicho del imán se resuelve en nada. Poned lo que yo os digo en la balanza y juzgadlo. Si me hubiese limitado a seguir a ciegas a los demás, sin preocuparme de verificar experimentos por mi propia cuenta, hoy no sabría más que lo que ve cualquier campesino: que el imán atrae el hierro. Pero es que un hombre cuerdo debe investigar, y así es como he descubierto que el imán, aparte de esta fuerza manifiesta, palpable para todos, de atraer el hierro, posee otra, secreta, no aparente.» Sobre la manera cómo debe ser aplicado el imán para fines curativos, da también Paracelso minuciosas instrucciones con la habitual irreflexión que le caracteriza. Sostiene que el imán posee un vientre — polo atractivo — y una espalda — polo repulsivo —, de tal manera que, debidamente aplicado, puede proyectar su fuerza a través del cuerpo. Este sistema de tratamiento, que en realidad es el precursor de la electroterapia, que tanto tiempo tardará aún en ser descubierta, es calificado por el eterno y fiero polemista de «la más valiosa de todas las enseñanzas que los galenos hayan adquirido en su vida. Si, en lugar de entregarse a sus jactanciosas afirmaciones, hubiesen considerado el imán con atención, habrían sacado más cosas en claro que con toda su sabihonda palabrería. El imán cura los flujos de los ojos, de los oídos, de la nariz y de las articulaciones externas; por este método se curan asimismo las úlceras de los muslos, las fístulas, los cánceres y los flujos menstruales de la mujer. Igualmente contribuye a soldar las fracturas, y cura la ictericia y la hidropesía, según me ha demostrado con frecuencia la práctica; lo que ocurre es que es inútil ofrecer las cosas, ni siquiera bien machacadas, a los ignorantes.» Nuestra medicina actual no tomará muy en serio, ciertamente, esta opinión; pero aquello que Paracelso ha afirmado

será, para su escuela, regla y ley durante un par de siglos. Por eso sus alumnos cultivan y cuidan amorosamente, con otras muchas exuberantes malezas de la mágica cocina paracélsica, la teoría de la eficacia curativa del imán. Su discípulo Helmont y, más tarde, Goclenius, quien, en 1608, publicó un libro titulado *Tractatus de magnetica cura vulnerum*, defendieron apasionadamente, fieles incondicionales al maestro, la potencia orgánica curativa del imán, y así este método avanza, paralelamente a la medicina oficial, como una corriente subterránea. Será uno de esos partidarios anónimos, alguno de esos seguidores tenaces del sistema telepático, quien habrá recetado a la exótica viajera el imán de referencia.

El P. Hell, jesuíta, a quien se dirige la paciente extranjera, no es médico, sino astrónomo. No le preocupa la idea de que el imán pueda o no tener positiva eficacia contra los calambres de estómago; su misión se limita a confeccionar el objeto en la forma solicitada y así lo hace, con toda fidelidad. Sin embargo, no deja de comunicar a su amigo, el sabio doctor Mesmer, tan curiosa ocurrencia. Este, *semper novarum rerum capidus*, siempre afanoso de ilustrarse, de conocer y experimentar nuevos resortes de la ciencia, ruega a su amigo Hell le tenga al corriente de los resultados del tratamiento. Apenas ha oído que, en efecto, las convulsiones han cesado completamente, se apresura a visitar a la enferma, y queda admirado de la inmediata mejoría provocada por la aplicación del imán. El método le interesa y decide en seguida experimentarlo por su cuenta. Se provee, por mediación de Hell, de imanes de idéntica forma, y con ellos realiza pruebas y más pruebas sobre pacientes, aplicándoles aquel pedazo de acero magnetizado en forma de herradura, ya al cuello, ya al corazón, pero siempre sobre el órgano afectado. Y, cosa sorprendente, en algunos casos, con estupefacción por su parte, consigue un éxito nunca esperado, jamás soñado, en particular con una señorita llamada Osterlin — a quien de este modo cura

de calambres de estómago —, y con el profesor de Matemáticas, Bauer.

Un espíritu ingenuo se hubiera quedado boquiabierto ante el milagro, hubiera creído haber dado con un nuevo talismán, clave de la salud: el hierro magnético. ¡Parece cosa tan clara, tan sencilla! En casos de convulsiones y ataques epilépticos bastaría con aplicar debidamente al enfermo la mágica herradura sin preocuparse del cómo y del porqué y, ¡date!, ¡el milagro regenerador estaba consumado! Pero Franz Anton Mesmer es un médico, es hombre de ciencia, es hijo de una nueva época y es hombre que medita acerca de los fenómenos de causalidad. No le basta el hecho evidente, palpable, de que el imán obre de una manera casi maravillosa en un gran número de sus pacientes. Como corresponde a todo médico serio y reflexivo, querrá, precisamente porque no cree en el milagro, explicarse y explicar a los demás el porqué este enigmático mineral produce semejantes maravillas. Hasta el momento, ha encontrado sólo con sus experiencias el denominador del enigma curativo: el frecuente efecto bienhechor del imán; para la deducción lógica necesita todavía reunir los datos restantes, el fundamento causal. Sólo entonces quedaría el problema, para la ciencia, no ya planteado, sino resuelto.

Circunstancia singular: una endiablada casualidad parece haber puesto en su mano — precisamente en la suya — el otro término de la ecuación, pues precisamente este Franz Anton Mesmer, unos diez años antes, en 1766, ha obtenido su título de doctor con una notable tesis, no exenta de misticismo, titulada: *De Planetarum influxu*, en la que, bajo la influencia de la astrología medieval, propugna la idea de una acción de los astros sobre el hombre y establece la tesis de una indefinida fuerza misteriosa que, desparramada por los vastos espacios siderales, obra en la esencia de toda materia; un éter primordial, un misterioso flúido que penetra todo el cosmos y, con él, también al hombre. Este flúido original,

este principio de finalidad, es designada, por el cauto disertador, de una manera muy vaga, como la *gravitas universalis,* la fuerza común de atracción. El hombre maduro habría sin duda olvidado, desde hacía largo tiempo, aquellas hipótesis de sus años juveniles. Pero al ver Mesmer ahora, con ocasión de esa curación casual por el hierro magnético — que, en su calidad de piedra meteórica, tiene origen estelar —, realizada una acción tan inexplicable, hace converger ambos elementos — el empírico y el hipotético, la enferma curada por la aplicación del imán y la tesis de su trabajo — en una única teoría; Mesmer estima que su hipótesis filosófica está corroborada y sostenida por la eficacia del tratamiento y cree haber hallado el verdadero nombre de aquella indefinible *gravitas universalis:* la fuerza magnética, a cuya atracción está sujeto el hombre, como las estrellas al universo. ¡Así, pues — exclama radiante su alborotada fantasía —, el magnetismo es aquella *gravitas universalis,* aquel «fuego invisible» de Hipócrates, aquel *spiritus purus, ignis subtilissimus* que, cual flujo creador, penetra el éter universal a la vez que la célula del cuerpo humano! El puente, aquel puente con tanto afán buscado, que une el mundo sideral con la humanidad, le parece haberlo hallado, en la embriaguez del azar. Y dice, agitado y altivo: «Quien, animoso, lo cruce, penetrará en un mundo desconocido.»

La chispa ha prendido. El contacto casual de un experimento y una teoría provocan en Mesmer la explosión de un pensamiento. Pero la primera consecuencia toma una dirección del todo falsa, porque, en su precipitado entusiasmo, Mesmer supone haber encontrado, con la piedra magnética, nada menos que la panacea universal, la piedra filosofal, y un error, un franco sofisma constituye, pues, el punto de partida de su sistema. Pero este sofisma resulta fecundo, creador. Y como Mesmer no va a lanzarse a él a ciegas y de cabeza, sino que, fiel a su temperamento, avanzará cauteloso, paso a paso,

seguirá adelante, dando muchas vueltas y rodeos. Muchos caminos errados y torcidos ha de tomar todavía; pero a pesar de todo, mientras los demás se someten, pura y simplemente, a los viejos procedimientos, este solitario irá avanzando a tientas entre tinieblas, pasando lenta, lentamente, de la pueril fantasía medieval a la ideología del presente.

LOS PRIMEROS ENSAYOS

He aquí ya que Franz Anton Mesmer, hasta entonces simplemente médico y atraído por la belleza de las ciencias, posee una idea fija o, para hablar con más propiedad, es poseído por ella. Mientras aliente, hasta su último suspiro, va a meditar y a trabajar incansablemente en busca de este *perpetuum mobile*, de esta fuerza motriz del Cosmos. Toda su vida, su fortuna, su prestigio y su tiempo serán sacrificados en aras de esta idea primordial. Y en ese tesón, en esa nebulosidad, firme y ardiente, estriban toda la grandeza y toda la tragedia de Mesmer, porque aquello que busca — el mágico flúido universal — nunca puede hallarlo de una manera clara y patente. Y lo que encuentra — una nueva psicotecnia — es precisamente lo que no buscaba y que no ha de reconocer en toda su vida. Su suerte desesperante es del todo análoga a la de su contemporáneo el alquimista Böttger, quien, pretendiendo, en su prisión, producir oro, descubre, casualmente, algo mil veces más precioso: la porcelana. En éste, como en el otro caso, un psíquico impulso da origen a la idea primordial, y el descubrimiento se produce por sí solo, como resultado de los apasionados experimentos subsiguientes.

Mesmer, al principio, no tiene del flúido universal más que un concepto filosófico. Y posee, además, el imán. Pero el radio de acción de éste es, relativamente, restringido; de ello se da cuenta desde las primeras pruebas. Su fuerza de atracción obra sólo en un radio de algunas pulgadas y, sin embargo, el místico presentimiento del médico continúa aferrado a la creencia de que aquel cuerpo lleva en sí, escondidas, energías latentes mucho más poderosas que las que, excitadas y tratadas debidamente, saldrían a la luz. Y así empieza a echar mano de los más curiosos artificios. En vez de aplicar a la región enferma, como lo hiciera aquel inglés, una sencilla herradura, él aplica dos imanes a su paciente, uno en el lado izquierdo superior y otro en el derecho inferior, con objeto de que el misterioso flúido atraviese, en circuito cerrado, todo el cuerpo, restableciendo por medio del flujo y reflujo la desequilibrada armonía. Para aumentar su propia influencia, lleva Mesmer, además, colgado al cuello y cosido dentro de una bolsita de cuero, un imán, y no satisfecho con esto, se esfuerza en transmitir la vivificadora corriente a todos los objetos imaginables. Magnetiza el agua, haciendo bañarse en ella a los enfermos y beberla; magnetiza, por frotamiento, tazas y platos de porcelana, vestidos y camas; magnetiza espejos, que reflejarán el flúido, y magnetiza instrumentos musicales que esparcirán la virtud curativa con sus vibraciones sonoras. Cada vez más fanático, encastíllase en la idea fija de que la fuerza magnética — como más tarde se hará con la eléctrica — puede ser transmitida mediante conductores, embotellada y concentrada en acumuladores. Así llega a construir la célebre «cuba de la salud», el tan ridiculizado *baquet*, un recipiente de madera, tapado, en el cual dos hileras de botellas llenas de agua magnetizada corren convergentes a una barra de acero provista de puntas conductoras movibles, de las que el paciente puede aplicarse algunas en la región dolorida. Alrededor de esta batería magnética se sitúan

los enfermos, fervientes, en contacto unos con otros, unidos por las puntas de los dedos, formando cadena, porque Mesmer quiere cerciorarse de si, transmitiéndose a través de varios organismos, la corriente aumenta. Tampoco le satisfacen los experimentos con personas, pero no tardarán en creer en ello incluso los gatos y los perros. Finalmente serán asimismo magnetizados los árboles del parque de Mesmer y hasta el estanque, en cuyas aguas, semejantes a un tembloroso espejo, habrán de sumergir los pacientes sus pies descalzos, comunicándose con los árboles por medio de cuerdas sujetas con las manos, mientras el maestro toca su violín, magnetizado asimismo, para aumentar la sensibilidad nerviosa con sus ritmos delicados y suaves, y volverla así más dócil a la acción del bálsamo universal.

Superchería, desatino, puerilidad, dice, naturalmente, nuestro sentimiento actual, indignado o compadecido al considerar tan extravagantes prácticas que, sin duda alguna, hacen recordar a Cogliostro y demás doctores de la superchería. Los primeros experimentos de Mesmer vagan — ¿por qué negarlo? —, errantes y desvalidos, por las áridas regiones medievales, entre yermos y malezas. A nosotros, los hombres de hoy, nos parece, desde luego, un absurdo pretender transmitir la fuerza magnética a los árboles, aguas, espejos y música por medio del simple frotamiento y empeñarse en obtener con ello resultados curativos. Sin embargo, para no pecar de injustos, considérese imparcialmente el estado de la física en aquella época. Tres nuevas fuerzas provocan entonces la curiosidad y la atención de la ciencia, tres fuerzas que, si por su edad, apenas cuentan, no dejan de ser aún en la cuna tres Hércules. Gracias a la marmita de Papin y a la máquina de Watt puede presentir el mundo la fuerza motriz del vapor y la potente energía del aire atmosférico, considerado hasta entonces por las generaciones precedentes como algo pasivo y negativo, como un gas incoloro e incomprensible. Un decenio todavía,

y por vez primera el globo aerostático elevará a un hombre cielo arriba; un cuarto de siglo aún, y también por primera vez el barco de vapor habrá vencido al otro elemento: el agua. Pero en aquellos momentos esa potencia inmensa del aire comprimido o enrarecido se conoce sólo con las experiencias de laboratorio. Con igual timidez y titubeo empieza asimismo a manifestarse la electricidad, ese Ifitos entonces encerrado todavía en la modestísima botella de Leyden. ¿Qué es lo que ofrece el 1775 en eficacia eléctrica? Ni el mismo Volta ha realizado una decisiva experiencia. Solamente con minúsculas baterías se obtienen unas inútiles chispitas azules que producen unas débiles sacudidas en los nudillos. Es todo lo que conoce la época de Mesmer sobre la potencia creadora de la electricidad: aproximadamente, lo mismo que sobre magnetismo. Y, no obstante, debe haberse entonces filtrado en el alma humana, irreductible y terco, un vago presentimiento de que el futuro, gracias a aquellas fuerzas, tal vez con el concurso del vapor comprimido, tal vez con la batería eléctrica o con la magnética, podrá cambiar la faz del mundo y asegurar el imperio del bípedo mamífero sobre la tierra por millones de años. Es el presentimiento de esas energías, todavía hoy desconocidas en parte, aunque en parte dominadas, y gracias a las cuales nuestras ciudades se inundan de luz; de esas energías que surcan el cielo y transmiten el sonido del ecuador al polo en una fracción infinitesimal de segundo. Potencias gigantescas existen, en germen, en estos humildes principios; lo siente ya entonces la humanidad, lo siente también Mesmer, sólo que, como el príncipe en «El mercader de Venecia», perseguido por la adversidad, de las tres cajitas se queda con la falsa y concentra la esperanza inmensa de la época precisamente en el más débil de los tres elementos, el imán. Fué un error innegable, pero que el momento disculpa. ¡Error bien humano!

Por eso no son sorprendentes los primitivos métodos

de Mesmer — su imantación del espejo, su magnetizado estanque —; en cambio, lo que sí nos admira es la inconcebible virtud terapéutica que, con tales procedimientos, con ese imán insignificante y baladí, obtiene un sombre solo. Y, no obstante, estas aparentes curaciones maravillosas, al ser valoradas desde un punto de vista psicológico, pierden todo carácter enigmático, puesto que es probable, y mejor diremos seguro, que, desde los comienzos de la medicina, la humanidad doliente se ha curado por la virtud de la sugestión con mucha más frecuencia de lo que regularmente suponemos y la ciencia se siente dispuesta a confesar. La historia del mundo nos demuestra que no ha existido una terapéutica, por absurda y paradójica que fuese, que no haya influído favorablemente, cuando menos por algún tiempo, sobre el paciente a quien se ha aplicado. Nuestros abuelos y nuestros padres fueron curados por procedimientos que inspiran una sonrisa compasiva a nuestra medicina contemporánea, esta medicina cuya práctica y cuya ciencia serán tratadas dentro de cincuenta años, por la ciencia de entonces, con idéntica sonrisa, y arrinconadas por ineficaces y nocivas. Siempre que se produce una curación sorprendente, puede afirmarse que la sugestión ha tenido en ella una parte fundamental. Desde las fórmulas de exorcismo de los antiguos hasta la triaca y los excrementos de ratón cocidos de la Edad Media y la varilla de radium de nuestros días, todos los métodos curativos, en absoluto, deben una gran parte de su eficacia a la voluntad de sanar, ingénita en el enfermo, y esto en tan alto grado, que el vehículo eventual, base de esta fe — sea imán, hematíes o inyección —, en gran número de enfermedades puede decirse que es superfluo, comparado con la energía que aporta el enfermo y que es la que da eficacia real al medicamento. Por eso no tiene nada de sorprendente, sino que resulta lógico y natural, que siempre el remedio últimamente descubierto produzca los éxitos más inesperados, pues, por lo mismo que es

desconocido, acumula en el hombre el grado máximo de confianza, factor inapreciable en todos los casos. Y esto le ocurrió a Mesmer. Apenas se divulga la virtud de su imán y el éxito obtenido en varios casos, la fama de su panacea se extiende por Viena y por todo el país. De cerca y de lejos acuden las gentes en peregrinación, para ver al mago del Danubio y ser tocados por el imán maravilloso. Ricos magnates llaman al médico vienés a sus palacios, los periódicos publican artículos sobre el nuevo sistema, se lucha, se discute, se eleva al cielo el arte de Mesmer, se le denigra y se le desprecia. Pero lo principal es que todo el mundo quiere probarlo o informarse de él. Gota, convulsiones, zumbido de oídos, parálisis, calambres de estómago, desarreglos menstruales, insomnio, dolores hepáticos, las mil y mil enfermedades que hasta aquel día habían resistido a todo tratamiento, son curadas por obra y gracia del imán. Y en la casa número 261 de la Landstrasse, que hasta entonces ha sido sólo morada de arte y esparcimiento, un milagro sucede a otro. Al cabo de un año escaso de haber despertado aquel extranjero la atención de Mesmer sobre el imán, la fama del ignorado médico, desbordándose de Austria, ha llegado ya hasta Hamburgo, hasta Ginebra, desde donde los doctores locales le ruegan les ilustre sobre su terapéutica magnética, tan eficaz según la fama, para poder ellos realizar también experiencias y comprobarlas debidamente. Y — ¡peligrosa prueba para la dignidad de Mesmer! — los doctores a quienes el médico vienés se ha confiado — el doctor Unzer, de Altona, y el doctor Harsu, de Ginebra —, confirman, a pie juntillas, la magna eficacia que han obtenido con ayuda del método de Mesmer y ambos, espontáneamente, publican un entusiasta artículo sobre la terapéutica mesmeriana. Gracias a testimonios tan valiosos encuentra Mesmer cada día más apasionados adeptos e incluso llega a ser llamado por el Elector de Baviera. Y aquella fama tan prodigiosa que alcanzara en Viena vuelve a favorecerle en Mu-

nich y esta vez en más alto grado. Allí, la aplicación del imán en casos de parálisis total y de debilidad éptica va seguida de un éxito tan fulminante, que el Consejero de la Academia en Augsburg, en 1776, imprime un informe sobre su curación por el método de Mesmer, en el cual dice: «Lo que ha conseguido aquí con diversas enfermedades hace suponer que ha arrebatado a la naturaleza uno de sus más misteriosos secretos.» Con clínica precisión describe el ex enfermo el estado desesperado en que Mesmer le hallara y cómo a la primera aplicación magnética le desapareció de repente la antigua dolencia que no había cedido hasta entonces a la acción de ninguna terapéutica. Y, para salir al paso a toda posible objeción de los facultativos, escribe el sensato Consejero: «Si alguien pretende que toda esa historia de mi vista no es sino pura fantasía, me quedaré muy tranquilo, y en lo sucesivo no pediré ya a ningún médico del mundo otra medicina que aquella que me persuada firmemente de que estoy sano.» Bajo la impresión de estos éxitos incontrovertibles, Mesmer será por primera vez — y por última — reconocido y aprobado. El 28 de noviembre de 1775 la Academia del Electorado de Baviera le incluye solemnemente entre sus miembros, «pues está persuadida de que el esfuerzo de un hombre tan ilustre, que ha perpetuado su fama con demostraciones irrebatibles y particularísimas de un método y descubrimiento tan inesperado como útil, ha de dar gran prestigio a la Corporación.» En el transcurso de un año, sólo un año, la victoria de Mesmer es completa, y él debería darse por satisfecho: una Academia, una docena de médicos y centenares de curados y agradecidos pacientes prueban de una manera innegable la eficacia del imán.

Y, sin embargo, cosa extraña, precisamente en el momento en que los testigos, imparciales, dan la razón a Mesmer, él se desmiente a sí mismo. En el curso de aquel año ha caído en la cuenta de su error de origen, es decir, ha reconocido que no es el hierro magnético lo que

obra en su mano, sino la mano misma. Y, por tanto, que la sorprendente influencia que sobre el enfermo posee, no emana del mineral muerto con que opera, sino de sí mismo, de su persona, y que no es el magneto el mago de la salud, sino el magnetizador. Con esta premisa, el problema, naturalmente, toma en seguida otro aspecto; un paso más, y sería encontrada la causalidad de eficacia verdadera, la personal. Pero el empuje espiritual de Mesmer no es bastante para pegar el salto de todo un siglo. Sólo paso a paso sigue avanzando por sus senderos extraviados y dando rodeos. Pero al rechazar, honrado y decidido, su piedra filosofal, el imán, se ha librado del mágico pentagrama de los argamandijos medievales; ha alcanzado el punto en que su idea puede sernos comprensible y fecunda.

PRESENTIMIENTOS Y JUICIOS

Es imposible fijar hoy la fecha en que Mesmer emprende este histórico cambio de posición en su sistema de tratamiento. Pero ya su agradecido paciente Osterwald escribe desde Baviera en 1776, que «actualmente el doctor Mesmer no emplea, en sus curas, imanes artificiales de ninguna especie, limitándose al masaje, en parte directo y en parte indirecto, de las regiones afectadas». De manera que no ha tardado ni un año siquiera en observar que el imán es totalmente superfluo en las curas llamadas magnéticas. Limitándose a friccionar los nervios, sólo con la mano, en sentido longitudinal, los enfermos experimentan idéntica excitación o depresión, según los casos. Sólo necesitan los pacientes el contacto de Mesmer para que sus nervios se distiendan en repentinas convulsiones; sin el empleo ya de instrumento o medicación alguna se produce en el organismo un cambio en el curso de la dolencia, un cambio que, empezando por una excitación, se convierte pronto en notable alivio. Frente al hecho no cabe ya dudar por más tiempo: es su mano que irradia algo en absoluto desconocido, algo mucho más misterioso que el imán, para lo cual no existe explicación ni en Paracelso ni en la medicina posterior

y contemporánea. Y absorto permanece el descubridor ante sus descubrimientos: en lugar del método magnético ha encontrado otro totalmente nuevo.

En tal coyuntura, Mesmer, honradamente, debería decir: «Me equivoqué, el imán no vale nada; toda la energía que le vine atribuyendo, en realidad no le pertenece y esa virtud curativa que, con propio sorpresa, cada día experimento, corresponde a causas primordiales que yo mismo desconozco en absoluto.» Y, en lógica consecuencia, debía cesar inmediatamente de llamar magnética a su terapéutica, arrinconando como superfluo todo aquel grotesco aparato de botellas cargadas, cubas, tazas y árboles hechizados. Pero, ¡qué poquísimos hombres entre los políticos, entre los sabios, entre los artistas y filósofos, aun los más animosos, tienen el valor suficiente para confesar sin rodeos que sus opiniones de la víspera no son otra cosa que error y disparate! Así también Mesmer, en vez de abandonar resueltamente la insostenible teoría de la virtud curativa del imán, escoge un tortuoso camino de retroceso y empieza atribuyendo un doble sentido a la noción «magnética», y explicando que el imán mineral no tiene en realidad eficacia alguna, pero que aquella fuerza que obra en su método es verdaderamente el magnetismo, un magnetismo «animal», energía inherente al hombre, idéntica a la misteriosa del muerto metal. Procura aclarar su nueva teoría de un modo tan circunstanciado como confuso, como si pretendiera sostener que en nada fundamental ha variado el sistema, cuando en verdad, al intercalar en él esta nueva idea del magnetismo «animal» — que por desgracia se confunde muy frecuentemente y que debe equivaler a magnetismo «vital» — entramos en una región inmensamente apartada de la en que hasta entonces nos hallábamos: la metaloterapia. A partir de este momento será preciso concentrar toda la atención para no dejarse extraviar por la similitud de las palabras. Desde 1776, para Mesmer, magnetizar no es ya tocar o influir

con el imán, sino, sencilla y escuetamente, dejar obrar sobre otras personas esa misteriosa energía humana — la «animal» — que se desprende de los extremos de los nervios a través de los dedos. Y los facultativos que, aun en nuestros días, siguen llamándose magnetópatas, por le hecho de practicar este tratamiento, usan erróneamente la denominación, ya que, probablemente, ninguno de ellos posee un imán en su casa. Todo su sistema se basa exclusivamente en la influencia personal, en la terapéutica sugestiva o fluidal.

De lo dicho resulta que Mesmer, al año de su primer descubrimiento, ha dejado ya felizmente su error detrás de sí; pero, ¡qué hermoso, qué cómodo habría sido aquel error! Entonces suponía Mesmer que, en casos de convulsiones o crisis nerviosas, bastaba aplicar un imán al cuerpo, y frotar un poquitín con más o menos destreza para que el enfermo sanase. Pero al desvanecerse la grata ilusión de la mágica virtud del imán, vuelve el sabio a sentirse perplejo frente a su propia magia conseguida a diario sin más concurso que el de sus manos. Porque, ¿en qué elementos radica propiamente aquella acción maravillosa que se origina cuando frota las sienes del enfermo, o le proyecta su hálito o le produce aquellas bruscas contracciones nerviosas con sólo ejecutar unos movimientos circulares sobre sus músculos? ¿Es un flúido, una *force vitale* que se desprende de su organismo, del de Franz Anton Mesmer? Y, nueva pregunta: ¿Irradia esa extraña energía sólo de su naturaleza particular o, por el contrario, es común a todos los hombres? ¿Puede ser aumentada a voluntad, puede ser dividida y reforzada con el concurso de otros elementos? Y, ¿cómo se produce esa transmisión? ¿Se produce por medios psíquicos — anímicos —, o bien por un proceso químico de irradiación o de evaporación de partículas microscópicas e invisibles? ¿Es terrenal o es divina esa fuerza? ¿Es material, física o espiritual? ¿Viene de las estrellas o bien es la quintaesencia de nuestra sangre o

tal vez un producto de la voluntad? Mil preguntas acosan a un tiempo al hombre sencillo que, muy lejos de ser un genio, no posee otra cualidad que la de ser un ferviente observador; mil preguntas frente a las que se ve como un pigmeo y de las cuales la principal — o sea, la que pretende dilucidar si estas curaciones llamadas magnéticas son consecuencia de una acción psíquica o son transmitidas por un flúido —, todavía hoy no se ha visto contestada satisfactoriamente. ¡En qué laberinto se ha metido el incauto desde el día que se empeñó en valerse del absurdo método del imán que la extranjera le inspirara, y qué lejos le ha llevado este error inicial! Pasarán todavía años y años sin que se haga luz en su cerebro. Sólo de una cosa está cierto Mesmer; sólo una cosa le ha demostrado la sorprendente experiencia, y sobre ella levanta toda su teoría: que con más intensidad que todos los medicamentos químicos puede influir a menudo el hombre viviente sobre su prójimo en ciertas crisis, con sólo su presencia y con el influjo de sus nervios. «De todos los cuerpos de la naturaleza, es el hombre mismo quien con más eficacia obra sobre el hombre.» A su criterio, la enfermedad no es otra cosa que un desequilibrio en la armonía de la criatura, una peligrosa interrupción de corriente entre flujo y reflujo. Pero late en todo ser humano una salvadora fuerza íntima, la apetencia de salud, aquel eterno impulso, instintivo y vital, de apartar de sí todo lo que es morboso; y la misión de la nueva terapéutica magnética no ha de ser otra que fomentar esta apetencia de salud — que la medicina mecanicista ha despreciado, en realidad, por tanto tiempo — por medio de este influjo magnético — hoy decimos sugestivo —. Según la concepción de Mesmer — completamente justa bajo un punto de vista psicológico —, concepción que más tarde la *Christian Science* elevará a un grado superlativo, esta apetencia psíquica de salud, esta voluntad de salvación puede producir maravillas en el proceso curativo: deber

del médico será, pues, provocarla. El magnetópata, en cierto modo, no hacae sino cargar los agotados nervios para producir el choque decisivo; llena y refuerza la batería de defensa interna del organismo. Pero en estas tentativas encaminadas a aumentar la fuerza vital — advierte Mesmer —, no hay que asustarse si los síntomas morbosos, en vez de cesar en seguida, se agudizan al principo, se hacen convulsivos, ya que ésta es precisamente la misión del tratamiento magnético; la de llevar la dolencia a su punto máximo, a la crisis y al espasmo. No es difícil reconocer en esta famosa «teoría de la crisis» de Mesmer el viejo exorcismo de la Edad Media, el sistema de los conjuros del Padre Gassner, que es sobradamente conocido. Sin sospecharlo, desde 1776 pone en práctica con toda regularidad los métodos sugestivo e hipnótico, y el secreto primordiad de su éxito radica, ante todo, en la vehemencia de su personal energía, que proyecta con una intensidad impresionante y tan poco común, que raya con la magia. Con todo, aun siendo poco lo que sabe Mesmer acerca de la causa de esos efectos, no dejan, en aquellos primeros años, de surgir en su mente algunas ideas básicas de la psiquiatría, ideas que más tarde han abierto nuevos horizontes a ulteriores meditaciones y progresos. En primer lugar observa que algunos de los pacientes poseen en grado notable la receptibilidad magnética — nosotros diríamos que son propensos a la sugestión —, mientras otros se manifiestan del todo insensibles a ella; es decir, que hay una clase de personas que actúan como transmisoras de voluntad y otra clase que obra como receptora, y si aumenta el número de los participantes se origina una intensificación de energía por efecto de la sugestión en masa. Con tales observaciones ensancha Mesmer las posibilidades diferenciales de la caracterología contemporánea, e inesperadamente, bajo la influencia de este nuevo rayo de luz, el espectro del alma queda descompuesto y más intensamente coloreado. Un sinnúmero de suges-

tiones nuevas lanzan a ese hombre, que a pesar suyo ha tropezado con un enorme problema, solo y abandonado a sus propios recursos y en medio de la arena de su tiempo. Pero nadie será capaz de explicarle este fenómeno, hoy todavía confuso y sin resolver, y según el cual existen ciertas naturalezas de tal modo dotadas, mágicas y *medicales* a un tiempo, que, por medio de la aplicación escueta de la mano y la acción de su personalidad a través de la atmósfera, logran curaciones, frente a las cuales la ciencia más positiva y esclarecida ha de declararse impotente en absoluto.

Por su parte, los enfermos no se preocupan del flúido, ni del cómo ni del porqué; se limitan a acercarse al mago, empujados por la fama de su novedad y atraídos por la esperanza. Pronto Mesmer se ve obligado a organizar un hospital magnético en su finca de la Landstrasse; incluso de países remotos acuden pacientes, desde que llegó a sus oídos la célebre curación de la joven señorita Osterlin y pasaron por sus ojos los innumerables testimonios de agradecimiento de sus demás enfermos. Para la casa número 261 de la Landstrasse pasó ya el tiempo de la música y de los galantes juegos de jardín: Mesmer, que hasta la fecha puede decirse que no ha utilizado su título de doctor, trabaja ahora febrilmente desde la madrugada hasta la noche con varillas, cubas y demás sorprendentes aparatos de su fábrica de salud. En torno al tranquilo estanque del jardín, donde antaño jugueteaban alegremente doradas carpas, siéntanse ahora, en cerrada cadena, los pacientes, sumergidos los pies con devoción en aquella agua maravillosa. Cada día señala un nuevo triunfo de la técnica magnética, cada hora trae nuevos creyentes, pues la fama de las asombrosas curaciones se esparce y extiende por doquier, y pronto en toda la ciudad, ávida y curiosa, no se habla más que de este nuevo Theophrastus Paracelso. Y, no obstante, en medio de tantos éxitos, hay un hombre que no los comparte: el maestro Mesmer en persona,

quien, a pesar de los ruegos e importunidades de sus amigos, se resiste, temeroso, a pronunciarse definitivamente sobre el maravilloso flúido; sólo en un trabajo de veintisiete párrafos se decide a esbozar vagamente una primera teoría del magnetismo animal. Pero se resiste obstinadamente a ilustrar a los demás, sintiendo que únicamente a él atañe desentrañar el secreto de la propia y personal virtud.

LA NOVELA DE LA SEÑORITA PARADIES

En Viena, Franz Anton Mesmer va perdiendo popularidad en la misma medida que gana fama. Toda la sociedad espiritual, sabios y profesores, han estimado al docto sin ambición, al rico generoso y sociable, al ilustre personaje nunca orgulloso, mientras ha ido desarrollando sus ideas con carácter de *diletante* inofensivo. Pero, desde el momento en que Mesmer las pone seriamente en práctica y su nuevo tratamiento causa sensación, empieza a notar en sus colegas una resistencia, sorda primero, pero que no tarda en hacerse ostensible. En vano invita a sus antiguos compañeros de profesión a visitar su clínica magnética para demostrarles que opera, no con potingues de curandero y embaucamientos, sino a base de un sistema racional; pero ninguno de los profesores y doctores se decide a admitir en serio aquellos singulares fenómenos curativos. Esa terapéutica, a base de las yemas de los dedos, sin aplicaciones clínicas, sin medicamentos ni prescripciones; ese manipular varillas mágicas y cubetas magnéticas, les parece — fácil es comprenderlo —, desprovisto de toda seriedad. Pronto sien-

te Mesmer un viento helado que le azota la espalda. «La frialdad con que han sido recibidas aquí mis primeras ideas me asombra», escribe a Munich por aquellos días. Ingenuamente había esperado encontrar, en los sabios, sus conciudadanos, y en sus primeros amigos y colegas, al menos beligerancia y franca discusión. Por el contrario, todos aquellos académicos, antaño tan afables, no sólo dejan de dirigirle la palabra, sino que se burlan de él, le afrentan, y dondequiera que va encuentra sólo una manifiesta repulsión, cosa que le apena hondamente. En marzo de 1776, comunica al secretario de la Academia de Ciencias del Electorado de Baviera que, en Viena, su idea, «a causa de su novedad, se ve expuesta a la persecución casi general», y dos meses más tarde repite con más énfasis esta misma queja: «Sigo adelante con mis descubrimientos de física y medicina referentes a mi especialidad, pero debo renunciar a toda esperanza de ver reconocido mi sistema, tanto más cuanto que aquí me veo forzado a luchar continuamente contra la más vil malevolencia. Se me tiene por un embaucador y se tacha de locos a todos los que me creen. Así anda la nueva verdad.»

El eterno destino del precursor, de aquel que llega antes de tiempo, se ha cebado en él: el perpetuo conservadurismo de las facultades le persigue y le acosa y se dispone a lanzar sobre él un fallo defintivo. Bajo mano iníciase en Viena una general embestida concéntrica contra la terapéutica magnética: revistas francesas y alemanas publican — anónimos, naturalmente — artículos remitidos desde Viena, en los cuales se ridiculizan los métodos de Mesmer. A pesar de todo, el odio se ve forzado todavía a operar a la sombra, ya que para un ataque abierto la conducta irreprochable de Mesmer no ofrece ningún punto vulnerable. Llamar farsante, ignorante o necio charlatán a un doctor en dos Facultades, que tiene su título suscrito por dos personalidades como Van Swieten y Van Haen, no es posible. Tampoco hay

manera de cogerle por el lado codicioso, pintándole como aprovechado, pues este hombre, rico por herencia, asiste de balde a la mayoría de sus pacientes. Y lo que es peor de todo: tampoco se le puede tachar de embaucador y jactancioso, puesto que no pretende exagerar en lo más mínimo el alcance de su descubrimiento. Nunca ha sostenido — como hará más tarde Mary Baker-Eddy con su *Christian Science* — haber descubierto una terapéutica universal que haga superflua toda otra medicina; sino que pone todo su empeño en afirmar que su magnetismo animal solamente puede ser eficaz en las enfermedades nerviosas, aunque, indirectamente, pueda obrar en otras manifestaciones morbosas, hijas de aquella causa primordial. Con lo cual hace, en cierto modo, impacientarse a sus colegas que, saturados de secreto despecho, se disponen a echar la zancadilla al odiado innovador.

Al fin llega la ocasión tan suspirada. El episodio de la señorita Paradies será el golpe de gracia; una sencilla novela, sin dificultad se trocará en drama impresionante, ya que rara vez se habrá hallado en la historia de una enfermedad escena tan aparatosamente preparada. María Teresa Paradies, muchacha de notable talento, está ciega desde la edad de cuatro años y a consecuencia de parálisis del nervio óptico, y su ceguera reputada como incurable. Su gran disposición para el piano la ha hecho popular en Viena, hasta el punto que la misma emperatriz se ha dignado apadrinarla, concediendo a los padres de aquel prodigio musical una pensión de doscientos ducados, y costeando a la niña la educación ulterior; más tarde la señorita Paradies ha dado buen número de conciertos, uno de ellos en presencia de Mozart, y gran cantidad de composiciones suyas yacen todavía inéditas en la Biblioteca de Viena.

Esta joven es llevada a Mesmer. Antes, sin embargo, los más afamados oftalmólogos de Viena, el profesor Barth, conocido especialista en la extirpación de catara-

tas, y el doctor Stoerk, médico de Corte, la han tratado metódicamente durante años y años sin resultado. Pero ciertos síntomas — temblor convulsivo de los ojos, que llegan a salirse de las órbitas, y molestias en el hígado y bazo, que provocan verdaderos accesos de locura —, hacen suponer que la ceguera de la señorita Paradies no tiene por causa la atrofia del nervio óptico precisamente, sino más bien desequilibrio o desarreglo psíquico. Como último recurso es llevada a Mesmer, quien diagnostica una conmoción general del sistema nervioso, considerando, en consecuencia, el caso como capaz de ser resuelto por su método. Al objeto de poder seguir el proceso del tratamiento, hospeda a la muchacha en su casa, tratándola gratuitamente, junto con otras dos pacientes.

Hasta aquí todos los informes de la época se muestran de acuerdo y nada encuentran que merezca reproche. Pero desde este instante se produce una disparidad absoluta entre las afirmaciones de Mesmer, que sostiene haber devuelto la vista a la joven en un grado casi normal, y las de los profesores, que niegan toda supuesta mejoría, calificándola de «fantasía» y de embuste. — Esta palabra «fantasía» desempeñará en adelante un papel decisivo en todos los juicios académicos que se formulen contra Mesmer —. Claro está que hoy, ciento cincuenta años después, no será empresa fácil decidir entre las dos aseveraciones contradictorias. En favor de los médicos reza el argumento de que María Teresa Paradies no recobró definitivamente la vista, y en apoyo de Mesmer hay, en cambio, el testimonio del padre de la joven, que declara positivo el hecho, en un escrito que, por ser autógrafo, me parece demasiado natural y elocuente para poder calificarlo sin más ni más de falso o fingido. Pocos documentos conozco que, desde un punto de vista psicológico, describan con más veracidad el primer descubrimiento del mundo de luz realizado por una persona que, ciega, ha ido recobrando la vista paulatinamente, y haría falta ser un poeta y un psicólogo mucho más

genial que el viejo secretario de corte, padre de la señorita Paradies, o un temperamento mucho menos prosaico que el de Mesmer, para encontrar aquellas frases con que son expresadas tan sutiles y espirituales observaciones. El informe está concebido en estos términos: «Después de un breve e intenso tratamiento magnético por parte del doctor Mesmer, empezó ya a distinguir los contornos de los cuerpos y figuras que se le presentan. Sin embargo, era tan delicado el nuevo sentido, que solamente podía reconocer dichos objetos en una habitación oscura, con las ventanas provistas de maderas y cortinas. Cuando se pasaba una luz por delante de sus ojos, a pesar de estar tapados con una venda de cinco vueltas, la muchacha, como herida por el rayo, caía desplomada al suelo. La primera forma humana que percibió fué la del doctor Mesmer. Contemplóle, siguiendo con gran atención los movimientos que éste hacía con objeto de examinarla. Al fin pareció mostrase un poco asustada, y dijo: «¡Es espantoso ver esto! ¿Es esta la figura del hombre?» Accediendo a sus deseos le trajeron un gran perro, muy manso y, desde hacía largo tiempo, su favorito, y lo examinó asimismo con gran atención. «Este perro — dijo — me gusta más que el hombre; su vista me resulta más soportable». Lo que prinicipalmente le chocaba era la nariz en mitad del rostro; al verla no podía retener la risa. Respecto a la de ella se expresaba en los siguientes términos: «Me hace el efecto de que me amenaza y de que se me quiere clavar en el ojo.» Una vez ha visto diversas caras empieza a habituarse. Lo que más esfuerzo le cuesta es aprender a distinguir los colores y las distancias, ya que en punto al nuevo sentido que acaba de adquirir, es tan inexperta y torpe como una criatura recién nacida. No es que yerre en la diferenciación de matices, pero sí confunde sus nombres, prinicipalmente cuando no se le dan facilidades, presentándole, para que pueda compararlos, varios colores que ya conoce. A la vista del

negro declara que es la imagen de su anterior ceguera y este color provoca siempre en ella cierta tendencia a la melancolía, de la que sufre bastante durante el período de tratamiento. Repetidas veces ha prorrumpido en llanto en este tiempo, y una vez tuvo un acceso tan fuerte que, echándose en un sofá y retorciéndose las manos, arrancóse el vendaje, rechazó todos los objetos a su alcance, y, entre lastimeras quejas y convulsos sollozos, manifestó tal desesperación, que madame Sacco o cualquiera de las actrices más afamadas no hubieran podido haller un modelo mejor para estudiar el carácter de una persona agobiada por la pena más angustiosa. A los pocos instantes había pasado el acceso, volviendo al primitivo estado de ánimo, alegre y tranquilo, aunque no tardó en sufrirlo nuevamente. Como quiera que, los primeros días, la noticia de su curación había cundido rápidamente, pronto acudieron a visitarla gran número de parientes y amigos y personas de la más distinguida sociedad, por lo cual ella sintióse disgustada. En su desazón me dijo un día: «¿Por qué será que ahora me siento menos feliz que antes? Todo lo que veo provoca en mí una impresión desagradable. ¡Ah! ¡cuánto más tranquila no estaba en mi ceguera!» Yo procuré consolarla diciéndole que aquella agitación era sólo momentánea, hija de la circunstancia de que acababa de entrar en una esfera nueva. En cuanto sus ojos se acostumbrasen al mundo nuevo, se sentiría tan descansada y satisfecha como las demás personas. «Está bien» — contestóme —, «porque si con el nuevo estado de cosas debiera persistir la desazón actual, preferiría volver en seguida a mi situación anterior.»

«Como la novedad del sentido la sumergió en un estado de naturaleza totalmente primitivo, resulta que se halla exenta de todo prejuicio, y, por consiguiente, denomina las cosas por la impresión que en ella producen. Juzga con mucha exactitud las facciones del rostro y deduce de ellas las propiedades anímicas. La contem-

plación de un espejo provocó en ella una gran sorpresa; no sabía encontrarse en él, no conseguía explicarse cómo la superficie del cristal, después de absorber el objeto, volvía a situarlo delante de los ojos. Condujéronla a una magnífica habitación donde había un gran espejo de pared. No se cansaba de mirarse y remirarse; hacía las más extrañas contorsiones y gestos, y lo que más provocó su hilaridad fué el hecho de que la persona allí reflejada se le acercaba o se alejaba, según lo hacía ella. Todos los objetos que ve a cierta distancia le parecen pequeños, aumentando en proporción a su masa al ser aproximados. Al llevarse a la boca un pedazo de pan tostado, éste le pareció tan grande que no creía le cupiera en ella.»

«Fué llevada después al estanque, que bautizó con el nombre de enorme sopera. Los parrales situados a ambos lados le parecían estar allí juntos, y al regresar a su habitación creyó que era el edificio el que avanzaba a su encuentro, experimentando ante las ventanas iluminadas una impresión deliciosa. Al día siguiente, para contenerla, fué preciso dejarla bajar al jardín, a la luz del día; contempló todos los objetos con atención, aunque no con tanto placer como la víspera. Llamó el Danubio, que corría por allí cerca, una blanca faja larga y ancha, y señaló claramente los lugares donde dejaba de verlo a uno y otro lado. Unos árboles situados allende el río, a una distancia de unos mil pasos, en el llamado Praterau, creyó alcanzarlos extendiendo los brazos. Como el día era clarísimo no pudo resistir largo tiempo tener los ojos abiertos al aire libre. Ella misma pidió que se los vendasen de nuevo, pues la sensación de la luz era todavía demasiado aguda para sus débiles órganos y le causaba vértigo. Cubierta otra vez, no se aventura ya a dar un solo paso sin guía, mientras que en sus tiempos de ceguera se movía con ligereza por su aposento. La recuperación de este sentido es también causa de que haya de concentrar más la atención al tocar el piano,

mientras que antes interpretaba con intachable pulcritud grandes piezas de concierto, sosteniendo a la par conversaciones con los que la rodeaban. Ahora, en cambio, con los ojos abiertos le resulta difícil ejecutar cualquier partitura. Se distrae contemplando el juguetear de los dedos sobre las teclas y equivoca así la mayor parte de las claves.»

Esta descripción, diáfana y completamente clásica, ¿produce el efecto de una falsificación, de una tergiversación de hechos? ¿Puede admitirse que un gran número de testigos oculares se hayan dejando sugestionar de una manera tan absoluta y que los periódicos hayan pregonado la maravillosa curación sin comprobar previamente la verdad del hecho, para lo cual no debían hacer otra cosa que preguntarlo a la misma paciente, que se encontraba tan sólo dos calles más allá? Pero es precisamente el gran ruido que provoca el caso lo que decide a intervenir en él a toda la corporación de galenos, exasperados, ya que esta vez Mesmer ha invadido su esfera propia, personal, y en particular la del oftalmólogo especialista en extirpación de cataratas, profesor Barth, de quien había en vano esperado la señorita Paradies remedio durante años y años, y el cual declara guerra abierta contra el impertinente tratamiento. Sostiene que la señorita Paradies debe continuar siendo considerada como ciega, «por el hecho de que con mucha frecuencia confunde y trueca los nombres de los objetos que se le presentan», error muy explicable y sumamente verosímil, considerado desde un punto de vista psicológico, en una persona ciega desde la niñez que ve por vez primera los objetos y no puede, por consiguiente, retenerlos con facilidad en la memoria. Pero el mundo oficial es prepotente. Empiezan los influyentes doctores por impedir que Mesmer realice su propósito de presentar a la paciente, en vías ya de curación, a la emperatriz María

Teresa y luego pugnan con todas sus fuerzas para prohibir a Mesmer la utilización de su tratamiento magnético. ¿Con qué derecho?, ha de preguntarse uno, mostrándose completamente imparcial, puesto que, aun en el peor de los casos, este método sugestivo no puede matar todavía más el ya muerto nervio óptico de la muchacha, ni aumentar la ceguera de una persona totalmente ciega. Por mucho que se quiera, no es posible aducir ninguna disposición legal, ninguna razón fundada que impida a un doctor graduado ejercer su tratamiento. Y como, además, la misma señorita Paradies se cuelga del brazo de su salvador, no les queda otro recurso a los enemigos de Mesmer que valerse de un medio indirecto para arrebatarle el objeto de sus experiencias: procuran atmorizar a los padres de la muchacha, diciéndoles que, aun en el caso de que su hija se restableciese, perderían inmediatamente la pensión de doscientos ducados que la imperial bondad les tenía asignada y cesaría en el acto todo interés que despertaba la joven como pianista ciega. El argumento de la pensión en peligro influye en seguida sobre la familia. El padre, hasta entonces devoto de Mesmer, entra en su casa forzando la puerta y, amenazando al médico con el sable desenvainado, exige el retorno inmediato de su hija. Y, cosa sorprendente, no es el doctor quien rehusa entregarla, sino al contrario: la señorita Paradies, unida a su salvador por lazos hipnóticos o eróticos tal vez, declara rotundamente que no quiere volver a su casa, sino quedarse al lado de Mesmer. Esta negativa enfurece a la madre que, ciega de ira, arremete contra la irrespetuosa muchacha que siente más apego por un hombre extraño que a sus propios padres, y la golpea y maltrata con tal brutalidad que la indefensa víctima es presa de un ataque de nervios. Pero a pesar de todas las órdenes, amenazas y golpes no se consigue quebrantar la firmeza de la señorita Paradies, no se la puede persuadir a abandonar a su bienhechor,

y acaso amante. Se queda en la clínica magnética: Mesmer ha obtenido una victoria, la victoria de Pirro, sin embargo, puesto que, a consecuencia de las excitaciones y violencias sufridas, se apaga de nuevo el débil rayo de luz que con tanto esfuerzo había penetrado en aquellos ojos. El tratamiento debe comenzar otra vez; es preciso reanimar los alterados nervios. Pero para tanto ya no le dejan tiempo a Mesmer. La Facultad tiene ya dispuesta su artillería gruesa. Moviliza al arzobispo, cardenal Migazzi, a la emperatriz y a la corte toda, y hasta, según parece, al poder máximo de la Austria de María Teresa: la famosa Comisión de costumbres. El doctor Stoerk, como presidente de la corporación de médicos de Austria, atribuye a la emperatriz la frase de: «poner fin a esta impostura». Así quebranta la fuerza del Estado el poder del hipnotizador sobre su médium. Mesmer debe interrumpir inmediatamente el tratamiento, y la señorita Paradies volver al lado de sus padres, no curada aún, a pesar de todas sus protestas. Las demás consecuencias de este lamentable caso son imposibles de precisar por falta de documentos. Háyase o no ejercido sobre Mesmer, por parte de los poderosos, una presión más o menos intensa para que abandonara el país como «extranjero indeseable», o sea que él mismo tuviera ya bastante de sus colegas vieneses, lo cierto es que seguidamente de ocurrido el caso Paradies, abandona su magnífica morada de la Landstrasse y se marcha, en busca de una nueva patria, primero a Suiza y luego a París.

La Facultad de Viena puede sentirse satisfecha; ha conseguido sus propósitos. Se ha sacudido del incómodo investigador, ha desacreditado los primeros fundamentos de una concepción que, aunque confusa, no deja de aproximarse a la moderna psicoterapia y la ha eliminado — según cree — del mundo entero. Ahora vuelve a reinar en *rebus psichologicis* en la Facultad de Viena una calma absoluta que durará ciento veinticinco años.

PARIS

El siglo dieciocho es cosmopolita en el pensar y en el vivir. Todavía la ciencia y el arte europeos forman una única y gran familia, pues aun no se han inventado para el hombre espiritual estas estrechas cárceles de nuestros días que llamamos Estados. El artista como el sabio, el músico como el filósofo, yerran de una a otra residencia sin esa traba que representa la patria, sintiéndose como en su casa en todas partes donde pueden dar libre curso a su talento y a su misión, igualmente amigos de todas las naciones, de todos los pueblos y de todos los príncipes. Por eso no representa para Mesmer ninguna resolución especial el trasladarse de Viena a París, desplazamiento del que no tiene que dolerse ya desde el primer momento. Sus aristócratas pacientes de Austria le abren las puertas de la embajada; María Antonieta, que se interesa vivamente por todo lo nuevo, singular y distraído, le brinda su protección, y la omnipotente fracmasonería, a la que sin duda pertenece Mesmer, le introduce en seguida en el centro de la espiritualidad francesa. Además, su teoría llega en un momento propicio, ya que, al atacar y ridiculizar Voltaire y los enciclopedistas, con su agresivo escepticismo, los dogmas

de la Iglesia, desarraigándolos de la sociedad del *Dixhuitième (écrasez l'infâme!)*, estas ansias indestructibles de fe que laten eternamente en el hombre, en lugar de desplomarse y destruirse, no hacían otra cosa que buscar nuevos rumbos y precipitarse en místicos refugios. Nunca habíase sentido París más ávido de innovaciones y más propenso a la superstición que en aquellos días de incipiente luminosidad. Desde el momento en que se ha perdido la fe en las narraciones de los santos bíblicos, se buscan otras nuevas y extravagantes, las cuales son encontradas en la caterva de charlatanes, alquimistas, filateros y adeptos de la *Rose-croix* que de todas partes afluyen, ya que todo lo inverosímil, todo lo que se atreve a negar osadamente la teoría de la ciencia oficial y positiva, encuentra una acogida entusiasta en la sociedad parisién, ociosa y teñida a la moda filosófica. Hasta en los círculos más encumbrados cunde la pasión por la ciencia del misterio, por la magia blanca y la negra. Madame de Pompadour, eje y norte del Estado francés, sale de noche de las Tullerías por una puerta excusada y se dirige a casa de Madame Bontemps para que le adivine el porvenir, descifrándolo a través del poso del café; la duquesa de Urfé — según se lee en Casanova — se hace construir un árbol de Diana para rejuvenecerse con él de la manera más fisiológicamente imaginable; la marquesa de l'Hôpital se deja encerrar en un local desmantelado, por una vieja que le ha ofrecido la visión de Lucifer en una misa negra; y mientras la noble dama y una amiga esperan desnudas la aparición del demonio, la vieja bribona se escapa con sus ropas y dinero. Los más prestigiosos personajes de Francia se estremecen de respeto cuando el legendario Conde de Saint-Germain se invita a cenar con el máximo refinamiento y descubre su edad milenaria al afirmar que ha conocido personalmente a Jesucristo o a Mahoma. Buen año también para los fondistas y hoteleros de Estrasburgo cuyas habitaciones se llenan a causa de que el príncipe de Rohan hospe-

da en uno de los más hermosos palacios de la ciudad a aquel truhán siciliano de Balsamo, que se hace llamar Conde de Cagliostro. En diligencias, en sillas de mano y a caballo acude la aristocracia francesa de todas direcciones para comprar a aquel charlatán analfbeto sus filtros y mágics pociones. Damas, cortesanas y señoritas de sangre azul, princesas y baronesas instalan en sus palacios y hoteles cocinas de alquimia, y esta verdadera epidemia de magiolatría no tarda en contaminar al propio pueblo. No bien se han difundido la noticia de varias curaciones milagrosas ocurridas en la tumba del arcediano de París, en el cementerio de Saint-Médard, éste se ve invadido por millares de personas, presa de fuertes convulsiones, en un estado de verdadera demencia. No hay extravagancia que parezca exagerada, ni milagro que se considere bastante maravilloso, y nunca existieron tiempos más propicios que aquéllos, a la vez racionalistas y ávidos de sensaciones, para toda clase de embaucadores, pues no hay quien no compre excitantes nerviosos, ni deje de acoger las más absurdas locuras o no dé crédito a las más ridículas manifestaciones de la magia. Dicho lo cual, se comprende que un médico poseedor de un nuevo método universal tenía su partida ganada de antemano.

Pero Mesmer — y no nos cansaremos de repetirlo — no quiere, como un Cagliostro o un Saint-Germain, buscar la vena de oro en la mina de la humana estupidez. Médico graduado, orgulloso de su teoría, fanático de su idea y hasta esclavo de ella, quiere y desea sólo una cosa: verla reconocida por la ciencia oficial. Desdeña el valioso y unánime entusiasmo de los seguidores de la moda, pues el dictamen favorable de un solo académico es para él más importante que el entusiasmo de cien mil locos. Pero los altísimos profesores no se dignan sentarse a su mesa experimental. La academia de Berlín ha contestado lacónicamente a sus razonamientos con un «está equivocado», y el colegio de médicos vienés, por su par-

te, le ha llamado públicamente impostor; se comprende, pues, su desesperado afán de verse al fin honrado con un fallo sincero y noble. Su primera gestión, apenas llegado a París, en febrero de 1778, es entrevistarse con Le Roy, presidente de la Academia de Ciencias y, por su mediación, rogar encarecidamente a todos los socios que le dispensen el honor de examinar escrupulosamente su nueva terapéutica en el hospital provisional que ha instalado en Créteil, cerca de París. El presidente, procediendo cual dispone el reglamento, trae la proposición a debate. Pero, por lo visto, la Facultad de Viena se ha anticipado, y la Academia de Ciencias acuerda, breve y concisamente, que rehusa ocuparse de los experimentos de Mesmer.

Un hombre penetrado hasta lo más íntimo de la persuasión de que ha hecho algo importantísimo en pro del mundo, no ceja fácilmente en su propósito de ver reconocida científicamente una idea totalmente científica y en seguida se vuelve hacia la sociedad de medicina, recientemente fundada. Allí puede, como médico, reclamar su derecho indiscutible e irrefutable. Renueva la proposición de presentar a sus pacientes de Créteil, curados, y responder concretamente a todas las preguntas. Pero la sociedad de medicina, a su vez, se siente poco inclinada a ponerse en frente de su hermana vienesa, y declina la embarazosa invitación con el pretexto, en extremo baladí, de que sólo puede juzgar de las curaciones en los casos en que haya podido examinar de antemano el estado de los enfermos, cosa imposible en aquella ocasión.

Cinco veces ha intentado Mesmer obtener, en todas las facultades del mundo, el reconocimiento o, cuando menos, un examen atento de su sistema: era imposible proceder con más diafanidad, honradez y pureza científica. Sólo cuando la pedantería oficial le condena con su silencio, sin querer siquiera echar una mirada a sus razones y pruebas, sólo entonces se dirige Mesmer a la

autoridad más elevada y decisiva: a la opinión, a todas las personas instruídas e interesadas, dando a la imprenta, en 1779 y en lengua francesa, su «Disertación sobre el descubrimiento del magnetismo animal». En tan honradas como elocuentes frases solicita ayuda para sus investigaciones, pide interés y buena voluntad, sin prometer para nada maravillas o imposibles: «El magnetismo animal no es en modo alguno lo que los médicos creen: un remedio misterioso. Es una ciencia que tiene sus principios, consecuencias y reglas. Admito que hasta la hora presente es, en gran parte, desconocida, pero precisamente por esto sería paradójico pretender escoger los jueces a hombres que no conocen de ella una palabra y que, a pesar de su ignorancia, pronunciasen su fallo. No son jueces lo que quiero, sino discípulos. Por eso todas mis ambiciones se cifran en obtener de un gobierno cualquiera una casa destinada a admitir enfermos para someterles al tratamiento, y donde, con pocas dificultades, sin tener que depender de otras consideraciones, pueda demostrar plenamente los efectos del magnetismo animal. Entonces tomaría sobre mí la obligación de instruir a un número determinado de médicos, dejando al cuidado del gobierno, la conveniencia de difundir, más o menos rápidamente, el descubrimiento. Si mis proposiciones se ven rehusadas en Francia, me vería forzado, con todo el sentimiento de mi alma, a abandonarla. Y si no fuesen aceptadas en parte alguna, no pierdo la esperanza de encontrar en algún rincón un lugar apacible. Escudado en mi probidad, tranquila mi conciencia, congregaré a mi alrededor una pequeña parte de la humanidad, a la cual con tantas veras he deseado servir, y consideraré entonces llegada la hora de no consultar otra opinión que la mía sobre la conducta que debo seguir. Si procediese de otra manera, el magnetismo animal podría convertirse en una moda; cada cual querría brillar con ello y sacar del hecho más o menos de lo que hay en realidad. Se haría mal uso de esta propiedad,

haciendo que a la postre degenerase en un problema cuya solución quedaría relegada tal vez a los siglos venideros.»

¿Es éste el lenguaje de un charlatán, es ésta la jactancia o desatino de un hombre indigno? De todos modos, en la transcrita exposición de Mesmer, hasta ahora suplicante, suena ya una nota agresiva: Mesmer habla por primera vez el lenguaje del éxito. Porque ya en esos pocos meses su tratamiento sugestivo de las enfermedades nerviosas ha conseguido notables adeptos e influyentes simpatizantes, y entre ellos Charles Delon, médico del conde d'Artois, quien no ha vacilado en declararse partidario suyo, publicando a este efecto un folleto. Gracias a él, así como a la solicitud de una dama de la corte de la reina María Antonieta, curada por Mesmer de una parálisis, ve finalmente allanado el camino de palacio. La alta nobleza, Madame de Lamballe, el príncipe de Condé, el duque de Bourbon, el barón de Montesquieu y particularmente el héroe del día, el joven marqués de Lafayette, se declaran apasionados partidarios de su teoría. Y así, pese a la actitud hostil de la Academia, pese al fracaso de Viena, el gobierno, acatando las órdenes de la reina, empieza a tratar con Mesmer, dispuesto a retener en Francia al fundador de tan fecunda idea; el ministro Maurepas le ofrece, de orden superior, un sueldo vitalicio de veinte mil libras, amén de otras diez mil para alojamiento, pagaderas, sin embargo, tan pronto como tres discípulos, iniciados para el servicio del Estado, hayan demostrado la utilidad de la magnetoterapia. Pero Mesmer está harto de tener que habérselas con el mezquino perjuicio de los eruditos y no admite peros ni condiciones; además tampoco acepta limosnas. Diclina la proposición con altivez: «Nunca puedo cerrar un trato con un gobierno que no empiece por reconocer públicamente la verdad de mi descubrimiento.» Y tan fuerte ha llegado a ser Mesmer, después de haber practicado en París durante dos años su sistema, tan fuerte ha llegado a sentirse éste expulsado de Viena, que pue-

de ya amenazar con abandonar París y dirigir a la reina un ultimátum en los siguientes términos: «Unicamente por respeto a Vuestra Majestad os ofrezco permanecer en Francia hasta el 18 de septiembre, poniendo durante este tiempo mi tratamiento a disposición de cuantos enfermos me sean confiados. Busco, Majestad, un gobierno que reconozca la necesidad de no introducir a la ligera en el mundo una verdad que, por su influencia, ha de producir alteraciones en la fisiología humana, alteraciones que, desde el principio, necesitan ser dirigidas por una ciencia auténtica y por una auténtica fuerza y encauzadas en un sentido beneficioso. En un asunto que interesa a todo el género humano, el dinero, a los ojos de Vuestra Majestad, debe pasar a segundo término; cuatrocientos o quinientos mil francos gastados a este fin no significan nada. Mi descubrimiento y yo mismo debemos ser recompensados con una largueza digna del Monarca a quien me dirija.» Este ultimátum de Mesmer no es aceptado, probablemente a consecuencia de la oposición de Luis XVI, cuyo seco y estrecho criterio le desvía de toda experiencia fantástica. Mesmer, fiel a su resolución, abandona París y se dirige a tierras alemanas, a Spa.

Pero este voluntario destierro es muy otro que aquel de Viena, que tuvo todas las apariencias de una fuga o de una expulsión. Como un potentado, como un pretendiente, deja el reino de los Borbones, y un verdadero enjambre de adeptos entusiastas sigue al venerado maestro en su voluntario extrañamiento. Pero todavía quedan en París y en toda Francia muchos que trabajan por él. Poco a poco la general indignación provocada por el hecho de haber tolerado que, por las intrigas de una facultad, un hombre como aquél salga de Francia, llega a un grado superlativo. A docenas aparecen los escritos en su defensa. En Burdeos el padre Hervier predica, desde el sagrado púlpito de la catedral, el dogma del magnetismo; Lafayette, al partir para América, comunica a Washington, como cosa importantísima, que

lleva a los americanos, además de fusiles y cañones para conquistar su independencia, la nueva enseñanza de Mesmer — *un docteur nommé Mesmer, ayant fait la plus grande découverte, a fait des élèves, parmi lesquels vostre humble serviteur est appelé un des plus enthousiastes... Avant de partir, j'obtiendrai la permission de vous confier le secret de Mesmer, qui est une grande découverte philosophique* —. La masonería, defensora de toda novedad revolucionaria, así en ciencia como en política, se coloca también decididamente al lado de su hermano. Y de esta forma, contra el gobierno, contra el rey, contra el colegio médico y contra la academia, estos partidarios entusiastas de Mesmer recaban de él su regreso a París, bajo las condiciones que imponga. Lo que el rey le negó, se lo ofrecen ahora la nobleza y la burguesía, por iniciativa propia. Unos cuantos discípulos suyos, con Bergasse, el célebre abogado, a la cabeza, funda una sociedad anónima al objeto de brindar al maestro la posibilidad de abrir una academia frente a la real, y cien adeptos suscriben al acto cien luises de oro cada uno, «*pour acquitter envers Mesmer la dette d'humanité*», a cambio de los cuales Mesmer se compromete a instruirles en su ciencia. Apenas emitidas las acciones magnéticas, se ven agotadas; en doce meses han sido suscritas 340.000 libras, cifra mucho más considerable que la que pedía Mesmer. Por otra parte sus discípulos se asocian en cada ciudad, constituyendo las «Sociedades de la Armonía» *(Société de l'Harmonie)*, de las cuales se fundan en Burdeos, Lyon, Estrasburgo, Ostende e incluso en las colonias y en Santo Domingo. Triunfalmente, solicitado, disputado, festejado, rey sin corona de un invisible reino espiritual, vuelve Mesmer a Francia. Lo que le negó un monarca se lo ha procurado con sus propias fuerzas: libertad de investigación, independencia. Y si la Academia de Ciencias se conjura para declararle la guerra, Mesmer está presto a la defensa.

MESMEROMANIA

MESMER, que con su sistema magnético pretende calmar todos los estados de excitación, trae consigo a París una verdadera plaga de exaltación: la mesmeromanía. Desde hace decenios y decenios el *Faubourg Saint-Germain,* aquella buena sociedad de entonces y de siempre, que se hastía en su ocio y en su lujo, no había sentido la pasión, el paroxismo de entusiasmo que provoca en él la práctica magnetoterápica. Mesmer y su magnetismo son, en pocos meses, la gran moda, *le dernier cri* de París. Frente a su lujosa morada de la Place Vendôme se estacionan, desde la mañana a la noche, las carrozas y los cabriolés de la nobleza; esperan lacayos con librea de las más encumbradas familias de Francia, junto a las literas adornadas con ricos blasones; y como los aposentos resultan insuficientes para tan inesperada concurrencia y sólo hay tres grandes «cubas de salud», a disposición de los enfermos que pagan bien, éstos se adelantan a reservarse sitios con días de anticipación, lo mismo que hacemos hoy con los palcos de la Opera. Pero como la filantropía es también moda del tiempo, Mesmer instala, además, otras cubas — menores, ciertamente — para las personas menos acomodadas, pues todo el mun-

do, sea pobre o rico, debe participar del remedio de la «Armonía». Unicamente excluye de su tratamiento a los enfermos que tienen llagas purulentas, a los epilépticos declarados, a los locos y a los mutilados, manifestando honradamente que con su procedimiento sólo puede procurar la mejoría del sistema nervioso, pero en modo alguno modificar, por vía milagrosa, la estructura del organismo.

A estas habitaciones magnéticas y muy pronto también a un palacio — el hotel Bouillon de la rue Montmartre, que Mesmer ha habilitado como clínica —, acuden presurosos, por espacio de cinco años, pacientes de todas clases y en todos los estados, enfermos reales e imaginarios, curiosos y *snobs*, de todas las categorías. Todo parisién curioso — y, ¿qué parisién de la buena sociedad no lo sería? — debe probar indefectiblemente sobre sí el maravilloso flúido, para poderse preciar luego, en los elegantes salones, de conocer aquella singular sensación nerviosa, con la misma superficialidad con que un *diletante* habla hoy, en un *five o'clock tea*, de las teorías de la relatividad o del psicoanálisis. Mesmer está de moda y su ciencia, cosa tan grave y seria para él, trasciende a la sociedad no como ciencia, sino como espectáculo.

Nunca ha negado Mesmer que en su tratamiento hubiera algo puramente teatral y que este algo fuera puesto adrede; no sólo no lo ha negado, sino que lo ha afirmado repetidas veces: «*Mes procédés, s'ils n'étaient pas raisonnés paraîtraient comme des grimaces aussi absurdes que ridicules, auxquelles il serait en effet impossible d'ajouter foi.*» Como buen conocedor del alma humana sabe bien que la eficacia de toda terapéutica que tiene la fe por base, se multiplica con la contribución de un ceremonial mágico o religioso; por eso rodea su persona de una aureola maravillosa y, como todo buen médico que cura a base de psiquismo, aumenta su autoridad por medio del misterio. Ya la estancia actúa sobre el

paciente, inquietándole y excitándole por su singular disposición. Las ventanas están veladas por unas cortinas que sumergen la habitación en un *clair-obscur* crepuscular; pesados cortinajes y tapicerías cubren las paredes, amortiguando los ecos; unos espejos reflejan en todas direcciones la dorada luz mortecina y singulares signos cabalísticos despiertan la curiosidad sin colmarla. Lo impreciso aumenta la expectación; lo misterioso, la quietud y el silencio, la fuerza mística del sentimiento. Así, en las mágicas estancias de Mesmer todos los sentidos, vista, oído y sensibilidad, se sienten al mismo tiempo atraídos y agudizados de la manera más refinada. En el centro de la espaciosa sala se halla, amplia como una piscina, la gran «cuba de salud». En profundo silencio, como en una iglesia, están los enfermos sentados alrededor de este altar magnético, conteniendo la respiración; nadie debe moverse, ni el más leve ruido ha de oírse, para no interrumpir la tensa señal convenida, los pacientes forman en torno de la cuba la famosa cadena magnética — adoptada más tarde por los espiritistas —. Cada uno toca las puntas de los dedos del vecino con objeto de que la presunta corriente, vigorizada al pasar de uno a otro cuerpo, se comunique a toda la devota asamblea. Y en medio de este silencio sepulcral, sólo interrumpido a veces por algún que otro suspiro, resuenan, procedentes de la estancia contigua, los acordes invisibles de un piano o de un delicado coro vocal; a veces, es el mismo Mesmer que toca su armonio para calmar con sus dulces ritmos la excitación o bien acrecentarla con otros más vibrantes. De este modo el organismo es cargado, durante una hora, de energía magnética — o, como diríamos hoy: preparada la tensión sugestiva por la excitación nerviosa provocada por la monotonía de la espera —. Luego Mesmer en persona entra en escena.

Aparece grave, reposado, lento, con porte lleno de dignidad, irradiando calma en medio de la general

inquietud y, apenas se acerca al enfermo, empieza ya a correr un ligero temblor a través de la cadena, como provocado por una ráfaga de viento. Viste una larga bata de seda lila que recuerda a Zoroastro o el traje de un mago indio, y severo, recogido como un domador de fieras que, armado de una sencilla varita, detiene la arremetida por la sola fuerza de su voluntad, va pasando con su bastoncito de hierro de un enfermo a otro. Se detiene ante uno, le pregunta dulcemente por su mal, luego le pasa la vara magnética en determinada dirección por una región del cuerpo, mientras atrae, por una especie de fascinación, la mirada del paciente, saturada de esperanza. En otros, prescinde de todo contacto con la varilla y, dibujando en el aire un círculo invisible, circunscribe en él la frente o bien el centro de la región dolorida, siempre concentrando la mirada, fija la pupila en la del paciente y captando así por entero su atención. Durante este proceso, los demás contienen respetuosamente el aliento, y por un espacio de tiempo no se oye otra cosa en la sala, aislada con tapicerías, que su lento paso y, de vez en vez, una comprimida o ligera espiración. Generalmente no pasa mucho tiempo sin que uno de los pacientes, al contacto de Mesmer, empiece a temblar; bruscas convulsiones agitan sus miembbros; empieza a sudar, gritar, suspirar o gemir. Y apenas se ha manifestado en éste un síntoma de hipertensión nerviosa, se figuran los demás sentir ya en la cerrada cadena el principio de la famosa y salvadora «crisis». Una especie de sacudidas eléctricas recorren toda la serie de pacientes; se produce un estado de psicosis colectiva; un segundo enfermo, un tercero entran en las sacudidas y, de pronto, el aquelarre es completo. Unos se revuelven por el suelo presa de fuertes convulsiones y extraviados los ojos; otros, bailan al impulso de nerviosas sacudidas, como demonios, y algunos parecen sumidos en un sueño hipnótico o pasmados bajo la influencia de la varilla o de la penetrante mirada de Mesmer — manifestaciones to-

das que pueden observarse perfectamente en los grabados de la época —. Estos últimos, con una sonrisa tranquila y muda en los labios, están embobados en cataléptica inmovilidad, mientras Mesmer sigue haciendo música en la sala contigua para agudizar más y más aquel estado de tensión, ya que, según su famosa «teoría de las crisis», toda enfermedad nerviosa debe desarrollarse y llegar al punto máximo, debe ser rezumada, en cierto modo, para que sea posible el restablecimiento. Aquellos a quienes la crisis ataca con violencia excesiva, los que gritan y se enfurecen y se retuercen entre convulsiones, son conducidos rápidamente por los criados y auxiliares a una habitación bien acolchada, impermeable a todo ruido, la *salle des crises,* para que allí se tranquilicen y calmen — lo que, desde luego, dió motivo a innumerables sátiras, hasta afirmarse que allí las damas nerviosas eran apaciguadas por medios completamente fisiológicos —. Las más peregrinas escenas se producen a diario en el gabinete mágico de Mesmer: enfermos que salen de la cuba de un brinco y se desprenden de la cadena, declarándose curados; unos, que se hincan de rodillas, besando las manos del médico; otros, que le suplican intensifique la corriente o los toque todavía otra vez. Poco a poco la fe en la magia de su personalidad, en el poder misterioso que posee sobre sus pacientes, se convierte en una especie de religiosa superstición, y el doctor en un santo y en el salvador de innúmeras personas. No bien sale Mesmer a la calle, se le acercan los devotos, anhelantes de tocar sus vestiduras; princesas y duquesas solicitan de rodillas la gracia de su visita; las que han llegado tarde y no han logrado conseguir plaza en la cuba, se compran, para su uso particular, las llamadas «cubas pequeñas» *(petits baquets),* con el fin de magnetizarse ellas mismas en casa y empleando su método. Y un día presencia París un espectáculo de verdadera demencia: en plena calle Bondi, centenares de personas, cogidas a numerosas cuerdas atadas a un árbol magnetizado por

Mesmer, esperan el momento de la «crisis». Nunca obtuvo médico alguno éxito tan rápido y portentoso, y durante cinco años la sociedad parisién no habla de otra cosa que de su tratamiento mágico-magnético.

Sin embargo, para una ciencia en gestación, nada resulta más peligroso que la moda la acapare y la convierta en tema de charla de la sociedad. A pesar suyo, se encuentra Mesmer ante un peligroso *quid pro quo*: como médico honrado quiso brindar a la investigación un nuevo proceso curativo, y he aquí que, en realidad, lo que ha hecho es proporcionar a la moda y a toda la caterva de correveidiles un tema agradable con que matar el ocio y el hastío. Se porfía por Mesmer o contra él con la misma superficialidad con que se hace a propósito de Glück o de Puccini, de Rousseau o de Voltaire. Por otra parte, la época de las cantáridas — el siglo dieciocho — pronto desvía toda la cuestión hacia el erotismo: los personajes de la corte buscan principalmente en el magnetismo la recuperación de su caduca fuerza viril, y a las damas se les repite a todas horas que lo que buscan en la *salle des crises* es un apaciguamiento natural de los nervios. No hay escritorzuelo que no publique su folleto, tonto, encomiástico o despectivo; anécdotas y libelos sin cuento sazonan literariamente la pugna de los médicos, y, finalmente, la mesmeromanía llega a invadir el teatro. El 16 de noviembre de 1784, la compañía italiana del rey estrena una pieza titulada *Les docteurs modernes,* en la que Radet, poetastro de tercera categoría, hace del mesmerismo una farsa. Pero le sale mal la cuenta, pues los fanáticos de Mesmer no se hallan dispuestos a tolerar que nadie se burle, ni siquiera en el teatro, de su salvador. Así es que los señores de las familias ilustres — demasiado nobles, naturalmente, para intervenir en persona — mandan al teatro a sus lacayos a que silben la obra. En plena representación un Secretario de Estado lanza, desde un palco, un folleto a los espectadores, en defensa del magnetismo, y cuando el

mentecato de Radet se presenta, al día siguiente, en el salón de la duquesa de Villerois, ésta ordena que sea puesto en la calle por sus criados: no se digna recibir a un individuo que, cual «un Aristófanes», ha osado ridiculizar al nuevo Sócrates. De día en día crece la locura, y cuanto mayor es el número de profanos que se ocupan del nuevo experimento, más grotesca y rabiosa va siendo la exageración; en presencia del príncipe de Prusia y de diversos magistrados en uniforme, alguien magnetiza en Charenton a un viejo caballo. En palacios y parques existen sotos y grutas magnéticos; en los círculos y logias de las ciudades se producen, entre partidarios y detractores, frecuentes altercados y peleas, e incluso llegan a entablarse algunos duelos; en una palabra, la fuerza creada por Mesmer sobrepasa su propia esfera, la medicina, e inunda toda Francia con un temible flúido contagioso de *snobismo* e histerismo: la mesmeromanía.

INTERVIENE LA ACADEMIA

FRENTE a una epidemia que tan furiosamente se extiende, no será ya posible, en las altas esferas científicas, ignorar por mucho tiempo a Mesmer. De un simple debate público, la posibilidad o imposibilidad del magnetismo animal ha pasado a ser una cuestión de Estado, y la acerba lucha deberá ser decidida en última instancia ante el toro de la Academia. El París espiritual, la nobleza, se ha decidido resueltamente por Mesmer; en palacio, la reina María Antonieta, bajo la influencia de la princesa de Lamballe, está también de su parte, y todas las damas palaciegas adoran al «divino alemán». Una sola persona hay, en el palacio de los Borbones, que mira con ojos desconfiados la mágica novedad: el rey. Sin asomo de neurastenia, bien resguardados los nervios entre flema y grasa, tragón rabelesiano, poseedor de un estómago que digiere con gran facilidad, la terapéutica espiritual no puede aspirar al real favor; y cuando Lafayette, al salir para América, se despide de él, el monarca bonachón y humorístico exclama en tono de burla: «¡Qué va a pensar Washington cuando os presentéis como aprendiz boticario del señor Mesmer!» Aquel bueno y rollizo de Luis XVI es enemigo de agitaciones y desasosiegos, y un profético instinto le hace

odiar las revoluciones e innovaciones, incluso en el terreno espiritual. Hombre positivo y ordenado, desea que, de una vez, se ponga en claro y dilucide aquella disputa interminable alrededor del magnetismo, y, en marzo de 1784, suscribe una orden a la corporación de médicos y a la Academia, al efecto de que inmediatamente se abra una investigación sobre el magnetismo y sus consecuencias útiles o perjudiciales.

Comisión más imponente que la que para aquel proceso nombraron las dos academias, Francia la ha visto raras veces, pues casi todos sus miembros gozan hoy de fama universal. Entre los cuatro médicos se halla un cierto doctor Guillotin que, siete años más tarde, inventará aquella hermosa máquina que cura en un segundo todas las enfermedades terrenas: la guillotina. Entre los demás nombres, brillan, famosos, el de Benjamín Franklin, inventor del pararrayos; el de Bailly, astrónomo y más tarde alcalde de París; el de Lavoisier, creador de la química, y el de Jussieu, célebre botánico. Y, sin embargo, toda su erudición no deja presentir a todos estos maravillosos espíritus cosmopolitas que dos de ellos, el astrónomo Bailly y el químico Lavoisier, pocos años después pondrán su cabeza bajo la máquina de su colega Guillotin, con el cual se disponen ahora, en amistoso compañerismo, a examinar el sistema de Mesmer.

La precipitación está reñida con la dignidad de una academia, y el método y la reflexión deben ser sus características. Así transcurren algunos meses, antes de que la ilustre asamblea pueda dar su fallo definitivo. Honrada y noblemente, empieza el documento reconociendo los innegables efectos de la terapéutica magnética. «Unos, se muestran tranquilos, quietos y como arrobados; otros, tosen, escupen, experimentan ligeros dolores de sudor; otros, se sienten presas de convulsiones, extraordinarias en número, duración y fuerza. En cuanto se manifiestan en uno, se transmiten en seguida a los demás. La comisión las ha visto prolongarse por espacio de tres horas,

seguidas de la expulsión por la boca de una especie de agua turbia y viscosa, debida a la violencia de estos esfuerzos. Obsérvante en estos esputos algunas huellas de sangre. Tales convulsiones se caracterizan por repentinos e irrefrenables movimientos de todos los miembros y del cuerpo todo, contracciones de la garganta, temblores en la región abdominal (hipocondrio) y en la del estómago (epigastrio), turbación y fijeza de la mirada, gritos agudos, eructos, lloros y salvajes accesos de risa; siguen luego prolongados estados de cansancio y abatimiento, languidez y postración. El menor ruido inesperado les sobresalta en extremo, y se ha observado que los cambios de tono y compás en las melodías que se interpretan al piano influyen en los enfermos, de modo que un *crescendo* los excita más todavía y aumenta la violencia de sus accesos nerviosos. Nada más extraño que el espectáculo de esas convulsiones; quien no las ha visto no puede imaginárselas. No puede uno menos de sorprenderse al ver, de una parte, la calma perfecta de una serie de pacientes y, de otra, la excitación de los restantes; los diversos incidentes que se producen y la simpatía que reina entre ellos; vense enfermos que se sonríen recíprocamente y se hablan con gran delicadeza y afabilidad, lo cual mitiga sus espasmos. Con su fuerza magnética, Mesmer los tiene a todos subyugados, y si se hallan en un estado aparente de postración, su mirada y su voz los reanima en el acto.»

Que Mesmer ejerce una influencia, sugestiva y de otra índole, sobre los pacientes, queda, pues, oficialmente demostrado. Algo hay en juego, certifican los profesores, algo inexplicable y desconocido, a pesar de toda su ciencia. «A la vista de estos efectos constantes no es posible negar la existencia de una fuerza que actúa sobre el hombre, que le domina y que está latente en el magnetizador.» Con estas últimas palabras la comisión ha puesto el dedo en el punto escabroso: establece que este singularísimo fenómeno proviene del hombre, de la particu-

lar eficacia personal del magnetizador. Un paso más en este inexplicable *rapport* entre magnetizador y médium y se habría pegado un salto de cien años, llevando el problema al propio terreno de las concepciones modernas. Pero la comisión no da este paso. Su mandato se limita, según el deseo real, a comprobar la existencia o no existencia de un flúido magnético-animal, es decir, un nuevo elemento físico. Así es que el informe ha de limitarse a responder a dos preguntas, A y B, diciendo, primero, si este magnetismo animal puede ser demostrable, y, segundo, es útil en medicina: «pues — argumenta *more geometrico* —, por una parte, el magnetismo animal puede existir y no ser útil; por otra, en modo alguno puede ser útil si no existe».

Así es que la comisión no se preocupa del enigmático contacto entre médico y paciente, entre magnetizador y médium — cuando, sin embargo, ahí radica el verdadero problema —, sino que se limita a la cuestión de la *présence sensible* del misterioso flúido. ¿Se puede oler? No. ¿Se puede pesar, palpar, medir, gustar, observar al microscopio? No. Luego la comisión empieza por declarar la imponderabilidad de este flúido, la imposibilidad de reconocerlo por los sentidos. «*S'il existe en nous et autour de nous, c'est donce d'une manière absolument insensible.*» Una vez establecida esta primera deducción, no muy difícil por cierto, pasan los doctores a estudiar si, por lo menos, es demostrable el efecto de esta sustancia invisible. A este fin, empiezan los investigadores por hacerse magnetizar a sí mismos. Pero el tratamiento sugestivo no ejerce ningún efecto sobre hombres escépticos y sanos. «Ninguno de nosotros ha sentido nada, y, menos aún, nada que pueda atribuirse a una reacción magnética; uno solo ha experimentado, por la tarde, cierta nerviosidad, pero ninguno ha llegado a la crisis.» Vueltos ya desconfiados, consideran el hecho innegable de la eficacia en los demás con creciente prevención y sujetan al paciente a una serie de pruebas;

así, por ejemplo, presentan a una mujer varias tazas, una sola de las cuales está magnetizada, y acontece que la enferma se equivoca, escogiendo una de las que no lo están. Con lo cual parece demostrarse que la tal eficacia no es sino pura patraña, imaginación y fantasía. Y, sin embargo, no pueden los académicos dejar de reconocer que la misma paciente experimenta una crisis en cuanto el magnetizador le entrega la taza. La solución está, pues, a dos dedos de los circunstantes, en la palma de la mano de Mesmer; procediendo lógicamente, sería éste el momento de afirmar que los fenómenos estudiados se producen por medio de un contacto especial del magnetizador con el médium y no por obra de una materia oculta. Pero, como el mismo Mesmer, los académicos dejan a un lado el candente problema que les quema los dedos, de la influencia personal por la transfluidal o sugestiva, y proclaman solemnemente la *nullité du magnétisme*. Donde nada se ve, siente o huele, nada existe — declaran —, y aquella notable influencia radica sólo en la imaginación, en la pura fantasía, afirmación que, naturalmente, tiene sólo un valor remotísimo para el oculto concepto de la sugestión.

Con este solemne fallo de no existencia del magnetismo, queda, desde luego, resuelta la segunda pregunta, o sea la de la utilidad general del tratamiento magnético — nosotros decimos psíquico —. Pues una acción de la que una Academia ignora la causa, en modo alguno puede pasar ante el mundo como útil o curativa. Así, los peritos — es decir, aquellos que no han comprendido nada en la esencia del asunto — dictaminan que el método del señor Mesmer significa un peligro, porque esas crisis y convulsiones artificialmente provocadas pueden convertirse en crónicas. Y en un largo período, escrito de un tirón, dan su veredicto final: «Habiendo comprobado los comisionados que el flúido del magnetismo animal no puede ser percibido por ninguno de nuestros sentidos, y que no ha ejercido acción alguna sobre ellos mismos ni

sobre los enfermos por ellos experimentados; que los contactos y fricciones sólo excepcionalmente provocan cambios favorables en el organismo y siempre exaltaciones peligrosas de la imaginación; y habiéndose, por otra parte, demostrado que la fantasía sin magnetismo puede originar convulsiones, lo que no puede hacer el magnetismo sin el concurso de la fantasía: han concluído, por unanimidad, que no hay nada que demuestre la existencia de un flúido magnético-animal y que, en consecuencia, este flúido imponderable no tiene utilidad alguna; que los poderosos efectos que han podido ser apreciados en la práctica son atribuíbles, en parte, al contacto, a la imaginación con él excitada y a la imaginación automática que nos fuerza, contra la propia voluntad, a repetir procesos que obran sobre nuestros sentidos. Asimismo se siente esta comisión en el deber de manifestar que estas reiteradas excitaciones a las crisis pueden ser nocivas, a causa de la tendencia natural a la repetición, propia del organismo, y que, por consiguiente, el tratamiento por ese sistema ha de acarrear, con el tiempo, consecuencias funestas.»

A este informe público de 11 de agosto de 1784, añade la comisión otro privado, dirigido al rey, señalándole, en un lenguaje capcioso, los peligros que para las buenas costumbres encierran la enervación y la promiscuación de sexos. Con este voto de la Academia y con el informe, igualmente enconado, de la Cámara médica, queda definitivamente fallado, para el mundo erudito, el método psíquico, la terapéutica del magnetismo personal. Nada importa que, unos meses más tarde, sean descubiertos, tras multitud de experimentos decisivos, los fenómenos del sonambulismo, la hipnosis y la transmisión de la voluntad, sumiendo al mundo intelectual en un estupor extraordinario: por el fallo pronunciado en el siglo XVIII por la ilustre Academia de París, ya no existirán oficialmente fenómenos sugestivos y suprasensibles hasta el siglo veinte. Cuando, en 1830, un médico fran-

cés quiere aportar una demostración del hecho, se ve rechazado. Lo mismo acontece en 1840, cuando Brayd, con su «Neurypnología», ha convertido la hipnosis en un positivo instrumento científico. En cada pueblecillo, en cada ciudad de Francia, Europa y América aparecen, desde 1820, en salones rebosantes de público, magnetizadores profanos que producen los más extraordinarios efectos, y no hay ya persona menos que medianamente ilustrada que intente negarlos. Pero la Academia de París, la misma que ha rechazado el pararrayos de Franklin y la vacuna de Jenner y calificado de utopía el buque vapor de Fulton, encerrada en su necio orgullo, vuelve la cabeza sosteniendo que nada ve, ni nada ha visto.

Y así transcurren cien años, hasta que, por fin, el sabio francés Charcot consigue, en 1882, que la augusta Academia reconozca oficialmente la hipnosis; de esta forma, el fallo erróneo de la Academia sobre Franz Anton Mesmer ha retrasado en más de un siglo el conocimiento que, juzgado más equitativa y lúcidamente, hubiera podido poseer ya en 1784.

LA LUCHA EN TORNO A LA SENTENCIA

OTRA vez — ¿cuántas van ya? — se ve aniquilada la psicoterapia por un tribunal académico. Apenas hecha pública la sentencia condenatoria de la corporación de médicos, estalla, en el campo de los enemigos de Mesmer, la más loca alegría, cual si por los siglos de los siglos se hubiera fallado el fracaso de la medicina psíquica. En las librerías se venden divertidos grabados en cobre que representan de modo sumamente gráfico, al alcance de los analfabetos, la «victoria de la ciencia»: envuelta en radiante aureola, despliega la comisión investigadora el decreto reprobador, y ante esta «luz siete veces rutilante» huyen, montados en una escoba de bruja, Mesmer y sus discípulos, provistos cada uno de ellos de una cabeza y rabo de asno. Otra estampa representa la ciencia fulminando rayos contra los charlatanes que, sumergidos en las maltrechas «cubas de salud», son precipitados al infierno; una tercera pinta a Mesmer magnetizando a un orejudo asno, con una inscripción que dice: «*Nos facultés sont en rapport*». Los libelos aparecen por docenas y en las calles se canta una nueva canción:

Le magnetisme est aux abois.
La Faculté, l'Académie
L'ont condamné tout d'une voix
Et même couvert d'infamie:
Après ce jugement, bien sage et bien légal,
Si quelque esprit original
Persiste encore dans son délire,
Il sera permis de lui dire:
Crois au magnetisme... animal!

Por espacio de unos días todo hace pensar que aquel terrible varapalo, que, pegado con el cetro académico, ha descargado sobre Mesmer, haya de ser un fin y acabamiento definitivo, como en Viena. Pero téngase en cuenta que estamos en 1784. Cierto que la tempestad de la revolución no ha estallado todavía; sin embargo, la inquietud, la rebeldía, saturan peligrosamente la atmósfera espiritual. Un decreto del rey cristianísimo, avalado solemnemente por la Real Academia, era una bula de excomunión que nadie, bajo el Rey Sol, hubiera osado contradecir. Pero con el débil Luis XVI un sello real no constituye ningún veto contra burlas y discusiones; el espíritu revolucionario hace tiempo que penetró en la sociedad y se complace en oponerse apasionadamente a la real opinión. Una verdadera nube de publicaciones apologistas cae sobre París y sobre Francia entera, para rehabilitar al maestro. Abogados, médicos, comerciantes, miembros de la alta nobleza suscriben con sus nombres agradecidas manifestaciones acerca de magníficos efectos experimentales en sus propias personas, y entre aquel mar de huera y profana literatura se descubre, de vez en vez, alguna palabra osada y tajante. Así, J. B. Benefoy, del Instituto Quirúrgico de Lyon, pregunta enérgicamente si los señores de la Academia están en el caso de ofrecer un tratamiento mejor. «¿Cómo debe procederse en las enfermedades nerviosas, dolencias hoy todavía completamente desconocidas? Se prescriben baños ca-

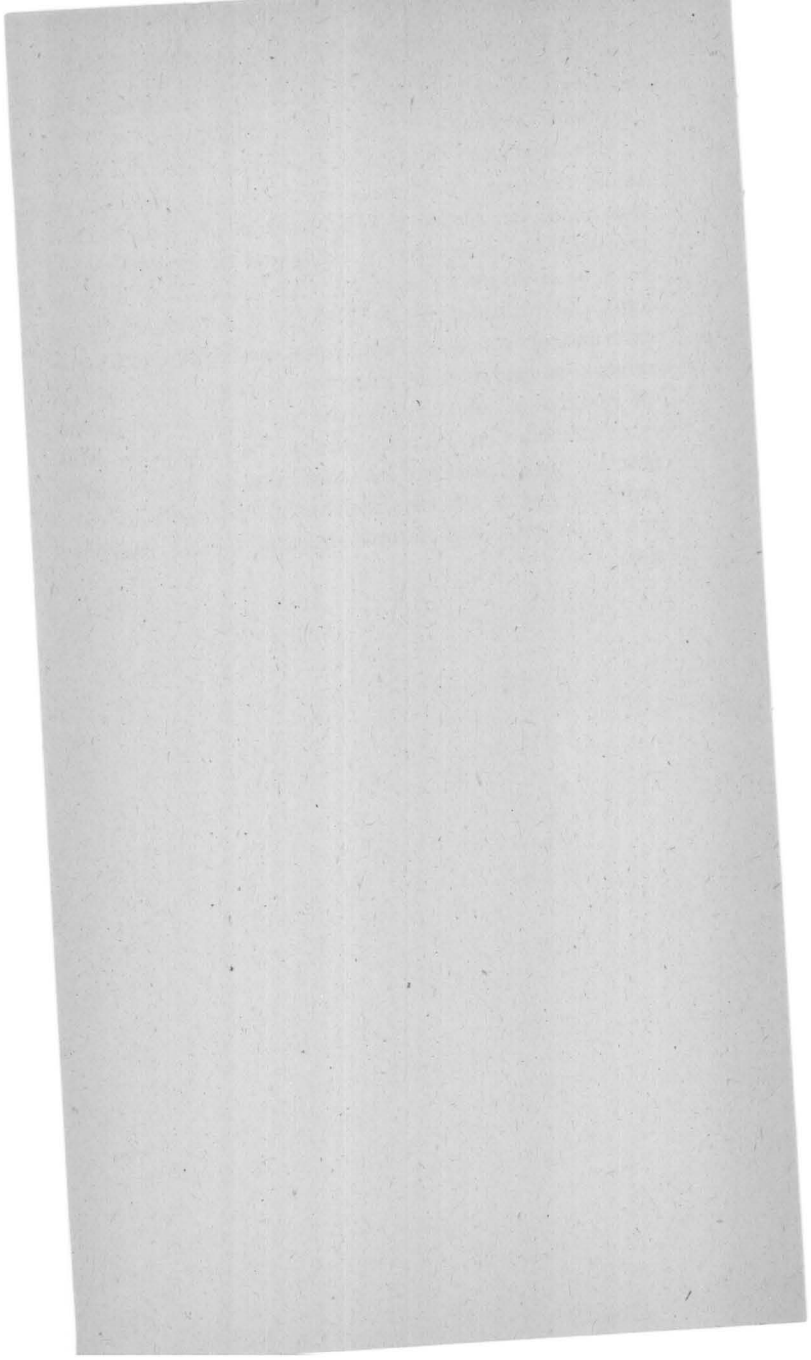
lientes y fríos, medicamentos excitantes, refrescantes, tónicos y sedativos, y ni uno tan sólo de esos pobre paliativos ha producido hasta la fecha efecto alguno que pueda compararse a la acción sorprendente que observamos en el método psicoterápico de Mesmer.» En los *Doutes d'un Provincial* lanza un desconocido contra la Academia el reproche de haber pasado absolutamente por alto el verdadero problema, omisión que achaca a su orgullosa estupidez. «No es suficiente, señores míos, que nuestro espíritu se eleve por encima de los prejuicios del siglo. Sería preciso también que olvidaseis los intereses de vuestra propia posición, en aras de la salud.» Un abogado escribe, y sus palabras son proféticas: «El señor Mesmer ha levantado, sobre las bases de su hallazgo, un sistema inmenso, sistema que acaso sea tan malo como todos los que le han precedido, puesto que siempre resulta peligroso volver a los primitivos principios; pero si, independientemente de este sistema, ha puesto en claro algunas ideas muy difundidas, si una gran verdad le debe su existencia, sólo por eso tiene un derecho inalienable al respeto de los hombres. En este sentido será juzgado por las futuras épocas, sin que sean bastante todas las comisiones y todos los gobiernos del mundo para quitarle su mérito.»

Pero las academias y las corporaciones científicas no discuten: fallan. Y una vez han dictado su fallo, apartan orgullosamente la vista ante toda objeción. No obstante, en este caso concreto se encuentran con algo muy penoso e inesperado para ellas, y es que, de sus propias filas, se levanta un hombre para acusarlas; un miembro de la comisión, y no el más insignificante de ellos, sino el famoso botánico Jussieu. Acatando la orden del rey, ha asistido a las pruebas, las ha examinado tan a conciencia e imparcialmente como el que más, y, cuando ha llegado el momento del fallo definitivo, ha rehusado suscribir la condenatoria sentencia. Al ojo perspicaz del botánico, avezado a observar con la máxima paciencia las más de-

licadas e insignificantes fibras de las semillas, no ha escapado el punto flaco de la investigación, o sea el hecho de que el comité se ha limitado a arremeter contra las aspas del molino de la teoría, dando por tanto en el vacío en vez de investigar y deducir las causas de la eficacia patente e innegable del método mesmeriano. Sin abandonarse a las fantasmagorías de Mesmer, sin parar mientes en su magnetización de árboles, espejos, agua y animales, Jussieu se limita a certificar lo que en aquél hay de positivo y sorprendente: que en aquellas curas existe una fuerza que obra sobre el enfermo. Y a pesar de que no puede, lo mismo que sus compañeros, afirmar la existencia del flúido por el testimonio de los sentidos, admite como lógicamente posible la presencia de un agente «capaz de transmitirse de un individuo a otros, provocando frecuentemente en éstos una visible reacción». Qué clase de flúido sea — magnético, físico o eléctrico — es cosa sobre la cual este honrado espíritu empírico estima no debe dictaminar. Posiblemente, dice, sea la misma fuerza vital, la *force vitale;* pero de lo que no cabe ninguna duda es de que hay en juego una fuerza, y deber de sabios imparciales era investigar sobre esta fuerza, sobre esta virtud, en vez de negar, *a priori,* un fenómeno que por primera vez sale a la luz, paliándolo con una palabra tan imprecisa y vaga como la de «Imaginación». Tan inesperada defensa por parte de un hombre absolutamente imparcial significa para Mesmer un apoyo moral de primer orden. Entonces emprende él mismo la ofensiva, dirigiendo una reclamación al Parlamento en la que se queja de que la comisión, para formular su dictamen, se hubiese dirigido únicamente a Deslon, en vez de interrogarle a él, el verdadero descubridor del método, y exige una nueva e imparcial investigación. Pero la Academia, feliz por haberse quitado de encima el penoso cometido, no se molesta en contestar. Desde el momento en que ha publicado su fallo, el problema plan-

teado por Mesmer, a su modo de ver, ha quedado definitivamente resuelto.

He aquí otro caso en que la Academia de París se siente del todo infortunada. En el preciso momento en que acaba de arrojar por las puertas del templo de la medicina los indeseables e incógnitos fenómenos sugestivos, vuelven éstos a entrar por los umbrales de la psicología. Este mismo año de 1784 en que pretende haber exterminado con su informe estos procedimientos naturalistas, sospechosos de andar del brazo de la magia, es en realidad el año en que nace la moderna psicología; es el momento en que un discípulo y ayudante de Mesmer, Puységur, descubre los fenómenos del sonambulismo artificial y pone con ellos plenamente de relieve los cambios y las relaciones íntimas existentes entre cuerpo y alma.



EL MESMERISMO SIN MESMER

SIEMPRE la vida aparece más rica en incidencias que cualquier novela. Ningún artista hubiera sido capaz de imaginar — para el trágico infortunio que persiguió implacablemente a Mesmer durante toda una vida de lucha y aun bastante después de su muerte — un símbolo más irónico que el hecho de que tan desesperado experimentador e investigador no hubiese descubierto precisamente aquello que constituye su más decisivo descubrimiento, esto es, que lo que desde entonces hemos dado en llamar mesmerismo no constituya ni la teoría ni el hallazgo de Franz Anton Mesmer. Cierto que es él quien ha provocado esa manifestación de la energía psíquica, básica para el conocimiento de la dinámica espiritual, pero — ¡oh, fatalidad! — no supo verla. La vislumbró y la pasó por alto. Pero como según el convencionalismo establecido, un descubrimiento no pertenece a quien lo hizo, sino a quien lo ha señalado y definido, resulta que toda la gloria de la demostración de la influencia psíquica en el hombre por la hipnosis, toda la gloria de haber iluminado aquel espacio inmenso entre conciencia e inconsciencia, viene a recaer, no sobre Mesmer, sino sobre su fiel discípulo, el conde Maxime de Puységur. Pues

mientras, en el año fatal de 1784, Mesmer, con sus preciados molinos de viento, está luchando a brazo partido, en pro del flúido magnético, contra academias y sociedades científicas, su discípulo lanza a la publicidad, escrito en un lenguaje sumamente positivo y sobrio, un *Rapport des cures opérées à Bayonne par le magnetisme animal, adressé à M. l'abbé de Poulanzet, conseiller-clerc au parlement de Bordeaux 1784,* que pone en claro de una manera irrefutable hechos patentes: lo que en vano buscara el metafísico alemán con sus cosmos y su místico flúido universal.

Y los experimentos de Puységur fuerzan la entrada al mundo del espíritu por el punto más insospechado. Desde los tiempos más remotos, tanto en la Edad Media como en la antigüedad, la ciencia venía considerando las manifestaciones del sonambulismo y al propio sonámbulo como hechos anormales. A través de los siglos se repite el caso de que, entre centenares de miles o entre millones de seres normales, nace uno de esos singulars noctámbulos que, presa de un sueño misterioso, se levanta de la cama con los ojos cerrados y, sin ver, sin palpar, sube escalera tras escalera hasta llegar al tejado y, una vez allí, recorre las aristas peligrosas de bordes, cumbres y hastiales, para luego, siempre con los párpados cerrados, volver a su primitivo reposo, sin que, al siguiente día, conserve el más mínimo recuerdo o idea de su nocturno paseo por lugares desconocidos. Antes de Puységur no se había encontrado ninguna explicación que resolviera el enigma de este fenómeno, que era, sin embargo, claro y patente. Esta clase de personas no podían ser consideradas como dementes, ya que en estado de vigilia atendían con toda regularidad y destreza a sus ocupaciones ordinarias. Tampoco se les podía calificar de normales, ya que su conducta, una vez sumidos en aquel extraño sopor, iba al encuentro de todas las leyes naturales; pues un hombre así, cuando anda en la oscuridad con los ojos cerrados — pegados completamente los párpados — y

privado, por tanto, de la visión física, repara en los accidentes y obstáculos más insignificantes. Al avanzar, pues, por los más peligrosos senderos — que, estando despierto, jamás cruzaría —, ¿quién le guía, para que no se caiga? ¿Quién le sostiene, quién ilumina sus sentidos? ¿Qué género de visión interna posee detrás de los cerrados párpados? ¿Qué sentido anormal, qué *sens intérieur*, qué *second sight* conduce a este durmiente despierto, cual ángel alado, a través de todos los obstáculos? Tal es la pregunta que, desde la más remota antigüedad, se formulaban sin cesar los sabios; mil, dos mil años ha permanecido el espíritu investigador frente a uno de esos mágicos enigmas de la vida que, de vez en vez, la naturaleza intercala en el orden regular de los fenómenos, como si con este hecho inexplicable, en desacuerdo con las demás reglas universales, pretendiese recordar al hombre el respeto que debe a lo irracional.

Y de pronto, tan molesto como impertinente, se presenta un discípulo de ese endiablado Mesmer, un hombre que, sin ser médico, sino sencillamente magnetizador de afición, demuestra con experimentos irrefutables que el fenómeno caracterizado por este estado de somnolencia no es ningún lapso en el plan de trabajo de la naturaleza; no es una monstruosidad aislada como un niño con cabeza de buey o como los gemelos siameses entre la muchedumbre inmensa de criaturas normales, sino que constituye un complejo orgánico de fenómenos, y — ¡más importante y más penoso todavía! — que este estado de sonambulismo, este relajamiento de la voluntad, este actuar inconsciente durante el sueño magnético — hoy decimos hipnótico— puede ser provocado por medios artificiales en casi todas las personas. Puységur, conde, distinguido, rico, filántropo en sumo grado, en consonancia con la moda del tiempo, había sido ganado desde sus principios a la teoría de Mesmer, mostrándose verdaderamente apasionado de ella. Por *diletantismo* humanitario, por curiosidad filosófica se dedica, en sus posesiones de

Busancy, y sin remuneración alguna, a practicar el tratamiento magnético, de acuerdo con las prescripciones del maestro. Forman sus pacientes, no marqueses histéricos ni aristócratas seniles, sino soldados de caballería, muchachos campesinos, rudos, sanos, sin asomo de neurastenia, constituyendo así una materia experimental doblemente valiosa. También se ha dirigido a él una multitud de personas ávidas de recobrar la salud, y el filantrópico conde se esfuerza, fiel a la prescripción *mesmeriana,* en provocar en los enfermos las crisis máximas. Pero un día se queda sorprendido, casi asustado. Un joven pastor, llamado Víctor, en vez de responder a los pasos magnéticos con las convulsiones y espasmos de costumbre, se aturde completamente y se queda sumido en un sueño apacible entre las manos del magnetizador. Como este resultado se separa de la regla, según la cual el practicante ha de provocar convulsiones y no sueño, intenta Puységur sacudir y despertar al torpe muchacho. ¡En vano! Puységur le llama, pero el mozo no se mueve. Le sacude y, ¡cosa extraña!, este campesino duerme con un sueño distinto del normal. Y de pronto, al ordenarle de nuevo que se levante, el muchacho se incorpora y avanza unos pasos, pero sin abrir los ojos. A pesar de tener cerrados los párpados, se comporta en absoluto como una persona que estuviese despierta y en su total juicio, aunque sin cesar en el sueño. Se halla en estado de sonambulismo, en pleno día. Puységur, estupefacto, intenta hablar con él, interrogarlo. Y, ¡sorpresa!, el campesino responde, en medio de su sopor, con absoluta coherencia y claridad a todas las preguntas y sirviéndose incluso de un lenguaje más pulcro que de costumbre. Puységur, intrigado por el nuevo descubrimiento, repite la experiencia. Y en efecto: no sólo consigue provocar aquel estado de durmiente vigilia, de sueño despierto, por medio de la magnetización — verdadera sugestión — en el tosco campesino, sino también en otras personas distintas. Puységur, entusiasmado ante el inesperado des-

cubrimiento, prosigue sus investigaciones con redoblado ahinco. Da órdenes que llama posthipnóticas, es decir, ordena a la persona sumida en letargo que, al despertar, ejecute determinados actos, y, efectivamente, el médium, vuelto a su estado normal y recobrada su plena conciencia, ejecuta con toda puntualidad aquello que le ha sido ordenado hallándose dormido. Ya sólo necesita Puységur añadir en su folleto estos sorprendentes procesos, después de lo cual el Rubicón de la moderna psicología ha sido cruzado, y el fenómeno de la hipnosis establecido por vez primera.

Cierto que con Puységur la hipnosis no entró por primera vez en el mundo; con él adquirió tan sólo estado consciente. Ya cuenta Paracelso que, en un convento de Kärntner, los monjes, al practicar el tratamiento, distraían la atención de los enfermos por medio de objetos centelleantes, y en la antigüedad, y a partir de la época de Apolonio de Tyana, se encuentran también huellas de procesos hipnóticos. Más allá de la esfera humana, en el reino de los irracionales, se conoce desde hace tiempo la mirada fija y fascinadora de la serpiente. Y el mismo símbolo mitológico de Medusa, ¿qué significa sino la paralización de la voluntad por un poder de sugestión? Ahora bien; esta fuerza coercitiva de la atención no había sido nunca empleada con método, ni siquiera por Mesmer, a pesar de que, con sus contactos y miradas, se había valido de ella innumerables veces. Muy a menudo habíale ocurrido que alguno de sus pacientes, bajo la influencia de su mirada o de sus pases magnéticos, sentían pesadez en los ojos, bostezaban, se adormecían, los párpados empezaban a temblarles y a cerrárseles; el mismo Jussieu, testigo causal, cita en su informe uno de estos casos, el de un paciente que, con los ojos cerrados, se levanta de pronto, magnetiza a otros enfermos y, siempre con los ojos cerrados, vuelve a su sitio y se sienta, sin tener la más mínima noción de sus actos, sonámbulo en pleno día. Diez veces, cien veces quizá se

ha encontrado Mesmer, durante sus largos años de práctica, con este aletargamiento del paciente, con este abismarse en sí mismo y volverse insensible. Pero, como quiera que él no buscaba sino la crisis, la convulsión, como elemento curativo, se obstinó siempre en pasar por alto tan singulares sopores. Hipnotizado por su idea del flúido universal mientras hipnotiza él mismo, se aferra este hijo de la fatalidad tenazmente a tal idea, extraviándose con su teoría, en vez de obrar como aconsejan las sapientísimas palabras de Goethe: «Lo principal está en comprender que todo lo real y efectivo es ya, en sí, teoría. No hay que buscar detrás de los fenómenos, pues que ellos mismos constituyen ya la doctrina.» Así es cómo Mesmer deja de lado la idea imperativa de toda su vida y cómo otro cosecha aquello que sembrara el audaz precursosr. El fenómeno decisivo del «lado noctívago de la naturaleza», el hipnótico, ha sido redescubierto por su discípulo Puységur. Y, en rigor, el *mesmerismo* lleva el nombre de Mesmer con tan poca propiedad como lleva América el de Américo Vespucio.

La consecuencia ulterior de esta, al parecer, baladí observación del ayudante de Mesmer, difícilmente puede abarcarse con una sola mirada. El campo de observación se ha ensanchado más allá de la noche; es como si se hubiera encontrado una tercera dimensión. Al quedar probado, en aquel sencillo campesino de Busancy, que en el mundo intelectivo del hombre hay, entre lo negro y lo blanco, entre el sueño y la vigilia, entre el raciocinio y el instinto, entre la voluntad y la sujeción, entre la conciencia y la inconsciencia, toda una serie de estados intermedios huidizos, imprecisos, vacilantes, se ha producido una primera diferenciación en aquella esfera que llamamos alma. Aquel experimento, insignificante en sí, establece de un modo indiscutible que, incluso en los fenómenos psíquicos más extraordinarios, aquellos que parecen proyectarse, cual meteoros, más allá de los límites de la naturaleza, obedecen a unas normas predetermi-

nadas. El sueño, considerado hasta entonces como un estado negativo, como un eclipse de la conciencia y, por tanto, como una negra vacuidad, revela, en este estado, nuevamente descubierto, de sueño vigilante y de vigilia somnolente, una multitud de misteriosas fuerzas latentes en le cerebro humano, aparte del raciocinio consciente; fuerzas que actúan unas sobre otras y que, por efecto de la desviación de esta conciencia crítica, logran salir a la luz — una idea sólo esbozada torpemente y que cien años más tarde el psicoanálisis llevará a fecunda floración —. Con esta conquista sobre lo desconocido todos los fenómenos del espíritu adquieren un sentido completamente nuevo, y un número incontable de reacciones se precipitan por la puerta, abierta más por la casualidad que por la mano del hombre, del *mesmerismo*, lo cual «por primera vez obliga a investigar, a estudiar los fenómenos de la concentración y dispersión, de la fatiga, atención e hipnosis, de las crisis nerviosas y de la simulación, que, juntos, constituyen la moderna psicología» (Pierre Janet). Por primera vez llega la humanidad a saber muchas cosas que hasta el momento pasaban por mágicas y suprasensibles, y a tener de ellas una noción clara y precisa.

Este repentino ensanchamiento del mundo interno como resultado de la fútil observación de Puységuir, despierta instantáneamente en todos sus contemporáneos un entusiasmo indescriptible. Y no es empresa fácil describir el efecto, tristemente rápido, que el *mesmerismo*, como noción primera de fenómenos hasta entonces ocultos, produce en todos los cerebros ilustrados de Europa. Precisamente Montgolfier acababa de conquistar el mundo etéreo, y Lavoisier de descubrir la composición química de los elementos; y he aquí que a estos triunfos había que añadir ahora una primera irrupción en el reino de lo suprasensible. Nada tiene, pues, de sorprendente que toda aquella generación se sienta poseída de una fe inquebrantable en la solución definitva de este misterio

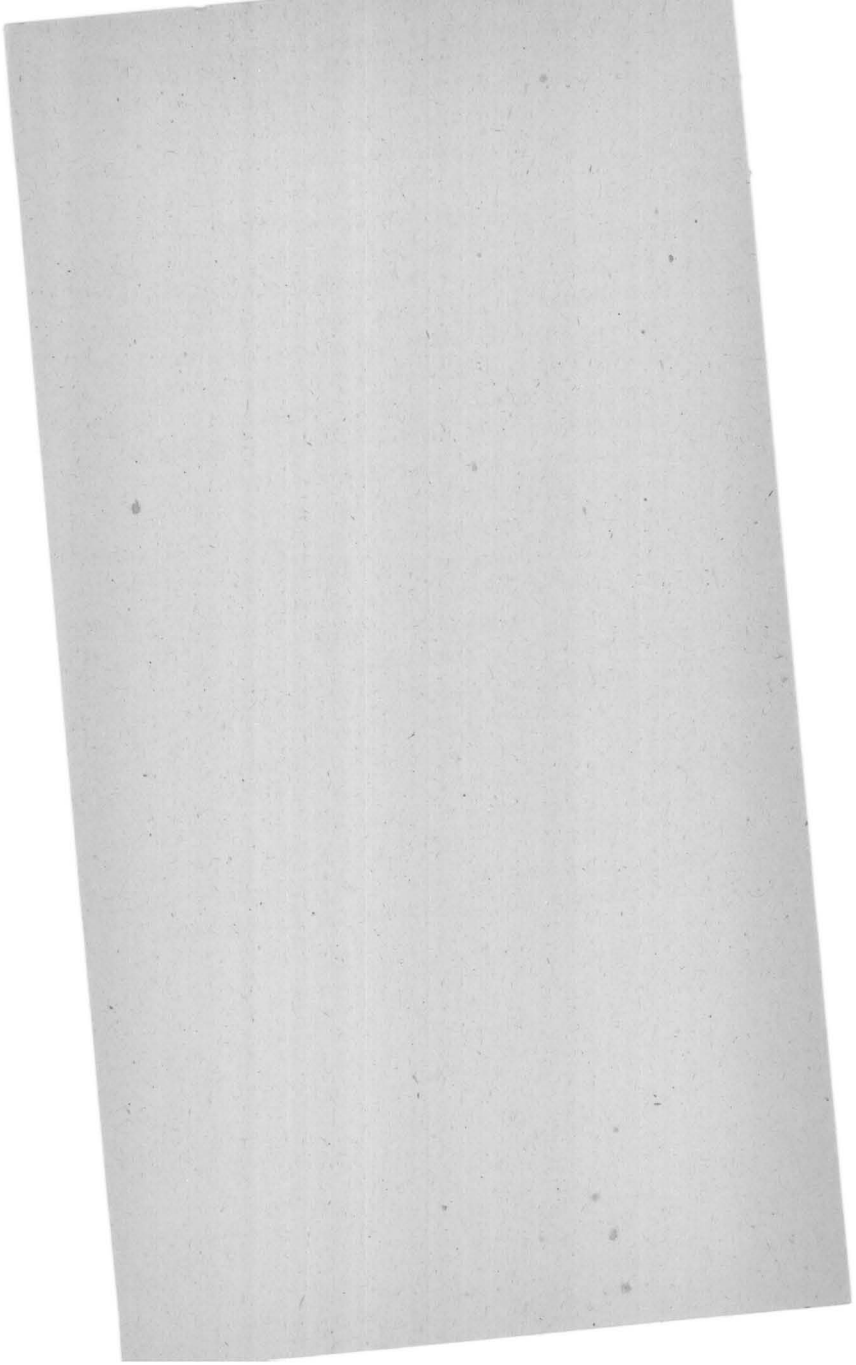
primordial, que es el alma. Poetas y filósofos — esos eternos geómetras del reino espiritual — son los primeros en lanzarse al nuevo continente apenas han vislumbrado sus ignotas orillas, y un oscuro presentimiento les sugiere el gran número de secretos tesoros que van a encontrar en aquellas profundidades. Ya no es en los bosques druílicos, en los antros de Polifemo o en las cocinas de las brujas donde el romántico busca el romanticismo y lo excepcional, sino en estas nuevas esferas sublunares, entre el sueño y la vigilia, entre la voluntad y la sujeción. De todos los poetas alemanes es Heinrich von Kleist el más fuerte, el más vidente, y quien más penetrado se siente por este «lado nocturno de la naturaleza». Como todo abismo le atrae, se dispone, gozoso, a lanzarse a aquellas profundidades, y, creador como es, a descubrir poéticamente las vertiginosas sensaciones que experimenta quien se halla en la línea divisoria entre el sueño y la vigilia. De un golpe, cual corresponde a su impetuoso ser, le vemos zambullirse en los más recónditos misterios de la psicopatología. En parte alguna ha sido este estado de somnolencia mejor descrito que en la «Marquise von O.». Nunca se ha pintado el sonambulismo con tan clínica y a la vez diferenciada perfección como en «Käthchen von Heilbroon» y en «Prinzen von Homburg». Mientras Goethe, entonces ya cauto y mesurado, sigue de lejos con prudente curiosidad los nuevos descubrimientos, la juventud romántica se lanza apasionadamente a ellos. E. T. A. Hoffman, Tieck y Brentano, y los filósofos Schelling, Hegel y Fichte, declaran profesar fervorosamente estas ideas; por su parte Schopenhauer encuentra en el *mesmerismo* el argumento decisivo en favor de la primacía, en exceso demostrativa, de la voluntad sobre la despierta razón. En Francia, Balzac, en el más personal de sus libros. «Louis Lambert», traza nada menos que una biología de este impulso formativo del mundo que se llama fuerza de voluntad, y lamenta que la magnitud del descubrimiento de Mesmer — *si importante et*

si mal appréciée encore — no haya penetrado aún en todas partes. Y allende los mares, Edgar Allan Poe, crea, con cristalina claridad, la novela clásica de la hipnosis. Siempre ocurre lo mismo: donde quiera que la ciencia abra una grieta en la negra y misteriosa muralla del universo, en seguida se precipita a ella, cual gas colorado, la fantasía del poeta, animando las recién abiertas esferas con sucesos y figuras, y siempre — Freud es un ejemplo de ello en nuestros días —, con la renovación de la psicología, empieza también una nueva literatura psicológica. Y aun en el supuesto de que estuvieran equivocados todos los conceptos, todas las teorías, todas las ideas de Mesmer — lo que es muy dudoso —, es lo cierto que han sido más fecundas que las de todos los sabios e investigadores de su tiempo, pues Mesmer, más que todos ellos, ha sido el norte y guía de una nueva ciencia, desde largo tiempo necesaria, al atraer la mirada de la nueva generación hacia los misterios del espíritu.

La puerta ha quedado abierta de par en par y la luz ha entrado por ella iluminando una estancia donde la ciencia nunca había proyectado siquiera uno de sus rayos. Pero ocurre lo de siempre también: no bien abre uno una puerta que da acceso a algo nuevo, se apresura a penetrar por ella, junto con los investigadores, doctos y ecuánimes, toda una plétora de curiosos volubles, ilusos, locos y charlatanes. Característica de la humanidad es la ilusión, a la vez saludable y peligrosa, de que puede franquear de un solo impulso, de un solo salto, las fronteras de lo terreno para ligarse al misterio del Cosmos. Y cuando alguien acierta a ensanchar en una mísera pulgada los dominios de la ciencia, ya está allí la confiada ignorancia disponiéndose, con sólo aquel pobre hallazgo, a asir la clave de todo el universo. Así ha ocurrido también esta vez. Apenas descubierto el hecho de que por medio de un sueño hipnótico artificialmente provocado pueden obtenerse respuestas del médium, ya que persuadido el vulgo de que aquél puede responder a toda es-

pecie de preguntas. Con imprudente precipitación son declarados en seguida videntes todos los soñadores, y equiparadas a sueños proféticos todas las alucinaciones. Otro sentido, más profundo, el llamado «sentido interno» del hombre, es el que actúa en ese estado de encantamiento. «En la visión magnética del espíritu recibe algo de aquel instinto que guía al pájaro, a través de los mares, hacia un país que nunca vió; algo de aquel instinto que impele al insecto a la premonitoria labor en pro de su nidada, no nacida aún; en lenguaje inteligible: razona y contesta nuestras preguntas.» (Schubert). Los extremistas del *mesmerismo* pregonan que «en estado de crisis los sonámbulos pueden predecir el futuro, y sus sentidos pueden alcanzar a cualquier distanca y en todas las direcciones.» Pueden predecir y profetizar, por introspección — un modo peculiar de ensimismamiento —; leer en su propio cuerpo y en el ajeno, y diagnostcar así, sin peligro a error, las enfermedades. Individuos analfabetos son capaces de hablar en latín, hebreo, arameo y griego, citar nombres nunca oídos, resolver con gran facilidad los más enrevesados cálculos; zambullidos en el agua, los sonámbulos, según parece, no van al fondo; su clarividencia les permite leer libros que, cerrados y sellados, se les aplican sobre el desnudo cuerpo; pueden asimismo mentar sucesos que están ocurriendo en el mismo momento en remotas partes del mundo; descubrir crímenes cometidos hace docenas de años, y, en resumen, no hay enigma, por absurdo que sea, que no pueda ser desentrañado por un médium. Se lleva a los sonámbulos a las cuevas donde se supone que hay tesoros escondidos, y allí se excava la tierra hasta la altura del pecho, a fin de que el contacto del médium permita descubrir el oro o la plata. O bien se le conduce, con los ojos vendados, a una botica para que, valiéndose de su «elevado» sentido, señale la verdadera medicina que necesita un enfermo, y, ¡oh, sorpresa! entre centenares de potingues, saben hallar el único bienhechor. Todo lo que hay

de más increíble es atribuído a los médiums. Todos los fenómenos y prácticas de ocultismo que se estilan aun hoy en nuestro mundo: la videncia, la adivinación del pensamiento, la espiritista conjuración de los espíritus, las artes telepáticas y teleplásticas, derivan todas de aquel primitivo entusiasmo por el «lado noctívago de la naturaleza». Y no pasa mucho tiempo sin que aparezca una nueva carrera: el sonambulismo profesional. Y como un médium se cotiza tanto más cuanto más sensacionales son sus revelaciones, pronto los prestidigitadores y gentes de su ralea se valen de toda clase de fraudes y engaños para elevar su fuerza «magnética» a un grado inconcebible. Ya en tiempos de Mesmer celébranse aquellas famosas veladas espiritistas en habitaciones oscuras, donde se conversa con Julio César y los Apóstoles y los espíritus son vigorosamente conjurados y «realizados». Las gentes crédulas, necias y supersticiosas, los poetastros como Justinus Kerner y los pedantes como Ennemoser y Kluger, sostienen y aseguran la veracidad de los milagros del sonambulismo artificial; así, es más que comprensible que, frente a sus disparatadas exageraciones, la ciencia se limite de momento a encogerse de hombros, incrédula, para acabar apartando la vista de ellas con repugnancia. Poco a poco, en el siglo XIX, va cayendo en descrédito el *mesmerismo*. El ruido excesivo que se produce en torno suyo impide comprender su idea, y nada resta más poder a esta doctrina y nada la hace retroceder más rápidamente que su exageración.



REGRESO A LA PATRIA, EN PLENO OLVIDO

¡POBRE Mesmer! Nadie más aterrorizado ante la tumultuosa acometida del llamado *mesmerismo* que él, su propio padre inocente. Donde él tratara de crear honradamente un método curativo, irrumpe en pleno desorden y presa de delirio un enjambre de crédulos nigromantes, pseudomagos y ocultistas; y por causa de la desdichada denominación, Mesmer se siente responsable de toda aquella catástrofe moral. En vano el inocente culpable se dirige a sus descastados continuadores: «En la ligereza, en la imprudencia de aquellos que remedan mi método, está la causa de multitud de prejuicios que se han originado contra mí.» Pero, ¿cómo desmentir a sus propios sublimadores? Desde 1785, el «magnetismo animal» de Mesmer ha sido sobrepujado y ahogado por el *mesmerismo,* su bastardo brutal. Aquello que sus enemigos aislados, la Academia y la ciencia, no pudieron conseguir, lo han conseguido sus vacuos y ruidosos seguidores: a partir de ahora y durante decenios y decenios, Mesmer se verá tachado de crédulo charlatán y de inventor de un espectáculo de feria.

En vano protesta, en vano lucha, por espacio de

unos años, aquel hombre vidente que se llama Mesmer contra el mal entendido *mesmerismo*: siempre el error de los miles podrá más que la verdad de uno solo. Todos están ahora contra él: sus enemigos, porque ha llegado demasiado lejos; y sus amigos porque no se aviene a exagerar sus exageraciones; y, más que nadie, le es adversa la época, hasta entonces tan propicia. La Revolución francesa lanza, de un codazo, al olvido por varios decenios la obra de Mesmer. Una hipnosis de masas, harto más violenta que las convulsiones de la «cuba», estremece al país entero, y en vez del tratamiento magnético de Mesmer es ahora el tratamiento de la guillotina el que ejerce su inequívoca terapéutica de acero. Ya no les queda tiempo a los príncipes y duquesas y filósofos aristócratas para lucir sus dotes espirituales, discutiendo acerca del flúido, porque las sesiones de los palacios, y éstos mismos, han tocado a su fin. Amigos y enemigos, la reina y el rey, Bailly y Lavoisier, todos han sido igualados por la afilada cuchilla. Pasó ya el tiempo en que la gente se conmovía filosóficamente con la magoterapia y sus maestros; hoy el mundo sólo piensa en la política y, principalmente, en la propia cabeza. Mesmer ve desierta su clínica, abandonada la «cuba», y el millón de francos con tanto esfuerzo ganado evaporarse convertido en asignados sin valor; nada le queda, excepto la vida, y aun ésta parece en peligro. Pronto la suerte de sus compatriotas Trenck, Cloots, Kellermann, Adam Lux, le mostrará cuán poco pesa la vida de un extranjero en la época del Terror, y que lo mejor que puede hacer un alemán es cambiar de residencia. Así, cierra Mesmer su casa y huye, el año 1792, pobre y olvidado, de París y de Robespierre.

Hic incipit tragœdia. Perdidas de la noche a la mañana fama y riqueza, solo y con cincuenta años a cuestas, abandona un hombre desengañado y fatigado los lugares de sus triunfos, sin saber qué acometer de nue-

vo, ni dónde reposar su cabeza. El mundo no le necesita ya, no le quiere, cuando ayer aun le festejaba como a su redentor, colmándole de honores y homenajes. ¿No será más prudente volver a su tranquila patria, a orillas del lago de Constanza, para esperar tiempos mejores? Pero entonces se acuerda de que es dueño de una casa; de que, a la muerte de su esposa, heredó la hermosa finca de la Landstrasse, y allí espera hallar el descanso que requieren su edad y sus estudios. Quince años, piensa, deben ser bastantes para amortiguar aún el odio más feroz. Los viejos médicos, sus enemigos de antaño, hace tiempo que yacen en el seno de la tierra; María Teresa murió y la han sucedido ya dos emperadores, José II y Leopoldo, ¡quién puede pensar ya en el desventurado incidente de la señorita Paradies!

Así, cree el pobre viejo que podrá hallar en Viena el suspirado reposo. Pero la nunca bastante encarecida policía de la corte tiene buena memoria. Apenas llegado, el 14 de septiembre de 1793, el «indeseable médico» doctor Mesmer, debe comparecer y contestar al interrogatorio sobre su «precedente ubicuidad». Como manifiesta haber estado en Constanza y su comarca, se solicitan inmediatamente informes del departamento de Friburgo sobre sus «sospechosas opiniones»; el engranaje oficial de la vieja Austria empieza a rechinar y a ponerse en movimiento. Lástima que las referencias que facilita el jefe de la guardia urbana de Constanza sean favorables, declarando que Mesmer «se ha comportado allí irreprochablemente» y «vivido muy retirado» y que «nadie ha observado en él lo más mínimo que induzca a sospechar que sustente peligrosos principios». Hay que esperar, pues, una oportunidad para tenderle un lazo más seguro, como en el caso de la señorita Paradies. Y, en efecto, no transcurre mucho tiempo sin que el caso se presente. En casa de Mesmer habita, en el pabellón del jardín, una princesa de la

casa de Gonzaga. Como hombre cortés y bien educado, el doctor Mesmer hace a su inquilina una visita de cumplido. Como llega de Francia, le habla la princesa, naturalmente, de los jacobinos y se expresa respecto a ellos en la forma en que hoy las personas de la alta sociedad suelen hacerlo de los revolucionarios rusos. En su indignación los llama — y cito textualmente la frase expresada en francés — *ces gueux comme des régicides, des assassins, des voleurs.* Mesmer, a pesar de que el terror le ha forzado a huir, a pesar de que, por causa de la revolución, ha perdido toda su fortuna, estima, como hombre espiritual, que semejante manera de definir aquel movimiento de tan universal transcendencia en el orden de la cultura es excesivamente simplista, y replica en el sentido de que aquellos hombres, por lo menos, luchan por la libertad; que, personalmente, no son ladrones, y que si gravan a los ricos lo hacen en provecho del Estado; además, ¡bien establece impuestos el mismo emperador! La pobre princesa de Gonzaga por poco se desmaya. ¡Con que hay en la casa un jacobino en carne y hueso! No bien ha cerrado Mesmer la puerta tras de sí, corre la dama a contar la terrible noticia a su hermano, el conde Ranzoni y al consejero de Estado, Stupfel; precisamente se encuentra allí — estamos en la vieja Austria — un espía, un pretendido *chevalier* Desalleur, mencionado en el registro de policía sólo como «un tal» Desalleur. Este espía ve una magnífica ocasión de ganarse unos billetes de banco y escribe sin pérdida de tiempo a la ilustre cancillería una sumisa denuncia que produce en el conde Colloredo idéntico horror: ¡un jacobino en la noble ciudad de Viena! Apenas llega Su Majestad el emperador Franz, que Dios guarde, de una partida de caza, se le comunica con las debidas precauciones la terrible noticia, diciendo que un partidario «del desenfreno francés» habita en su Residencia, y Su Majestad «resuelve» inmediatamente que se proceda a una in-

vestigación en regla». Así, «evitando todo escándalo», el día 18 de noviembre el pobre Mesmer es arrestado y conducido a la jefatura de policía.

Pero allí queda nuevamente demostrado con qué torpeza se obra al dar prematuro crédito a la denuncia de un espía. El informe inmediato de la policía al emperador resulta completamente innocuo, pues «de la minuciosa investigación se deduce que Mesmer no puede ser convicto de los discursos atentatorios a la seguridad del Estado que se le atribuyen», proponiendo en su «respetuosísimo escrito» el ministro de policía conde Pergen, que Mesmer «debe ser puesto en libertad tras una enérgica advertencia y una severa reconvención». Nada le queda, pues, al emperador Franz sino manifestar su «elevadísima resolución»: «Mesmer debe ser libertado y, como quiera que él mismo manifiesta su propósito de trasladarse dentro de brevísimo tiempo a su país natal, se debe procurar que esta partida tenga efecto y que durante el poco tiempo que dure aún su permanencia aquí no se le permitan sospechosos discursos». Pero esta resolución no satisface a la policía. Ya antes el ministro había manifestado que el arresto de Mesmer «ha causado gran revuelo entre sus partidarios, pues cuenta con algunos», y ahora se teme que Mesmer interponga recurso público contra el infame proceder. Por eso la policía de corte extiende, *ad mandatum Excellentissimi*, y para dejar zanjado el asunto, la siguiente acta, que figura en un museo en calidad de modelo del antiguo estilo curial austríaco: «Considerando que la puesta en libertad de Mesmer no puede constituir una prueba de su inocencia, visto que no ha justificado plenamente el artificioso falseamiento de los discursos que se le imputan, precisa hacer constar explícitamente, con el beneplácito de los *consilii abeundi*, que sólo como especial consideración ha sido perdonado, en gracia a su decisión, espontáneamente expresada por él, de partir sin

demora, así que se le hace saber que no tendrá lugar la publicación de sus discursos y que él, Mesmer, obrará muy cuerdamente no entablando apelación de ninguna clase, y limitándose a reconocer la moderación con que ha sido tratado». La «impresión», o sea la publicación, no tiene lugar; el asunto queda muerto, tan muerto, que habrán de transcurrir ciento veinte años hasta que se tenga noticia de esta nueva expulsión de Viena. Pero la Facultad puede estar satisfecha: esta vez Austria se ha librado para siempre de la presencia del molesto doctor.

¿Y adónde va ahora el pobre viejo? Los bienes de fortuna, perdidos; Constanza, la patria, con la policía imperial al acecho; Francia, bajo el Terror; Viena, amenazándole con la cárcel. La guerra, guerra incesante y despiadada entre todas las naciones, azota en continuo vaivén todas las fronteras. Y él, el investigador encanecido en sus estudios, el pobre hombre olvidado, siente repugnancia ante este loco tumulto del mundo. Sólo anhela quietud y un mendrugo de pan para proseguir su obra comenzada, para dedicarse a nuevas experiencias, para hacer asequible su idea favorita a la humanidad. Y Mesmer huye al eterno refugio de la Europa espiritual, a Suiza. Allí, en alguna parte, en un pequeño cantón, en Frauenfeld, se establece y, para ganarse el pan de cada día, se dedica al mísero ejercicio de su carrera. Años y más años vive allí oscuramente, y nadie, en el reducido cantón, sospecha que aquel hombre apacible y de ceniciento cabello, que practica su arte medicinal entre campesinos, queseros, segadores y sirvientas, sea el mismo doctor Franz Anton Mesmer, combatido y cortejado por reyes y emperadores, y en cuyos salones se han reunido todos los nobles y gentileshombres de Francia; contra quien han arremetido todas las Academias y Facultades de Europa y acerca de cuyas doctrinas se han publicado críticas y folletos en todos los idiomas, en cantidad probable-

mente mayor que la publicada sobre la obra de cualquiera de sus compatriotas, sin exceptuar a Rousseau y a Voltaire. Ni uno solo de sus antiguos discípulos y adeptos le busca ya, y es más que probable que, en todos aquellos años de soledad y retiro, ni uno solo se ha preocupado ya de su nombre y paradero, tan aislado vive este anacoreta, a la sombra del apartado pueblecito, trabajando incesantemente durante la ruda era napoleónica. En toda la historia del mundo, difícilmente se encontrará el ejemplo de un hombre que haya caído tan rápidamente de las cumbres más altas de la gloria al insondable abismo del olvido y del anónimo; apenas se hallará una biografía en donde la más completa indiferencia siga tan de cerca al más sorprendente de los triunfos como en el singular y único destino de Franz Anton Mesmer.

Sin embargo, nada acredita mejor el temple del carácter de un hombre como la prueba del oro del éxito y la prueba del fuego de la desgracia. Así como en sus tiempos de inmensa gloria no se mostró nunca insolente o fanfarrón, así ahora, viejo y olvidado, le hallamos modesto, magnánimo y saturado de estoica sabiduría. Podría muy bien decirse sin ambages: vuelve contento a la oscuridad, sin intentar el más mínimo esfuerzo para atraerse de nuevo la atención del mundo. En vano le llaman, en 1803, esto es, al cabo de diez años de aislamiento, algunos fieles amigos de antaño, invitándole a trasladarse de nuevo a París, tranquilo ya, y, en breve, ciudad imperial, para volver a instalar su clínica y reunir a su alrededor nuevos discípulos. Mesmer rehusa. No quiere más lucha, ni más querellas; ha lanzado su idea al mundo; que ella sobreviva o se hunda. Con noble resignación responde: «Si a pesar de todos mis esfuerzos no tuve la dicha de poder iluminar a mis contemporáneos en aquello que constituía su propio anhelo, me cabe cuando menos la íntima satisfacción de haber cumplido mi deber para con la socie-

dad.» Sólo para sí, en la soledad y el silencio, escudado en el anónimo más completo, prosigue sus estudios, sin preguntarse si interesan o no al mundo bullicioso o indiferente: el porvenir y no el presente, piensa — y su pensamiento es profético —, justificará su obra, y sólo a su muerte empezará a vivir su idea. Ninguna impaciencia respiran sus cartas, ni una queja por la gloria extinguida o por el dinero perdido; solamente hay en ella la convicción íntima que late en el fondo de toda gran paciencia.

Pero únicamente la gloria terrena puede extinguirse cual una luz, nunca un pensamiento vivo. Habiendo penetrado una vez en el corazón del hombre vive latente en él a través del invierno de la adversidad, para florecer de nuevo cuando menos se piensa. Para el espíritu, eternamente curioso, de la ciencia, nunca se pierde la más mínima sugestión. La revolución, las guerras napoleónicas han dispersado a los adeptos de Mesmer y disuelto sus agrupaciones. Juzgándolo de una manera superficial, podría parecer que aquel germen, no en sazón todavía, ha perecido aplastado por la bota de las columnas militares. Y, no obstante, aquella idea inicial vive, recóndita, sin que el mismo Mesmer lo presienta, en medio del mundial tumulto, en el cerebro de algunos hombres taciturnos. Pues precisamente la guerra provoca y aumenta en las naturalezas reflexivas la necesidad de refugiarse en las regiones del espíritu, huyendo de la brutalidad y la violencia del mundo enloquecido; siempre será el más bello de los símbolos, Arquímedes, el verdadero sabio que, impasible, sigue trazando sus círculos cuando la soldadesca invade su propia casa. Del mismo modo que Einstein, en plena guerra mundial, forja y desarrolla, impertérrito, a través de la bestialidad de la época, aquel principio espiritual que ha de transformar el mundo, así también, mientras las tropas de Napoleón atraviesan Europa, y el mapa varía cada año sus colores, y los reyes son destronados

por docenas y por docenas se coronan otros nuevos, unos pocos médicos meditan, allá en las provincias más remotas, sobre los experimentos de Mesmer y de Puységur, y siguen cavando, por decirlo así, bajo la bóveda de la concentración, en su raciocinio. Todos esos hombres trabajan separadamente, en Francia, en Alemania, en Inglaterra. La mayoría de ésos se ignoran recíprocamente, y ninguno sabe de Mesmer, el desaparecido, ni Mesmer de ellos. Entregados a sus observaciones, cautos en sus deducciones, experimentan una y otra vez los hechos revelados por Mesmer, y también por vía subterránea — para usar de otra metáfora —, penetra y avanza el nuevo método por la vía de Estrasburgo y a través de las cartas de Lavater, desde Suiza. Particularmente en Suevia y en Berlín, el interés aumenta; el famoso Hufeland, médico de la corte de Prusia y miembro de todas las comisiones científicas, influye sobre el rey en persona. Al fin, una orden de gabinete dispone, en Berlín, el nombramiento de una comisión encargada de estudiar de nuevo el *mesmerismo*.

En 1775 se había dirigido Mesmer por primera vez a la Academia berlinesa; ya recordará el lector con qué deplorable éxito. Y he aquí que, casi al cabo de cuarenta años, en 1812, al disponerse la misma corporación a estudiar el magnetismo, está su legítimo fundador hasta tal punto olvidado que la palabra *mesmerismo* no evoca en la memoria de nadie el nombre de Franz Anton Mesmer. Completamente estupefacta se queda la comisión cuando uno de sus miembros, levantándose, propone de pronto, como cosa naturalísima, que el descubridor del magnetismo, Franz Anton Mesmer, sea llamado a Berlín, al objeto de que justifique y aclare su método. ¡Cómo! — preguntan todos, asombrados —, ¿pero Franz Anton Mesmer vive aún? Entonces, ¿por qué permanece tan callado, por qué no se presenta, altivo y triunfante, ahora que la gloria le

espera? Nadie sabe explicarse que tan grande hombre, de fama universal, pueda permanecer hasta tal punto retirado, silencioso y modesto. Inmediatamente es despachada una calurosa invitación al solitario de Frauenfeld para que se digne honrar a la Academia con su visita. El mismo rey le aguarda y con él la expectación de Alemania entera; quizá la rehabilitación triunfal tras de una serie tal de injusticias. Pero Mesmer declina, es demasiado viejo, está fatigado. Ya no quiere volver a la lucha. Así, el día 6 de septiembre de 1812, el profesor Wolfart sale para Suiza, como emisario real y con plenos poderes, para «solicitar del fundador del magnetismo, señor doctor Mesmer, la comunicación de todos los hechos, rectificaciones y aclaraciones de este importante tema y facilitar en lo posible con su viaje el cometido de la comisión».

El profesor Wolfart se pone en camino inmediatamente. Y después de treinta años de silencio, recibimos, al fin, nuevas noticias del desaparecido. Dice Wolfart:

«El primer encuentro con el descubridor del magnetismo sobrepasó todas mis esperanzas. Encontréle dedicándose a sus ocupaciones en el hospitalario ambiente por él mismo escogido. Su avanzada edad hacía aún más admirables la extensión, penetración y claridad de su espíritu, su incansable y vívido afán de comunicarse, su modo, tan claro como animado, de exponer sus propias teorías, que realzaba lo gráfico de sus comparaciones, así como la fineza de sus modales y el encanto de su ambiente. Añádase a esto un tesoro de conocimientos positivos en todas las ramas de la ciencia, tales como difícilmente los acumula un sabio, una bondad inmensa de corazón que se revela en todo su ser, en sus palabras y acciones, y una fuerza maravillosa por medio de su penetrante mirada o del gesto de la mano, acrecentada por una figura noble que no puede sino infundir respeto, y se tendrá, trazada a grandes

rasgos, la imagen del hombre que encontré en la persona de Mesmer.» Sin reserva alguna revela éste al visitante y le entrega una recopilación de todas sus observaciones para que las traslade al mundo. Pero rechaza con magnífica serenidad toda invitación a la gloria, al general homenaje. «Como me falta para recorrer solamente un corto sendero de la vida, considero como lo más importante dedicar los días que me quedan al estudio del uso práctico de un remedio cuya extraordinaria eficiencia me han demostrado la observación y los experimentos, para así aumentar en mi última obra el número de los hechos.» De este modo ha llegado a nosotros, inesperadamente, una imagen crepuscular de este hombre excepcional que conoció todas las fases de la gloria — odio, riqueza, pobreza y olvido —, para esperar, solitario y magnánimo, persuadido de la perennidad e importancia de la obra de toda su vida, la llegada de la muerte.

Sus años postreros son los de un sabio, los de un investigador esclarecido y experimentado. No le acosan ya las preocupaciones de dinero, pues el gobierno francés le ha asignado una renta vitalicia, en compensación del millón de francos de valores del Estado completamente despreciados. Puede, entonces, independiente y libre, regresar a su patria, a orillas del lago de Constanza, cerrando así el círculo simbólico de su destino. Allí vive como una especie de noble rural, entregado a sus inclinaciones, que hasta el fin siguen siendo las mismas: la ciencia, la investigación, a base siempre de nuevas experiencias. Clara la vista, despierto el oído y vivo el espíritu hasta el último instante, prodiga su fuerza magnética a todos cuantos acuden confiados a él; a menudo viaja en carruaje horas y horas para visitar a un enfermo interesante y curarle, si es posible, con su sistema. Entre tanto, realiza experimentos físicos, esculpe y dibuja, y nunca se deja perder el concierto semanal del príncipe Dalberg. En aquel círculo

musical ensalzan, cuantos le encuentran, la extraordinaria ilustración universal de aquel anciano siempre erguido, siempre apacible y magnánimo, que habla con dulce sonrisa de su pasada gloria y sin odio ni amargura de sus más enconados adversarios. Cuando, el 5 de marzo de 1814, ya octogenario, siente acercarse su última hora, pide a un seminarista que toque su bienamado armonio. Es el mismo de siempre, aquel en que hiciera sus ensayos el joven Mozart, en su casa de la Landstrasse, aquel en que Glück improvisara, en París, nuevas y desconocidas melodías, aquel que le ha seguido en todos sus viajes y peregrinaciones, hasta la hora de la muerte. Sus millones se han dispersado, la gloria se ha empañado: tras tanto bullicio, tras tanta vacua chismografía y pugna en torno a sus teorías, no le resta, al viejo solitario, otra cosa que aquel instrumento y su idolatrada música. Así parte de este mundo, plenamente persuadido de retornar a la armonía, a la universal corriente, un hombre a quien el odio ha tachado de embustero y fatuo charlatán y que la muerte ha transformado en verdadero sabio. Su testamento muestra, de un modo conmovedor, su voluntad de un completo olvido, es decir, su deseo de ser enterrado sin pompa alguna, como un hombre cualquiera. Este deseo se cumple: ningún periódico publica su muerte, y, como un desconocido cualquiera, recibe sepultura en el cementerio de Meersburg, donde reposa también Annette von Droste-Hülshoff, un hombre anciano cuya fama llenó un día el mundo y cuyas orientaciones empiezan a preocupar de nuevo a nuestra generación. Unos amigos cubren su tumba con una lápida simbólicamente labrada: un bloque de mármol triangular en que se han grabado místicos emblemas, un reloj de sol y una brújula, que deben representar alegóricamente el movimiento en el espacio y en el tiempo.

Pero el destino de lo extraordinario es provocar siempre el odio del hombre: manos impías ensucian y

destruyen el reloj de sol y la brújula, emblemas, para ellos incomprensibles, grabados sobre la piedra sepulcral, del mismo modo que escritores e investigadores de espíritu mezquino callan el nombre de Mesmer. Transcurrirán muchos años hasta que la derrumbada losa cubra de nuevo su tumba dignamente y más años todavía hasta que una generación más ilustrada se acuerde del hombre olvidado y de la suerte adversa de este gran médico alemán.

LAS DERIVACIONES

NUNCA falta la tragedia espiritual cuando un descubrimiento es más genial que su propio descubridor, cuando una idea, por un artista o un sabio vislumbrada, no es comprendida por el mismo y ha de salir a medio modelar de sus manos. Así ocurrió con Mesmer. Se ha planteado el más importante de los problemas de la nueva era y no lo ha resuelto; ha lanzado una pregunta a los cuatro vientos y en vano se ha empeñado él mismo en contestarla. Pero no por haber errado el camino deja de ser precursor, norte y guía: todos los métodos psicoterápicos de nuestros días y buena parte de los problemas de psicotecnia refluyen directamente hacia este hombre, Franz Anton Mesmer, el primero que demostró palpablemente la fuerza de la sugestión, aunque por procedimientos rudimentarios y torcidos que le valieron las burlas, el odio y el desprecio de una ciencia puramente mecanicista. Este solo hecho basta para dar fama a su vida e incorporar su nombre a la historia.

Mesmer, como primer médico iniciador de la nueva era, ha experimentado y provocado repetidas veces la virtud curativa que, procedente de una personalidad sugestiva, de su proximidad, de su discurso, de sus órdenes, ejerce sobre un enfermo en estado de excitación; pero no ha podido hacer más que anunciar esta

virtud, sin ver en la mecánica de la psiquis, para él incomprensible, otra cosa que una manifestación de la magia medieval. Le falta — como a todos sus contemporáneos —, la idea decisiva de la sugestión, esta inmaterial y bienhechora transmisión de energía que — y sobre este punto divergen hoy todavía opiniones — se realiza, bien por la influencia, a distancia, de la voluntad, bien por irradiación de un flúido interno. Sus discípulos enfocan el problema desde más cerca, pero cada cual en distinta dirección: se constituye una escuela fluidística y otra animística. Deleuze, el representante de la teoría fluidística, permanece fiel a la idea de Mesmer, o sea a la de la exhalación de una sustancia nerviosa corporal, creyendo — como los espiritistas — en la telequinesia, esto es, en que es posible un desprendimiento orgánico de nuestra sustancia corporal. La escuela animística de Mesmer, representada por el *chevalier* Barbarin, niega esta transmisión material del magnetizador al magnetizado y no ve otra cosa que una influencia espiritual de la voluntad sobre la conciencia ajena. Así que para nada utiliza la hipótesis *mesmeriana* del flúido imponderable. «*Croyez et veuillez*», es toda su fórmula mágica, fórmula que será adoptada más tarde por la *Christian Science*, la *Mind Cure* y por Coué, a pie juntillas. Pero cada vez va penetrando con más fuerza su afirmación de que la sugestión es uno de los principales y más decisivos factores en todas las relaciones espirituales. Y este proceso de captación, de dominio de la voluntad, en una palabra, la hipnosis, es demostrado, por fin, experimental y definitivamente en 1843 por Braid en su «Neurypnología». Ya en 1818 había podido observar un magnetizador alemán — Wienholt —, que su sonámbulo se dormía más rápidamente cuando él vestía una levita especial provista de brillantes botones de vidrio. Pero este observador profano no supo sacar de ello la consecuencia decisiva, o sea que, por efecto de esta concentración

de la vista en el brillante objeto, se produce la fatiga del sentido externo y con ello se facilita la rendición de la conciencia. Braid usa, en sus prácticas, la técnica de cansar ante todo la mirada del médium valiéndose para ello de brillantes bolitas de cristal, y sólo después procede a sus pases magnéticos: de esta manera la hipnosis, como tratamiento técnico exento de todo misterio, es introducida en la ciencia, incrédula durante tanto tiempo. Por vez primera en Francia unos catedráticos se atreven — claro que, en los comienzos, aplicándolo sólo a alienados — a servirse en sus aulas del tan calumniado y proscrito hipnotismo: Charcot en la Salpetrière, de París, y Bernheim en la Facultad de Nancy. En 13 de febrero de 1882, Mesmer es rehabilitado en París — aunque sin la más mínima alusión al injustamente condenado —, al reconocer la misma Facultad que la sugestión — llamada antes *mesmerismo* — es un valor terapéutico científico, y esto después de un siglo de proscripción. Un joven discípulo de Charcot, médico neurólogo, Sigmund Freud, aprende la hipnosis en la Salpetrière, la hipnosis que le ha de servir de puente, que quemará detrás de sí, en cuanto ponga el pie en el reino del psicoanálisis; y será otro heredero de Mesmer, en tercer grado, que podrá saborear los frutos de aquella semilla que su predecesor sembrara, al parecer, en tierra estéril. Igualmente fecundo se revela el *mesmerismo* en aquellos grandes movimintos místico-religiosos de la *Mind Cure* y la autosugestión. Nunca hubiera podido fundar Mary Baker-Eddy su *Christian Science* sin conocer aquel lema de «*veuillez et croyez*», sin la terapéutica de la persuasión de Quimby, que, a su vez, saca su idea de otro discípulo de Mesmer: Poyen. Inconcebible sería el espiritismo, la cadena, empleada primeramente por Mesmer, sin la noción del trance y la clarividencia que va ligada a él; inconcebible asimismo la Blavatsky y su comunidad teosófica. Todas las ciencias ocultas, todos los ex-

perimentos telepáticos y telequinésicos, los videntes, los reveladores de sueños, derivan, en último término, del laboratorio «magnético» de Mesmer. Una nueva rama de la ciencia tiene su origen en la idea fija, tan denigrada, de este hombre olvidado, según la cual, por la acción sugestiva puede elevarse la energía psíquica del hombre hasta un punto que nunca alcanzara la doctrinaria medicina mecanicista; de este hombre que, honrado en sus propósitos, acertado en sus presentimientos, equivocóse solamente en sus tentativas para explicar aquella tan suya y tan importante realidad.

Pero tal vez — en una época en que un descubrimiento acosa a otro, y en que las teorías de ayer se marchitan en una noche, y otras seculares se remozan de improviso, nos hemos vuelto cautos —, tal vez yerran precisamente aquellos que califican altivamente de fantástica la tan manoseada idea de Mesmer, acerca de un flúido personal que irradia de hombre a hombre, pues es muy posible que la hora próxima convierta en verdad esta pura hipótesis. Nosotros, a cuyos oídos llega, sin ayuda de alambre ni de membrana, la palabra que en el mismo instante acaba de pronunciarse en Calcuta o en Honolulú; nosotros, que sabemos que el éter está agitado por invisibles transmisiones y ondas y que creemos sin esfuerzo que otra serie innumerable de estaciones transmisoras desconocidas actúan cósmicamente sobre nosotros, no tenemos ya, en verdad, el valor de rechazar, *a priori*, la idea de que de una piel viva y de un nervio excitado, pueda derivarse una corriente como aquella que Mesmer llamó, con insuficiente precisión «magnética»; ni de negar que en las relaciones entre los hombres actúe tal vez un principio eficaz, parecido al «magnetismo animal». Pues, ¿por qué la proximidad del cuerpo humano, que devuelve su brillo a una perla y renueva la radiante fuerza vital, no ha de ser capaz de desarrollar en torno a sí un aura de calor o de luz que actúe sobre otras nervios como

un excitante o como un sedante? ¿Por qué no pueden producirse, entre cuerpo y alma, secretas corrientes y reflujos, y, entre individuo e individuos, atracciones y repulsiones, simpatías y antipatías? ¿Quién arriesgará hoy en esta esfera un categórico sí o un osado no? Tal vez mañana la física, llevada de sus progresos, venga a demostrarnos, con un sensibilísimo aparato métrico, que lo que hoy admitimos sólo como ondas de energía inmaterial, es verdaderamente una sustancia, una visible onda térmica, un proceso eléctrico o químico, mesurable y ponderable, forzándonos a juzgar seriamente aquello de que nuestros antepasados hicieron escarnio. Tal vez, tal vez a la idea de Mesmer, acerca de una creadora energía espiritual irradiable, le esté también reservada la reaparición, porque, ¿qué es la ciencia sino una constante realización de los viejos sueños de la humanidad? Todo nuevo hallazgo revela y confirma antiguos presentimientos; en todos los tiempos los hechos fueron precedidos de las ideas. Pero la historia, demasiado presurosa para ser justa, atiende sólo al triunfo. Unicamente enaltece a la victoria, al intento coronado por el éxito, nunca a la osada tentativa llevada a cabo entre ingratitudes y recelos. Sólo al perfeccionador premia, nunca al precursor; sólo al victorioso nimba de luz, para arrojar al vencido en las tinieblas: así le ocurrió a Mesmer, el primero de los psicólogos modernos que ha debido tomar sobre sí la suerte ingrata eternamente reservada a los que llegan antes de tiempo, pues siempre se cumple aquella viejísima y bárbara ley de la humanidad, antaño en sangre y hoy en espíritu, aquel mandato inexorable, según el cual en todas las épocas los precursores han de ser sacrificados.

FIN